SELECCION DE PROSAS



MINISTERIO DE CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol 128

PEDRO LEANDRO IPUCHE

SELECCION DE PROSAS
Tomo II

Cuidado del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PEDRO LEANDRO IPUCHE

SELECCION DE PROSAS

TOMO II

MONTEVIDEO
1968



De

CUENTOS DEL FANTASMA

1946



TOMAS CORRALES

(Para Alberto Rodríguez Lopez)

I

—Si no hubiera sido por el negro Tomás Corrales, don Guillermo Menchaca no se casaba esta noche

* * *

¿Qué asunto andaba dentro de esta frase que un negro moro soltó con rigor de sentencia y sospecha de conocimiento?

* * *

La escena será inolvidable para mi infancia

Alrededor del fuego grande, colocado en el centro del piso de tierra de la cocina de la estancia, se había ido armando una rueda con los peones, los agregados, ciertos invitados de confianza y algunos gurises curiosos, como yo, que se sentían atraídos por la sencillez pintoresca de los hombres humildes del campo, enriquecidos de hazañas y refranes

Era la noche del casamiento de Guillermo Menchaca con Braulia Sosa Y la cocina se había vuelto un ajetreo de ofrendas y olores tónicos, desde la yerba matera y los asados con cuero, hasta el chocolate, caudalosamente emposado en las ollas

El negro de la "salida" se hizo centro de otro fuego del de la curiosidad campesina que va acumulando

sucedidos para entretener las dilatadas horas de la vida

—¿Qué querés decir con eso?

—¿Te lo contó el mismo negro Tomás?

—¿No será alguna guayaba?

—¡Epa! ¡Epa! —cortó el negro, avispándose con entonación— Lo sé por el mesmito Tomas Corrales que no estilaba vender guayabas a naides ¿Me han oido?

—Pues, entonces, largá el rollo

—No me va a costar mucho, porque esto que estamos viendo y festejando, parece un sueño ¡Sólo Dios puede permitir ciertas cosas!

II

El negro desentrañó su relación en un lenguaje sabroso y áspero

Yo, en lo que me lo permita, la voy a transportar al idioma pueblero, haciéndole daño, posiblemente, pero dando participación a todos de un caso fiero y maravilloso.

III

Al establecerse la gavilla, el negro Tomás Corrales y el Clinudo repartieron jurisdicción

—Vos te dedicas a la zona de Minas Yo, trabajo en esta parte de Treinta y Tres

Así habló el Clinudo

—Tá bien, —asintió el negro— Tá bien Pero, oíme con las orejas abiertas del todo, lo que te voy a decir Vos podras asaltar cuanta estancia y casa te venga en gana. Podés atacar, defenderte y matar a

tu gusto y sabor. Pero, lo que es en lo de don Goyo Menchaca no me pones ni de lejos la sombra. ¿Comprendés?

—Aceto, —contestó el Chinudo.

Bien que se lo sabía el Chinudo. El negro Tomás se había criado en la pulpería y la estancia de don Goyo. Y conservaba un respeto celoso y excluyente por los límites de su crianza. Y más que nada, por las personas de la familia que lo habían contado en su número y en su corazón.

IV

Se largaron a trabajar. ¡Linda ocupación! Sorprender negocios, desparramar fiestas, matar a media noche, robar a elección, provocar personajes oficiales, y correr las policías en las cercanías de los bosques, con el aire de la sombra, no más, como si fueran ovejas con carabinas.

V

Venía abriéndose la mañana.

El Chinudo, desde la torre de un arbol, mandó los ojos al corral de ordeñe de la estancia de don Eustaquio Romero. Y volvió a ver la hija mayor y mas a punto de la casa, en cuclillas sobre la ubre de una de las numerosas vacas, exprimiendo dentro de un jarro ancho las tetas llovedoras, en forma alternada y hábil.

Se decidió. Bajó del árbol. Subió a caballo. Y enderezó para el corral, después de asegurarse cierto descuido en el lugar destinado a su hazaña donjuanesca.

La hija de don Eustaquio sintió el galope sin ver bien al jinete y sin darle mayor importancia a un hombre a caballo allegandose a las casas Era cosa muy repetida

Cuando el Clinudo entraba ya al corral y se impresiono del acercamiento, no consiguió incorporarse El magnetismo de aquella presencia, la rapidez de la audacia, lo terrible de esta estampa, coronada de víboras negras ¡El Clinudo!

El matrero, de un manotazo, la coloco en las cruces del alazan Y se la llevó, corral afuera, a todo escape

Alarmada del tamboreo huyente, salió al patio doña Eugenia, la cocinera Y ya pegó el grito de aviso, del que recién — despues de bastante tiempo — se dieron por enterados los peones que volvian de la recorrida con los perros

El viejo don Eustaquio, con lo demás de la familia, se había quedado a pasar la noche en el pueblo Belarmina estaba de dueña de casa con doña Eugenia

De pronto, apareció en el patio, como caido del aire, un negro enorme y bien emponchado ¡El negro Tomás Corrales!

—Ya vi lo que ha hecho este sabandija No se asusten ¡Yo lo voy a enseñar!

VI

El Clinudo, sencillamente, creyó que lo que acababa de realizar era de lo mas licito, porque no afectaba para nada los términos del convenio

Pero don Eustaquio era el padrino del negro Y Tomás tenia que hacer respetar aquella gente, sagrada para él.

—No faltaba más ¡La niña Belarmina!

¡La niña Belarmina! La niña Belarmina era un ídolo blanco para el negro atravesado y sentimental

Además robar mujeres no es hazaña de matreros Eso queda para los tipos chicos El matrero necesita su castidad selvática Hasta para ocultarse bien

VII

A media tarde se presentó el negro con Belarmina enancada

Los padres ya habían regresado del pueblo

La familia se desató en agradecimientos y sollozante alegría ¡Rescatar de un matrero una prenda!

Abrazaban todos al negro absurdo que se había apeado a entregar la joya más valiosa de la estancia

—La devuelvo como fue robada Este sabandija no ha podido hacerle nada Desde que me vio, se puso a jugar a las escondidas Tan luego conmigo . Lo agarre en un claro del monte Y le saqué la presa También le dije tantas Les aseguro que me entraron ganas de ensartarlo ¡Pobre niña Belarmina! ¡Pobrecita!

— Y ¿no te quedas?

—No, patrón La policía anda por aquí cerca Y no les voy a dar el gusto de que me armen la jaula. Adiosito

—Negro macanudo ¡Lástima que ande en esa vida!

VIII

Para la familia de don Eustaquio el rescate fue un episodio que adquirió enseguida la categoría de milagro Para el negro resultó un acontecimiento de

afirmación que le puso el pecho como guitarra de orgullo

Pero para el Clinudo ¡Mi Dios! Para el Clinudo la pérdida de la joven codiciada fue asunto de humillación y despojo imperdonables.

¡Tenía que hacérselo sentir al socio retinto!

IX

Y la ocasión se presentó

—Yo le voy a enseñar a este negro mandarín y pretensioso a cumplir los compromisos y a no meterse en cancha ajena

X

El pardo Sosa lo supo por uno de los adictos a la gavilla que, por naturaleza y costumbre, odiaba y despreciaba a las policías

Don Goyo Menchaca acababa de realizar un negocio opíparo con sus cueros y sus lanas Coincidio esto, con un surtido fantastico de mercaderías para el comercio

Tres carretas trajeron de la ciudad mágica el tesoro innumerable que habria de llenar y adornar el espacioso local de la pulpería, hasta encorporarlo, como un templo de brillo, color y fragancia

El Clinudo sacudio de gozo el enjambre de viboras negras de su cabeza.

—¡Que noticion, hermano! Esto nos viene que ni de molde Estamos sin mercaderías. Ya casi no tenemos yerba ¡Y los buches de onzas! ¡Qué reparto, viejo!

Por lo bajo y desde muy adentro, le salió una cosa bien diferente, al alejarse

—Negro trompeta ¡Va a saber quién es el Chnudo!

Cerca del caballo, grita al compinche informante

—Preparate Y vamos

XI

Fue tan súbita la entrada, que ni se dio cuenta.

Conforme reconoció al Chnudo, trató de abrir el cajon del mostrador para sacar el revólver. Un tiro brutal de pistola le quebró el pecho. Y lo tumbó

Los gurises que estaban de compras, salieron como cuzcos de las llamas Saltaron sobre los petisos Y desaparecieron

El Chnudo supo elegir el momento del asalto No había un hombre en la pulpería Ni cerca de ella . al parecer Caballo ensillado, al menos, no se veia en los palenques ni debajo de los talas

Al caer muerto don Goyo Menchaca, el Chnudo y el pardo Sosa salvaron el mostrador y se colaron — osados — piezas adentro

La casa, llena de mujeres, fue un desparramo de alarmas, gritos y llantos Casi todas, con los chicos que pudieron llevarse, se metieron en la isla bermeja que alcanzaba su sombra y su protección hasta los corrales.

Solo una mujer tuvo que quedarse en el comedor, frontero del dormitorio, porque no pudo entrar a tiempo

En el dormitorio se zambulleron, angurrientos y sobradores, los dos malevos

—Aquí han de estar los buches

Se acerca el Chnudo al ropero negro de caoba Lo

abre Y empuña un buche de avestruz, duro de monedas

—No te lo dije

En esto, el llanto de una criatura le detiene la mano afortunada

Recien se dio cuenta de una cuna cerquita del ropero

Bruscamente, el asombro se le torció en ocurrencia negra Una gracia, — creyó él

Dejando la talega en el suelo alzó de la cuna la criatura imprudente, y formandole un canasto de bo leo con las dos manos, se la arrojó al pardo Sosa, recomendandole

—Poné de punta el facón y abarajá este bacaray [1]

La madre del párvulo había logrado colocarse sobre la hendija de la puerta divisoria Cuando sintió llorar al hijo una angustia tremenda le fijó la mirada sobre la cuna Siguió — despues — las maniobras del Chinudo Oyo la recomendacion atroz

* * *

De golpe ¡milagro! En el medio del aire una mano sustrae al párvulo Un negro formidable se planta entre el Chinudo y el pardo Sosa

La madre sólo alcanzó a decir —¡Gracias, mi Dios! — Y se desvaneció sobre las rodillas, contra el quicio de la puerta

* * *

—¿Que te dije yo, sabandija, cuando hicimos el convenio? — Metete en el culo del avestruz más ligero,

1 Ternero nonato

y mandate mudar, antes que te deshaga a puñaladas

Vencido por la voz eléctrica del negro corpulento, el Chinudo apenas consiguio sonreirse

Al salir de la pieza, se le escapó una zoncera para disimular la aflojada — Cha que sos raro...

El pardo Sosa lo siguió como un pelele de comparsa.

Para Tomás, el pardo Sosa no valia una mirada ni merecia una palabra

Cuando el negro, con la criatura sobre el pecho entro al comedor, la madre se enderezó de golpe El negro le entregó el hijo No admitió elogios ni recompensa Sólo dijo

—Llame a los demás, doña Carmen Este sabandija no vuelve más.

Y se fue.

—Si no hubiera sido por el negro Tomás Corrales, don Guillermo Menchaca no se casaba esta noche

ARTURO SANTANA

Para José Irureta Goyena

Yo no sé si me lo contaron, si lo soñé o si se me ocurrió Es lo cierto, que lo que voy a contar me anda adentro.

I

Los escasos parquenses que sobreviven recordarán su apacible recreo aquel perdido edén, transformado hoy en un cuadro parejo de asfalto, jardinería y tráfico

Recordarán el Parque Urbano del novecientos con sus sauces plácidos sobre los cañadones de los antiguos lavaderos, el ferrocarril liliputiense que se enhebraba por los ramajes y senderos, pitando su casquete enano y tirando el agua limpia de las risas infantiles Recordarán los primeros tiovivos, lentos y galopados, que daban tiempo a todos los saltos con sus cortinas de carnaval y sus acordeones verticales Recordaran los armarios de música mecánica, con los muñecotes parpadeantes que regulaban a compás del morro de los zapatones la *Arlesiana* de Bizet y la *Hungara* de Liszt

Y sobre todo, tienen que recordar, no pueden haber olvidado, la terraza de tablas y baranda que se adentraba en el *mar dulce*, centrando lo mejor de la paseata en una corona terminal, bajo cuyo cono variopinto ejecutaba una banda benemérita trozos conocidos de Verdi, de Gounod y de Puccini, y hasta la

que se acercaba por una via lateral el trencejo de caballos que surtía de concurrencia filarmónica los tránsitos del espectáculo

II

Un día del novecientos moría Arturo Santana

Esto, tan facil de decir ahora, fue un acontecimiento pasional del Montevideo romántico

Arturo Santana tuvo el magnifico destino de convertirse en el simbolo de la juventud de su época No solamente por la gracia cordial que lo sostuvo siempre en el pecho de los amigos, sino por la gloriosa oportunidad de su muerte que lo sustrajo corporalmente a la frecuencia sentimental de la visión y la palabra. Arturo Santana se apagó en la plenitud de los años mozos

Todavía hablan de él sus camaradas con una nostalgia fina y perviviente

Irureta Goyena, que conserva su fotografía sobre el escritorio de trabajo, dice Fue uno de los testigos de mi casamiento

Como recuerdo trascendente, nos han quedado sus tres últimas palabras

Ya se iba Batlle estaba sobre su cabecera Arturo Santana se inclina hacia él, lo abraza, despidiéndose, y le recomienda Quiérame mucho, Batlle

Arturo Santana sabía a quien pedía su continuidad terrestre

III

Bueno Si esto se vio en el sector de la amistad, que no habrá sucedido en el corazón de la madre. De la

madre que lo adoraba Y que viuda y sin otro hijo, había puesto, mas que sus dias, el motivo de su vida, en aquellas manos jovenes.

Un dolor atroz la hirió en los centros agudos de la sensibilidad Después, un sonambulismo astral le adormeció las primeras violencias Y al fin, le quedó una pena sigilosa y macerada que la mantuvo con majestad doliente y dignísima.

IV

Pasó el tiempo, apartando las heridas invisibles Estableciendo un ritmo asordinado y vago en las cosas

Ya hacia mucho que se habia ido Arturo

Una tarde una amiga de prueba que la venía acompañando por todas las vías dolorosas, logro animarla y llevarla al Parque Urbano

Sin darse cuenta, hablando de amistades, de flores, de recuerdos, de musica, alcanzaron a percibir las melodías distanciadas de la orquesta de la terraza

Las atrajo la música Se vinieron acercando como a un imán noble y permitido

A la madre de Arturo Santana le sobrevino un temor o resquemor pero tan leve, que no pudo con la presencia de la musica

Siguieron acercándose Ya veían el cono chillón de los atriles Ya distinguían los instrumentos Ya seguian el sube y baja de los dedos y las mejillas pneumaticas de los ejecutantes

De golpe, la madre de Arturo Santana se fija en el director de la orquesta que, con habil entusiasmo, regía los compases

Un grito le saltó del alma tocada ¡Arturo!

V

—Es Arturo Es Arturo ¡qué cosa más igual! ¡Idéntico! ¡Idéntico! ¡Parece un milagro!

Aquella madre sufrió o festejó, mejor dicho, una esperanza disparatada una especie de resurrección sentimental, que la aturdió de alegría de intriga de interrogaciones de proyectos absurdos

Se le fueron asentando las agitaciones congojosas. Repetidas asistencias y el constante cotejo maternal empezaron a hostigarle el animo Escuchar la voz del hijo regresante Verlo de cerca y sentirlo en el halo simpático de la atencion familiar

VI

Un dia resolvió ir a buscar el hijo que se le aparecía en el maravilloso joven de la batuta

Ella había notado con su amiga que el director del encantorio se allegaba a una mesita verde y redonda, donde dos amigos le tenian dispuesta una silla

Combinaron detenerlo en la mitad del término, en un angulo estratégico, para formar el terceto de la entrevista fantasmal

Colocadas en el camino, la madre de Arturo Santana fue la primera en hablar

—Joven, usted perdonara Pero si quisiera oírme

—Con el mayor gusto, señora.

—Le ruego que me oiga sin asustarse

—Hable, nomas, señora Soy bastante valiente

—Mejor, entonces Pero va a tener que ser valiente de otra manera

—No importa Hable nomás

Entonces la madre de Arturo Santana dijo

—Joven hace tiempo perdí, no un hijo, sino el hijo Lo único que tenía. Mi vida quedó sin explicación En un vacío completo Ni yo misma sé como he seguido viviendo

—Bien triste, señora Lo lamento Pero

—Pero Aquí está el resorte que aclara mi atrevimiento y lo hace perdonable Usted es igualito a mi hijo Y ahora que lo oigo y veo de cerca, usted me parece la misma persona de Arturo

—Bien extraño, señora Casi me alegro de ser un resucitado Pero

—Ahora viene lo más extraño lo escandaloso Yo supongo que usted podra presumir lo que es para una madre la pérdida del único hijo que adora

—Si, señora Sí, señora

—Supongo que usted sabrá explicarse la rara alegría de esa madre al ver que puede recuperar al hijo

—Pero, señora

—Si usted, como lo presiento, es un corazón grande, ayúdeme a conseguir el hijo, a tenerlo otra vez

—Con el mayor gusto y honor, señora Pero

—Mire La pieza de Arturo está como él la dejó Con sus libros, con los muebles Con la guitarra que le regalé cuando cumplió los 18 años Yo se la ofrezco Le ofrezco mi casona con todo lo que tiene Le ofrezco mi maternidad ¡Véngase a vivir en casa como si fuera Arturo! Volvería yo a la vida Y ¡Arturo también!

El sorprendido director prometió, tartajoso de emoción, ir a visitar a su repentina madre A la madre de su OTRA PERSONA Y se desprendió, perplejo y ruboroso, de las dos mujeres

En vez de allegarse a la mesita redonda de los dos amigos, se volvió al cono de la orquesta.

Y se aturdió, hasta serenarse entre la melodía... y hasta conseguir, de nuevo, la claridad de sus ideas y de sus pasos.

VII

Muy pocos años pudo ser aquello

Una noche en la calle Salto se celebraba un velorio

El padre, un viejo cantinero viudo, acababa de perder el último hijo.

Aquel italiano, vigoroso y efusivo, se mantenía en pie sobre la cabecera del cajón Con sus furiosas melenas alborotadas, parecía un leon colorado

De golpe, irrumpe una mujer grande y majestuosa Se abalanza al cadaver y le besa la frente. Con el peinado canoso revuelto, parecía una leona blanca

¿Quienes eran aquellas dos figuras trágicas y dominantes del velorio?

El cantinero, era el padre del profesor maravilloso que dirigia la orquesta del Parque Urbano

Ella, la madre de Arturo Santana que acababa de perder otra vez a su hijo.

EL PARAGUAS

Mi Dios, ¿qué habré sido yo, a los diez años, en mi villorrio chacarero?

En los tramos infantiles de mi memoria terrestre, me veo como un caramelo de rosas

¿Y el olor a malvas de mi libro escolar?

I

El invierno se había descolgado rabioso y sostenido, como enojado con alguien Rezongaba, cacheteaba con aguas duras Mugía

Si amainaba a intervalos, era reculando, como el carnero, para volver con redoblada saña

II

Sobre la madrugada, en mi casa, se oye un vagido recién desembarcado Esperado desconocido . conocido

Otro de mis hermanos que aparece a probar el aire de la tierra, y a poner una sombra más — la benjamina — en la rueda de la familia

III

Bueno Por aquellos tiempos, se estilaba dar las albricias del nacimiento a los amigos principales

Mi padre cumplía ritualmente las ceremonias lugareñas de cierta categoría Sobre todo, cuando él, como en este caso, era el héroe responsable

IV

La madrugada y el día del acontecimiento se fueron en manipuleos, en atenciones, en placemes y en ajetreo doméstico.

El temporal con bíblica abundancia, acompañaba el lloriqueo del petiquino.

Cerró la noche, tenebrosamente.

El agua venía cediendo algo. El viento también.

Mi padre se me acerca con un sobre.

—Mira, Perico. Vas a llevar esta tarjeta al doctor Cacheiro.

El doctor Cacheiro era el patriarca de la salud en Treinta y Tres. Médico quijotesco, amigo de corazón claro, caudillo civil del poblacho, mi padre lo tenía por su amistad más alta y encarecida.

Obediente como era yo a los diez años, tomé el sobre y me fui a buscar una bolsa de arpillera con su cono de duende para capear el agua.

Espantosa la entrada en aquella carbonería africana. ¡Qué noche, señor!

Llevando los ojos en los pies, conseguí llegar bien al portón de salida.

No me animaba a iniciar el viaje de miedo a una zanja que venía de la esquina del muro y que los relampagos me hacían ver esperándome para sujetarme las piernas en los limos viscosos.

¿Qué hacer? ¿Tendré que aprovechar el fósforo de los relampagos y que ir saltando con el cejeo sobre piedras, latas, ladrillos y maciegas?

Ya iba a tirarme en los peligros de abajo y al pavor de la oscuridad, cuando oigo que me chista mi padre.

—Espera.

Y enseguida se me acerca con el farol de las pescas encendido y con el paraguas grande de la familia.

—Vamos a ver si ahora te animas.

Le paso el bolsón de cucurucho y empuño el paraguas con la izquierda.

En la diestra blando el farol con orgullo aladinesco.

Despegándome del porton, arranco.

Marcha triunfal de veras. Pues debajo del techo andante y con la lluvia a los costados, la noche se me empieza a mostrar repentinamente amiga.

Cuando el farol, cortando tinieblas para adelante, me ilumina el senderito de cascotes que abre en dos la zanja tremenda, una dulzura picara me saca el miedo. Quiero decir que no me lo corre. Me lo trasmuta en agradable asiento de hazaña.

Ahora el agua ni me toca. La gusto como aliento de flanqueo, estimulador.

Adelante, pues. Traspongo la zanja. Y sigo con mi casita andante y sin paredes. Con su techo libre. Unida a mi. Llevada por mi mano. ¡Qué lindo!

El farol me va abriendo una cancha fotográfica de viaje. El paraguas me arma de lujo y valor en su círculo de protección.

La noche me va resultando mucho más que una amiga.

La noche deviene, a mitad de camino, madre andarina, creciente, inmensa.

Y a mí me parece que acabo de nacer, también.

LA JAGUARETESA

Vamos, siguiendo Venimos pasando Y la Naturaleza, resistente, mantiene sus personajes panorámicos, donde han ido tejiendo su fondo de identificación nuestros efimeros movimientos

Se irán, también Pero es lo cierto que, mientras andamos pintando sombra, nos dan una visión de aguante que ni las primeras edades bíblicas del hombre lograron alcanzar

* * *

Todavía, como en tiempo de mis bisabuelos, el Cerro Aspero endurece su observatorio de águilas moras y venados ariscos

Recostado a sus bases, estuvo el clasico Rincón de Mariño, donde mi antepasado epónimo armó el cabezal de una estancia primeriza, sin limites de jaula ni potreros de aparte

Recien habia estrenado las viviendas, cuando sucedió lo que voy a contar

* * *

Mi bisabuelo, don Manuel Mariño, fue uno de los primitivos troperos del pais que traquetearon pezuñas hacia Rio Grande. Alla tenia sus combinaciones vacunas. Y de alla regresaba con caña, con golosinas, con tabaco y con el cinto preñado de patacones

Mi bisabuela, doña Faustina, era, a estar con la tradición, una de aquellas indias santas y dispuestas, que meaban paradas, saltaban a los baguales, tomandoles la cola de rienda, para desabrojarlos, descalostraban las vacas, quebrandoles las ubres con la mano de los morteros de mazamorra, y producían los fuegos nuevos con el estampido de los trabucos, cuando se terminaban los trasfogueros

No hacia un año que se habían casado

Los acompañaba una chinita, ahijada de mi bisabuela, y dos peones, o ayudantes, mejor dicho porque el peón, como palabra dura, no se conocia entonces Los tales eran un par de sobrinos, preferidos de mi antepasado

Doña Faustina, como es natural, andaba en el tamboreo interior y en los primeros anuncios lacteos de su temporada grávida

* * *

Don Manuel Mariño era hombre de madrugar

Despues de preparar el caballo, se habia puesto a tomar mate en cuclillas sobre los tizones, vigilando un costillar de oveja que destilaba sus mejores blancuras y desmadejaba las más estimulantes vedijas de olor

Los dos peones andaban por el campo, juntando el ganado de la tropeada, en cuya faena intervenían tambien algunos comedidos y ciertos hombres de camino hechos al trashumante oficio, que debian formar parte de la mugiente procesión

No habia bebido todavia don Manuel muchos mates, cuando, de golpe, se presenta en la cocina mi bisabuela, envuelta en el poncho de la cama

—Manuel, Manuel. A los pies de la cama se ha subido un tigre y se ha acostado como una persona

—¿Estás loca?

—Te juro, hombre

—Y ¿vos sos la mujer que no se asusta ni de las ánimas?

—Dejate de bromas Y andá a ver

Los ranchos de estreno de la estancia eran de adobe y quincha Las puertas de cuero de yegua ¡Como para hacerse de rogar el tigre que quisiera hacer una visita de madrugada!

Mi bisabuelo tomó una escopeta cargada que tenía a mano en una piecita que daba a la cocina

—Quedate aqui

Salio Se trepo al techo de la pieza de dormir Y se puso a perforar con el facón un boquete en la cumbrera Conseguido, echo un ojo para abajo y vio que doña Faustina decia verdad

Alli estaba el tigre tirado a lo largo A los pies de la cama, como lo aseguraba ella

Entonces, pasó el caño de la escopeta en dirección a la cabeza del felino Apuntó fijo Y disparo

El tigre se cimbro Y quedó rigido enseguida

Venía aclarando

Bajó del techo Entro en la cocina, donde seguía parada y arrebujada mi joven bisabuela

—Vamos a ver cómo le ha ido a mi compadre

Al revisar bien la fiera recién muerta, doña Faustina, asustada, grita

—Pero, si es una tigra preñada Y ¡yo en este estado! ¿No me castigara Dios?

Mi bisabuelo, sentencioso, llevándose la escopeta a su piezucha de herramientas, cueros y armas, suelta su palabra cerrante, de sorpresa y escándalo

—¡Bendito sea Dios! Es la primera vez que veo a una tigra hacerse mujer. Y venirse a parir a una cama.

TATA ROQUE

¡Qué linda, ancha y hospitalaria era la pulpería de mi padre!

Colocada en el cabezal de las chacras, sobre la barra del río Olimar, estuvo allí cierto guitarrero correntino que se me alojó, desde que lo oí, en las capas sentimentales de la memoria

Intentaremos volver ahora a la pulpería familiar, pero por otro asunto, bien diferente, por cierto, de aquel encantamiento digital del forastero provinciano. [1]

* * *

Se detiene una carreta frente al negocio Clava el carrero la picana cerca del pértigo Y se apea lenta mente, como para pisar bien al tocar tierra

Afirmado en los tamangos, medio extrañado de verse con las manos libres y las piernas despegadas del lomo del caballo, empieza a caminar con cuidado, enderezando hacia la puerta abierta de la pulpería

—Buenos días, don Juan

—¿Llegaste, indio?

—Ahí le vienen las cosas

—Bueno, antes de descargar, sentate a descansar primero y a mentir un poco. sin escupir ¿eh?

* * *

—¡Al Uruguay, negro viejo!

—Era lo que nos faltaba ¿Vos aquí?

1 Véase "El guitarrero correntino" en "Jubilo y Miedo'

—Al olor de la carreta

—Lambete que estás de .

—Eso sera lo que diga el contrapunto A ver, don Juan, ¡que vengan las guitarras!

Esto sí que era darle en el eje del agrado a mi padre ¡verlos trenzados!

Soria pidio el embudo grande de las damajuanas Se destocó el chambergo de barboquejo Y se ajusto el abalorio en el marote, con el asa sobre la sien derecha.

Entonces, el negro Honorio, para no ser menos, se procura la media cascara vacia de una sandía blanca, y se la acomoda alrededor de la frente, como si fuera un solideo

¡Bufones macanudos!

Empuña cada uno su sexticorde, y, sentándose en el escaño de refectorio del comercio se dan a templar, dedeando por lo bajo, y torciendo, con el consejo de los oidos, las clavijas obedientes

* * *

No me toque,
Que tengo vitoque
Y soy Tata Roque

Tata Roque era el patriarca de holgorio de la negrada Su autoridad le venia de sus condiciones tribales de organizador Era el jefe de las comparsas, el bastonero en los bailes gauchi africanos, el director de los candombes, el que hacia punta en las procesiones de Baltasar, el mago mayor de toda consulta grave entre su Clase

Conforme se dio cuenta de que en la pulperia de

mi padre se iban a trabar en un duelo de ingenio milonguero los dos payadores de costumbre, se vino como sobre alas Traía y blandía dócilmente su garrote de selva, con dibujos de rito, hechos a cuchillo

—Tata Roque, tu vas a ser el juez del Contrapunto

—A eso he venido con este señor (Muestra el bastón racial)

Antes de soltar las cadencias cifradas en mi menor, el negro importante solicita a mi padre la pandereta curada de las zambras

La recibe con tiento de ceremonia La zarandea ligero Y despues se la coloca sobre la cabeza, dejando caer las cintas y los flecos sobre los costados de la cara Cara crespa y variólica, con chorros de canela, tabaco y cocoa Los ojos llenos de una mirada de ceniza caliente, mansa y pícara

—¿Están prontos?

—Sí Sí

—Comiencen, pues

Alza el garrote Y lleva a la boca el pito de los desfiles carnavalescos

Entonces cobra autoridad vigente la estampa de Tata Roque, juzgando los pasos, firuletes, tremolos y detenciones de acceso a la palabra de las cuerdas bien peinadas

Decime, viejito Soria,
Pedazo de benteveo,
Cuanta distancia hay de aqui
Al mesmo Montevideo

La distancia, negro bobo,
No te la puedo decir
Pedisela a la picana
Que es la que sabe medir

—Lindo, lindo, —estimula mi padre — Vas bien, Soria.

Tata Roque, rigido, apoyado en el palitroque clánico, ni pestañea, con el pito colgado del pico

Viejo ladino este Soria
Para la contestacion
Me vas a decir ahora
Donde esta tu corazon

Aura, mesmo, negro bobo,
Te lo largare en la jeta.
Mi corazon anda siempre
Adentro de la carreta.

—La pin don ga —, se resbala desde adentro Tata Roque, sin poderlo evitar, manejando la ortiga de una zafaduria africana

—Si sigues así, te ganas el litro de vino.

* * *

Una sombra enorme tapa la puerta de entrada

Las guitarras se paran en seco

El negro se agita, escandalizado

Mi padre, que viene preparando el vino del certamen, queda inmovilizado, con la medida en el aire

—Pueden seguir. por mí no dejen — musita la sombra, entrando y sentándose

Al darse cuenta de que la tension sigue por él, — con cierta pena contrariada se acerca a mi padre

Otra sombra cubre la puerta de entrada

En el silencio malo que se establece, se percibe la presencia de la tragedia.

* * *

La primera Sombra que ocupó el cuadro de la puerta, fue la de Martín Franco, el Cara Muda.

Posiblemente, la cara ha de ser la cosa más charlatana de la creación Y no nos damos cuenta Será por eso, por lo que todo el mundo lleva careta orgánica o corpórea

Martín Franco era un Cara Muda Un cartujo facial. Franqueaba rigorosamente lo necesario

Más de una muerte había hecho Agujereó a unos cuantos Siempre provocado A veces, resentido En alguna ocasión, por cavilosidad

Era hombre tan bravo y embestidor, que las policías no se atrevian a prenderlo, ni trataban de acercársele a mirarlo para ver si era el mismo que se decia, segun el chirigote del vecindario

En estas condiciones sobradoras, llegó a ser una permanente provocacion Un peligro trotante, reincidente, impune, paseador ..

Pero.. había un hombre con uniforme bien ganado que no podia ver ni sufrir tanta insolencia

Estaba con destino fijo en el local de la Jefatura Y era nada menos que el sargento de ordenes. El negro Recova

Soldado de la guerra del Paraguay, asistente del coronel Rovira, cabo con las escuadras logradas en Boquerón, consagrado sargento en la ultima batalla continental, de alla le venia un prestigio de servidor heroico del orden y del gobierno

Los numerosos años lo habian apagado bastante Y terminó por aceptar el cargo de sargento de ordenes, como un honor de sus superiores y un descanso inevitable

Sin embargo, le venia haciendo muy poca gracia la continua ofensa a la dignidad policial de aquel Cara Muda que se atravesaba el pueblo casi todos los

días, y a quien nadie en la Comisaría se animaba a salirle al paso para darle la voz de preso

Un día se enteró Cara Muda del disgusto del sargento Recova Y bonitamente, aprovechando que el negro viejo con sus jinetas vistosas se hallaba en los portales de la Jefatura con el mate en la mano, pasó a trote lento por su misma jeta, mandándole una especial inclinación de cabeza, como un saludo malintencionado de desafío

La segunda Sombra que acababa de llenar el vano de la puerta, es, pues, la del sargento Recova

* * *

—Amigo, vengo por usted

—Empiece, pues

El sargento Recova desenvaina el sable y lo pone de punta sobre el aire, con un relámpago de autoridad

Martín Franco saca apaciblemente la daga

El negro le dirige un planchazo a un costado de la cabeza tratando de pegarle detrás de la oreja para azonzarlo

Martín Franco detiene el sable, cruzándole la daga cerca del gavilán Retiñen los metales con un fósforo de estreno

El negro viejo que fue cabo instructor, y medio maestro de esgrima en sus buenos tiempos, se da cuenta de que tiene que habérselas con un artista cuchillero

Alza el sable con vigor y pretende aplicarle un hachazo de frente.

Martín Franco pone de paragolpes el brazo izquierdo emponchado, y trata de entrarle al negro que se

descubre Pero Recova, enseguidita baja el sable y ladea la daga sorpresiva

Golpes, parados con rapidez y maña, amagues fintas y tiradas a fondo, contrastados, — dos varas de acero que se tocan y chocan y retiñen, enarboladas y cruzadas por abajo y vueltas a enderezarse Danza de agilidad, de vista, de maestria peligrosa, de ingenio mortal

Tata Roque, mi padre y los payadores siguen maravillados el torneo que por lo que promete, solo con el cansancio o por un descuido, puede decidirse en favor de alguno de los duelistas

Entonces el negro organizador, destapado con una ocurrencia, grita —¡alto! — y metiendo el pito en la boca torcida, da un bastonazo de imposicion contra el piso de tierra dura de la pulperia

Los dos gallos se refrenan, impresionados

—Bueno Ahora van a pelear con juez No solo voy a ser sentenciador de guitarras Yo mando la pelea Y fallo ¡Adelante!

Vuelve la acometida Y se reanuda el choque y el cheire, las cosquillas y el cruce de los aceros, los giros, las tornas y remolinos, y el jadeo amenazador de los cuerpos balanceados

Imposible una sorpresa Imposible un planchazo Imposible una entrada de punta Un revés de filo, un tajo en claro, un rasguño siquiera

Tata Roque espía un momento parejo de situacion Lo consigue Y dando, de golpe un bastonazo tremebundo, hace viborear el silbato de patrón del lance

Se frenan los dos combatientes Y el negro, endureciéndose de suficiencia, sentencia

—Son dos tigres Pero al Cara Muda nadie puede prenderlo Mi fallo es el siguiente Martín Franco debe seguir suelto. Ahora, desen la mano como verdaderos gauchos

El sargento Recova, envainando el sable, alcanza la mano policial a Martín Franco, asegurándole, noblemente

—Si yo no he podido prenderlo, nadie lo va a hacer

* * *

Salen los dos de la pulpería Suben a los caballos Martín Franco toma el camino del paso del río El sargento Recova, el de la Jefatura

Tata Roque se dirige a los luchadores del contrapunto milonguero suspendido, y les ordena, con el pito cargado de gracia

—Ahora es con ustedes ¡Que sigan las guitarras!

SEVERIANO

I

Suelen atribuir algunos el uso patrimonial del capricho a los vascos Otros opinan que la tosudez cerrada se aloja bajo el pañolón de los baturros. Hay quien la pelea, afirmando que la porfía morbosa se apodera de los paranoicos, con exclusividad Conozco gente que documenta los casos más increíbles de la testarudez en los escoceses No falta quien hace caudal oculto y temeroso de los lunáticos Y hasta de domicilios alterados sale a veces la voz de los que se apoyan en los ebrios para presentar testimonios de culminación antojadiza ejemplar

Yo me voy a permitir el lujo de cortarme solo y arriesgar mi documentada opinión

Para mí, el capricho, en forma clínica y justificada, se halla en ciertos negros En esos negros, tomados del fondo de reparación de su raza, que ejercitan un sedimento de vejamen y angustia, y estallan por algún lado, sea con la ocurrencia escandalosa, con la viaraza, con el canto frenético o con el asunto sostenido sin vacilación hasta lo trágico o . lo tragicómico.

Es el caso del negro Severiano

Lo van a conocer enseguida

II

—No hagas ese disparate, negro

Fue inútil aconsejarlo Fracasaron en seco y desde

el pique las tentativas compasivas, alarmantes, tradicionales y amistosas de disuadirlo

El negro estaba dispuesto a salirse con la suya

—Yo sé lo que hago

¡Yo se lo que hago!

III

Vamos a ver que es lo que piensa hacer Severiano

Como adelanto, digamos una futesa ¡Casarse!

El hombre ya tiene segura y comprometida su compañera Una negrita docil y animosa Para el humor afro y concorde de Severiano, belleza obediente y necesaria La hormiguita oscura de lujo

Pero esto no es todo

El negro cisma cumplir un plan de vida, bien asentado y maravilloso

No era casorio lo único que buscaba Severiano

Queria previamente armar nido Y aquí anduvo el motivo afanoso de las advertencias, de los consejos, y hasta de los malos augurios

Severiano se habia apasionado de un recodo que daba sobre una laguna de plata celeste, parejita y olorosa, con esmalte de crespos camalotes morados, donde se había acostumbrado desde chico a pasarse dias y noches pescando

La escalera de arenas del cabezal que bajaba hasta los herbazales de la orilla los mimbres en muro los sauces, donde se escondía la luna y quebraba su joyeria sigilosa

Severiano se soñaba el Robinson pajarín y eufórico de aquella soberana cama de agua dormida

Alli tenía que ser Sobre el mirador del cabezal En el angulo mocho de la rinconada

—No hagas ese disparate, negro. Mira que las crecientes se encajonan y engordan en ese brazo Mirá que ya pasó algo espantoso en ese lugar A Polonio Mata una creciente le barrio el rancho con todo lo que tenia Y con él adentro

—Son cuentos

—¿Cuentos? Metete a provocar las aguas del cielo

—Yo sé lo que hago

IV

Pues sí, señor Unos cincuenta años atras, Polonio Mata había sufrido el encantorio de la bendita laguna de la rinconada Y, mas goloso que Severiano supo colocar un chozon, como corona de las escalinatas de arena que solían dejar las aguas habiles de las crecientes normales

Polonio Mata descendía como un genio lacustre de la puerta de su templete hasta la ultima faja de la escalera silvana la que hacia borde ensopado Se sentaba en su peñasco de sauce Metia las canillas hasta la mitad en el líquido delicado Y empezaba a mandar al agua mas rica y conocida sus anzuelos, boyas y plomadas, aguaitando, en actitud vocacional, los avisos más importantes de las ensiladas victimas del sartén picoteos danzantes del bagre amarillo, el tirón colerico de los pintados, la disparada de las tarariras.

No fueron muchos, pero si muy enhechizantes, los años que el compadre Polonio disfrutó de tan plácida y profunda poesía

Un final de invierno, se abrió el aire por el medio Y empezaron a caer aguas con intenciones de emponchar los cerros

El hombre aguantó Aguantó tanto, que, en un descuído, las aguas de la laguna se alzaron Y arrebatadas por los enviones de la creciente que se venía arreando regatos, espumas, camalotes y gajos, se destaparon en bolsazos de asalto, rebasando peldaños y sorbiéndose la caseta con lo que tenía adentro Y con el mismísimo Polonio Mata, bloqueado y estofado en la caja de barro y totora

Del episodio diluvial, no quedó resto ni marca visible, después del repliegue y envase acostumbrado de las aguas Sólo un recuerdo desvanecido y desfigurado por alguno que otro sobreviviente o por auditores profesionales de sucedidos

El negro Severiano terminó por sentenciar en el antecedente, condenándolo como un cuento, y cerrándose a las admoniciones y anuncios con su pertinaz voluntad de punta·

—Yo sé lo que hago

V

—Lo que pasó alguna vez, no se ha de repetir siempre, señor Si es que pasó.

Severiano encorporó con gorjeante primor los panes de tierra elegida, tejió los varillajes, fijó los horcones, y quinchó el templete soledoso, prefigurado arcón en sus ideaciones de pescador isleño

Preparado el hogar silvestre, se trajo en ancas de su caballo de vísperas, la morenita ágil y adicta, celebrando el casamiento, con decisión insólita, en el flamante habitaculo plantado por sus manos

Pero Severiano no edificó en la parte eminente de la escalera de arena. Por las dudas, marcó el espacio

de poblar en la planicie de oteo, pastada y vecina de las yerbas de pajarito de los árboles de franqueo a la laguna

Desde allí, mirando para abajo, inclinando apenitas los ojos, podía ver, abarcándolo, el espectáculo fascinante de su devoción aficionada

VI

Empezó su vida doble y solitaria

De vez en cuando, llegaba algún testigo sobreviviente hasta el rancho, o el especial fabricante de catástrofes

El mismo aviso, repetidamente

—Cuidado con la creciente

—¡En la que te has metido!

Severiano se afirmaba en la invariable piedra de su expresión

—Yo sé lo que hago

VII

El rancho estaba erguido sobre el arco cejero de una ensenada que, a lo lejos y ya en el cuerpo del campo, se volcaba en unos bañados de reserva

Aquellos campos eran de quien se animara a poblar en ellos Campos del fisco, tierras sin titulos, las dejó fulano, zona realenga Lo cierto es que nadie se consideraba propietario litigante de tales parajes

El dueño, interior y poderoso era, indudablemente, el genio actuante de la naturaleza, posesionado de la laguna

VIII

Una tardecita, pintada y plana, que parecía venir con eleccion lenta a rodear la laguna, un pensamiento inesperado le alarmó la sangre

Se hallaba en ese instante con los cordeles de dos aparejos, uno en cada mano

La boya de las tarariras flotaba sobre un espejo colorado La plomada boyera no le notificaba la más abscondita pulsación de los anzuelos sumergidos

—Va a hacer dos años que me case, y no

Empezó a inculparse Si El fanatismo de la laguna La pasion exclusiva de la pesca

—Tendré que pensar en esto Y muy en forma Si no me preparo un heredero cuando me vaya ¿para quién van a quedar mis aparejos, mis ovejitas, mi caballo mis vacas, mi rancho y esta señora laguna tan grande, tan preciosa?

Lo pensó con tal eficacia, que antes del año, se presentó en el camastro matrimonial algo más de lo que esperaba

En vez de un muñecote de chocolate se desprendieron dos

—Dios sabe lo que hace Paciencia Pero yo no pedí tanto

Y conformándose, numericamente, hasta reírse a lo negro

—Uno para cada uno

IX

La yuntita empezó a ganar dias semanas meses

Las tan mentadas crecientes — como para que las

facilitaran — se manifestaban con bastante moderación

Sólo una vez se produjo un desborde extraordinario Pero anduvo lejos de la sombra del rancho

—Y estos noveleros que me querían asustar

X

Siguió el tiempo Siguió el tiempo Siguio el tiempo

Hasta que una madrugada de invierno — agosto, precisamente — la piedra de tres puntas de un perfido espiritu aéreo, quebró el cantaro del cielo por el fondo y los costados

Se descolgaron las lluvias, sostenidas gruesas, furiosas, mal intencionadas

Llovió, llovió, llovió Y el agua, apoderandose del suelo, se echó a viajar por cauces y caminos, fusionando corrientes atropellando obstaculos rompiendo y estirando bañados, hasta cubrir y dominar las extensiones de avance y alcance con absoluta marcha de inundación

Cercado y replegado Severiano, se vio, al cabo de unos días, dentro del cubo del rancho, hasta cuyos umbrales se atrevio — ceceando en secreto — el labio trepante del agua que había rebasado y disuelto las fragiles escalinatas de la laguna

XI

Desde el pentágono abierto del galpón que mira al sureste, en un grupo de observacion que ha colocado bien los ojos sobre el rancho embalsado de Severiano, siete gauchos comedidos, con su rescoldo de picardía

bajo los ponchos, se hallan sentados en troncos de ceibo, con el pintoresco designio de seguir las peripecias del "embetunado", frente al ascenso sorbente de las aguas acumuladas, unidas, presionadoras

—Vamos a ver qué podemos hacer por este negro porfiado.

—Yo lo dejaría que se enjabonara hasta los garrones Así aprendería

—Sí, pero ¿y la negra? ¿y los dos carbones?

—A mí me parece que puede ir alguno de nosotros en un bote a ofrecerse

—A ofrecerse por todos

—Yo voy.

Se puso en pie sobre las crudas ojotas

El voluntario fue Remigio Larraz

Apolinario Gómez, el patriarca de las casas, le indicó el claro de la isla, donde conservaba el bote mas sano, amarrado a la orilla

Cuando Remigio Larraz consiguió acercarse y tener a tiro al negro, le alcanzo las primeras palabras de ofrecimiento

—No preciso nada Muchas gracias

Y, enseguida, dandose cuenta de una cosa seria.

—Si quisiera hacerme un servicio. Ya que se me ofrece ..

—Pedí, no mas

—Las ovejas ganaron el monte Las vacas andaban sueltas y se han ido El que ha de estar penando es mi pobre parejero "Macachín". Lo tengo en el galponcito, atado

—Yo te lo salvo, Severiano

Como lo prometio, lo hizo Con la cabeza sobre el bote, remolcó hasta que tomó pie al impresionado

equino de fiesta del negro, que ya empezaba a boyar, recostandose en los piques

Vuelto a los compañeros que no le perdieron movimiento.

—El hombre dice que no precisa nada Que muchísimas gracias

Una carcajada gaucha rascó catarros y embanderó barbas.

—Y con el agua en la misma puerta del rancho.

—Y con las ganitas que la sostienen

—Va a subir Dios sabe hasta donde

—También, el cielo quiso mear de veras.

—Y, el negro quiere volverse pescao

—Pero, si es lo que mas desea

XII

Al otro día, como obedeciendo a un compromiso de ceremonia, se encontraban los siete gauchos en el pentagono de observación

El cerco de las aguas había aprovechado la brecha de la entrada del rancho La creciente se colaba de visita inevitable en la vivienda

Lo vieron con sus ojos de lejana vision los gauchos vigilantes Lo confirmó el catalejo de don Ambrosio Terra ¡Las aguas harian tinaja del rancho hasta cercenarle el techo!

Sopesando y midiendo estaban lo incontrastable de aquella accion intrusa de la creciente, cuando les tocó presenciar otra escena más impresionante

La negra, aterrada, se había asomado a la puerta con el desatado intento de pedir socorro Largo el primer grito. El negro, brutalmente, le tapo la boca. Y se la llevó a viva fuerza para adentro

Entonces, resolvieron ir tres en sendos botes a convencer al negro del disparate y a tratar de salvarlo con el terceto de la familia

Inútil tentativa

Severiano que ya se había dado cuenta de las observaciones y maniobras del galpón de don Apolinario Gómez los vio venir Por gritarles estuvo que no se allegaran

Los tres botes avanzaron hasta un escaso trecho del umbral

—Venimos a buscarlos Salven lo que puedan Y venganse con nosotros

—Muchas gracias No preciso nada

Enseguida, vivamente,

—Llévense a la negrita con los tinteros

—¿Y vos?

—A mí me dejan en paz Yo no preciso nada

—¿No precisas nada? Pero, Severiano

—Yo se lo que hago

XIII

Por la negra Valeria se enteraron los siete vecinos de lo que pasaba dentro del negro y de lo que había venido representando ante el auge de la creciente, hasta llegar a este asedio del agua bromista que se llevaba todo para adelante y para abajo con el modestísimo propósito de ponerle una tapadera a los campos de aquella region de la tierra

Con su continuo optimismo a prueba y contrastado, Severiano había venido esperando una detención aliviadora y el repliegue de la creciente

La creciente no se daba por aludida

—Pero, señora, no sea tan metida No venga donde no la invitan

La creciente seguía haciéndose la sorda

—Vayase, señora. No me pise la puerta

La creciente, ondulando apenitas en avante, se reía de Severiano

Arrebatada del pánico, la negra, cuando vio que el agua trasponía el umbral, se asomo a la puerta, en un descuido de Severiano, y comenzo a pedir socorro

Fue cuando los siete gauchos vieron desde el galpón que el negro le tapaba la boca con una mano y con la otra se la llevaba para adentro con energia militar

Considerando las cosas muy feas y duramente hostiles, se consagro Severiano a los preparativos — más que de resistencia — de aguante del sitio

Armo dos botecitos de cuero Alojó en la cavidad a los negritos Y con dos torzales, colgó del horcon principal de la vivienda las cunitas boteras

El y Valería dormirían sobre la mesa manduquera Alli comerían Allí dormirian Y — llegado el apuro — se sostendrian encumbrados, como predicadores o como estatuas prevenidas, hasta que la señora creciente ce diera

—No me hagas hacer un papelón, Valeria Soportá un poquito más Haceme caso. Yo se lo que hago

XIV

Conociendo, pues, la resolucion de Severiano y viendo que el agua no aflojaba y el rancho estaba ya flotando ceñido hasta la mitad, los siete gauchos decidieron convocar los vecinos mas dispuestos a una asamblea de auxilio y rescate

Con seguridad, el negro, solo y empecinado, se iba a dejar sorber por la maternidad anegante

El caprichito ingénito de Severiano y su calamita acuática

—Se le ha averiado el porongo Tenemos que sacarlo de cualquier manera

—A las buenas o a las malas

—O a las peores — remachó don Ambrosio, separándose las barbas con el catalejo

XV

Cincuenta gauchos se presentaron al salvataje.

—Y ¿cómo vamos a sacarlo?

—No hay más que un recurso

—¿Cual?

—Enlazarlo

—Si es asi, yo propongo mi lazo

—Y yo el mio que es de seis tientos

—El mio es de armada celosa y muy resistente.

—Entonces, cada bote con su lazo

—Lindo

—Lindo

—Lindo

—Macanudo

—¡Qué diablos! —contrapesó don Ambrosio —. Si le gusta tanto la pesca, que alguna guelta sea pescao

—¡A pescarlo, pues!

XVI

Como las aguas siguieran *respirando para arriba* y ocupando alteza, determinaron usufructuar la coyun-

tura mas apremiante y convencedora Cuando Severiano se tuviera que dar por vencido

No conocian bien al negro ¡Darse por vencido! Yo sé lo que hago

Una mañana, atravesando el patio, no mas, y antes de llegar al galpón, le toco ver a don Apolinario una escena que solamente en ciertas églogas primitivas suele considerarse posible

La caja del rancho había sido insumida por la planchada liquida.

El techo, como tapa de chinampa o como balsa india arqueada, se balanceaba visiblemente, resistiendose a despegarse de la masa habitable que habia servido con insercion corporal

El negro encima, conformándose con lo que culminaba, condenandolo, o haciendo honor al desenlace del drama que se le antojo vivir, habia ganado la cumbrera con los aparejos.

Desde allí, y en direccion a la laguna cubierta, arrojo cordeles y boyas, quedandose ensimismado, como un sobreviviente que se salva, alzándose, mientras se le inmergen la hacienda, los bultos y los sueños de felicidad terrestre

No dejó de hacerle gracia a don Apolinario la patética "debilidad" del negro

—Hoy mismo vas a saber lo que es una pesca, negro testarudo.

XVII

Una vibración en circulo, sacó a nuestro personaje del sopor sonambúlico

¡Cincuenta botes se acercaban en redondo por los cuatro puntos!

El negro no supo qué hacer ¡Estaba envuelto, acorralado!

Y la rueda de los cincuenta botes estrechaba, intencionadamente

La voz de don Apolinario llenó las orejas del negro

—¿Vas a venir, Severiano?

—No, señor Muchas gracias ¡Yo sé lo que hago!

Cincuenta lazos revoleados de golpe cayeron sobre el negro

Severiano se sintio cimbrado en el centro de las cuerdas tensas como la cabeza de una araña

Tomando de apoyo el cuerpo enlazado, se fueron aproximando los botes hasta medir la distancia justa de pescarlo a manotazos

Lo hicieron sin vacilar Sin consideracion

XVIII

Todavía anda la gente lugareña indagando el paradero de Severiano

El negro desapareció, conforme cierta oportunidad le permitio escabullirse a la verguenza zumbona que había suscitado su vocacion de martin pescador, enamorado de la laguna

La negra Valeria, con los dos bolsinos de betun, se metio en el poblado mas cercano Y se ofrecio a una familia de buen trato De tan buen trato, que los convecinos no han podido explicarse todavía cómo pudieron sobrevivir los dos retoños afros a las pellejerias y judiadas a que estuvieron permanentemente sometidos por los hijos menores de la casona acogedora

Los negritos tuvieron que pasar por tantos entremeses, zancadillas, trampas, jineteadas y sorpresas

crueles, que, realmente, si hoy andan hombres por algún sector del universo, deben ser dos genuinos mártires de la picaresca criolla, capacitados para soportar algo mucho más arduo y peligroso que la creciente del progenitor

La laguna, consecuente presencia de la naturaleza, en estos momentos que vivimos, se halla en su antigua caja, esperando que un nuevo enamorado, como Polonio Mata y el negro Severiano vuelva a enderezar la figura aparcera de un rancho, bien sobre la seda de sus escalinatas de arena o en el mirador vegetal de la rinconada



De

ALMA EN EL AIRE

1952



LOS PRESOCRATICOS

I

Bufones arcanos, atorrantes de la Intuicion, sabios escandalosos de la pedrea, — los presocraticos

En ellos, como en la "música primera", estuvo toda ciencia en estado sinfónico Eran filósofos genuinos. Amigos de todo saber en idéntica onda de Naciente infusa

¡Quién los hubiera visto y conocido!

Considerados con tolerancia preceptiva o con buen humor tecnico, — a la distancia —, podriamos encontrar en ellos lo que después vino a desatar en la Europa feudal la familia de los juglares y bufones cristianos, pues presentan un parecido más estrecho con los hermanos de la fundación franciscana que con los aedas y rapsodas contemporáneos, forzandonos a aplicarles una definición temeraria que, extrañamente, sorbe el limite tradicional de separatividad entre hijos de la nueva ley y paganos la de la PICARESCA SACRA, dentro de cuyo influjo trasiegan y trasmiten lo INTELIGIBLE y lo que PASA ARRIBA

¡Quien los hubiera visto y oído!

El orgullo sibilino de Jenófanes, arrojando el sagrado insulto de su altanería mental

—Aunque ustedes consigan fortuna y alcancen victorias de estadio y camino, no llegaran nunca a ser dignos de besarme la sombra del pie Nunca verán lo que yo adivino Jamas sabran lo que llevan adentro mis palabras.

Y una danza con tarareo de pensamientos esquivos, la risa torcida y el palmoteo teofónico dentro de los hexámetros reticentes y desconcertantes

¡Quién los hubiera conocido y seguido!

—Yo soy Heráclito Ustedes, un montón de trapos No tienen nombre UN HOMBRE es todo La MULTITUD, nadie ¿Oyeron?

Y la gruesa carcajada ofendida que empuña piedras y pone en fuga al sabio cantaverdades

* * *

Diógenes Laercio asegura que estos presocráticos visibles que marchan documentados, medio en fábula, sobre su paso físico, son como la presencia cercana de una familia de iniciadores que retrocede inmensamente y cuyos númenes originarios pueden estar en los más remotos hierofantes o jefes de sigilos cósmicos de las épocas de organización religiosa

Uno no deja de darle la razón a Diógenes, cuando considera que Tales y Anaxágoras son culminación y madurez de una verdadera sucesión de genios intuitivos con Lino y Eumolpos en los primeros tramos, o, mejor dicho, en las etapas de retroceso de la estirpe

En Platón se evocan, celebran y hasta corporizan algunos de ellos, confirmando el enlace vocacional de la Academia con los aportes sobrevivientes de las épocas filosóficas

Parménides y Empédocles son, realmente, dos titanes de la generosidad primigenia, regalando sus acordes trascendidos, sus contraposiciones integrantes y sus paradojas recónditas, con asentada lucidez hermética

Una tradicional y aparente antinomia que ha llegado hasta nosotros, después de encarnar en obras

de suprema jerarquía, desde la tragedia griega y la epopeya dantesca hasta los símbolos de expresividad fundamental, nos ha conservado la sal terca de Heráclito en el depósito jovial de la risa de Demócrito ¡Cara doble en el destino de los Efímeros que proviene de la misma fuente de prueba!

En Diels en Aristóteles en Plutarco en Teofrasto, en Sexto Empírico, en Isócrates, en Proclo, en Cicerón y en reservados humanistas, se puede hacer un recuento de esta familia maravillosa que nos legó a Ferécides a Epiménides, a los Anaxi, a Leucipo, a Filolao a Zenón el Viejo, a Hermotinos, el incógnito iniciador del centripetismo mental y al demiurgo Anaxágoras, que colocó la levadura armante de la Inteligencia en el centro frenético del caos

¡Quién los hubiera conocido!

No venían así como así estos señores Traían su trastienda resentida

Aunque parezca ridículo, eran de una progenie más juiciosa, alejada y perfecta que la de los rapsodas Y no podían perdonar a Homero y al áspero pastor de Ascra, la herejía injuriosa de revolcar los principios del ordenamiento cósmico que investían los dioses, en el lodo pasional y avieso de las costumbres humanas.

Por eso soltaban esos adómenos de punta y arrostraban la furia de la plaza

Su misión primordial y entrañable era la de restaurar principios y esencias de la economía olímpica, comprometidos gravemente por la licencia estética de la corporación homérica y por la opilación atravesada del tremebundo genealogista de la Teogonía

Castigador de homéricos embustes, — dice el Timón

del epitafio, aludiendo a Jenófanes, con voz medida, intencionada y firme.

Algunos "la tenían" con Arquiloco Heráclito condenaba, con la pezuña sellada de su barba, a un tal Hecateo

Ellos podían hablar del nacimiento de las cosas, de las ondas de creación, de los secretos del ser

Anegados por participación intuitiva en el misterio viviente de los fenómenos, operando con la unidad del saber en vibración simpatica y en dinamica fusion, — la intima certidumbre de la realidad invisible les desataba el pie para la danza y la lengua para los versiculos "alumbradores"

Por eso bailaban y escenificaban la filosofia Estaban en la Sinfonia Ontogénica de permanente sorpresa, manifestación y encanto

La dignidad divina de la posesión velada les suministraba una formidable y acerba recriminación, a medida que iban constatando el espesor y la dureza de la atención humana

Al flagelar la resistencia de los "muchos", de los "cerrados", — los ignaros bicéfalos de Parménides —, solía llegarles, de contragolpe, un rechazo meteco y una pedrea zafia

Pero ellos no quisieron cejar

Seguros de su misión, resistieron

El golpeteo intencionado y continuo en la capacidad de los efimeros, tenia que despertar el interes de la inteligencia, con la paciente colaboración del tiempo

Y así fue

De aquella broma y acusacion que provocaron el contrapunto procaz, vino Sócrates, el callejero

El recelo magico que envolvía las verdades ocultas,

tuvo su claustro de acogimiento en Pitagoras, el "antesocrático", que no conoció el Agora y que se había tomado a pecho el rigor impositorio de la conducta esclarecida y ascensional

Los presocráticos de feria supieron sacar al aire entes, principios y verdades que nunca hubieran alcanzado a convertirse en patrimonio de la humanidad sin un atrevimiento heroico, sin la ventilación apasionada

Esos dos tipos opuestos en el trabajo de la filosofia que definieron lo pitagórico y lo socratico, produjeron una Personalidad plena y animadora de los siglos

La de Platón

Platon unió los dos sistemas y los invistió de una expresion "comportable"

La Academia fue la Casa Madre de la Cultura Humana En ella desembocaron todas las ideas y todos los descubrimientos, —las biblias escondidas y escamoteadas—, merced al aporte tecnico y afanoso de los adeptos

Platón ha sido el Hombre Mayor destinado a promover, por etapas con fermentacion elastica, la organización mental de los tiempos

Pero sin el heroísmo disparatado de los presocráticos, ¿hubiéramos tenido a Platón?

Dificil contestar la preguntita

Porque aunque lo pitagórico dejó una sugestion emuladora, esto solamente era un caudal peligroso, de ardua exigencia, que muy escasos maestros podian recibir y manejar

El aliento callejero, la familiaridad conceptual, la claridad de Socrates, debían conseguir la excarcelación de los misterios cautivos que la sencilla gente del

mundo tiene derecho a conocer y practicar, aunque sólo sea en forma de fabula, parabola, mito, o como cosquilla interior de la razón en contrapunto

Y esto es la continuidad de lo presocratico La vigencia sostenida de aquella absurda comunidad de vagabundos que soporto el escarnio, la rechifla y la pedrea, con el designio redentor de interesar a la multitud basta y rechazante en las primeras vislumbres de la inteligencia desentumecida

* * *

No fue tan facil conseguir que la masa guaranga y zafada se hiciera pueblo

Debió consumarse el sacrificio de una víctima central bien elegida

El resentimiento de la plebe, "de los muchos", tenia que desfogarse en forma holocaustica Y Socrates fue la figura de aguante que dio cara al sedimento vengativo que venia preparando la ceremonia ofrendaria

Ya no es el caso de escapar a la pedrea o de esconder la sombra a los manoseos

La etapa de la broma tuvo que ser trascendida con la ironia individual y plantada de un martir

Pero, los presocraticos fueron los que acentuaron el proceso hasta la eliminacion del pre

Lo socrático vino a ser, asi, la flor preciosa y coronante de sus pasos o estaciones familiares

¡Atorrantes del pensamiento! ¡Bufones necesarios!

EL CANGREJO

I

Hay hechos de fijación terrestre, mas que visibles, vivientes y respirables, que nos llevan, por consideración agradecida, a declarar con franqueza la existencia del "milagro natural", — y no así, a la sollama, sino en estado intencional y dinamico de continuidad y conseguimiento

Uno de estos milagros es el de la clorofila, la célula verde, la infima obrera misteriosa que informó la hoja y realizo el balanceo quimico que nos permite disfrutar el prodigio pneumatico de la combustion organica, colaborando en la accion atmosferica, a fin de que nuestro cuerpo sea un instrumento sutil y maravilloso, apto para el cumplimiento de los destinos mas avanzados.

Otro milagro de naturaleza — primordial en nuestra evolución corporea — es el de la salida de la vida plastica al aire telúrico desde su cuna originaria en el mar.

Esto se lo debemos, aunque mueva a risa el decirlo, a nuestro señor el Cangrejo en su forma primigenia de langosta litoral

Vamos, pues, a dedicarle algunas palabras al artró podo antepasado.

* * *

Hay personajes admirables que, seguidos o estudiados, nos desconciertan hasta la perplejidad. El lagarto, el zorro, el avestruz, el hombre.

Ese rezago saurio que lleva una vida ásperamente golosa Que no deja en paz los nidos Que conoce los panales a punto Y consigue, en ciertas especies engoladas, ponerse en dos pies, como nosotros El coludo de nuestras fabulas El gambeteador El gran rifiuto de la creación

Pues de todos ellos tuvo la sintesis anticipada el señor cangrejo Y todavia la muestra, cuando se lo exigen Tal vez, perfeccionada

Hablando en serio, hagamos una biológica afirmación si no hubiera sido por la ocurrencia emigrante del cangrejo, no hubieramos tenido nunca la vida orgánica en la tierra ni el hombre hubiera sido posible

Yo no se si esto va o puede ir contra la creacion del hombre, como acto especial, según la narracion mosaica Hablamos del antecedente inconformable y animoso que puso en la orilla seca de los mares los primeros crustáceos Al replegarse las mareas, muchos de estos diminutos seres quedaron en el aire costeño Y tuvieron que forzar o adquirir respiración bronquial para sobrevivir

Los paleofonos exploradores y las ligias ancestrales lograron con el tiempo reírse de las aguas maternas, adaptándose a una vida mixta, liquida y solida, que, en parientes noveleros, llegó hasta el desden acuatico

Esa sagrada herejía en cambiar de medio o "habitat," trajo la posibilidad de la evolución orgánica y su asiento colonizador y transformante sobre la parte continental del planeta.

Actualmente, el cangrejo es gente de lo más pinto resca, matizada, sabrosa, ingeniosa

Vamos a verlo en seguida con algunos leves papirotazos eruditos

II

Han de saber ustedes que existe un cangrejo que regula sus movimientos con una chinita cefálica

Es tan peligrosa y delicada la tal pulvérula, que se le suele desacomodar o caer en el ciclo de muda Entonces, se va patas arriba o se zarandea como un ebrio perdido.

Pero no termina aquí el asunto. Recurrente el mocito, conforme se da cuenta del estropicio y se sosiega, se busca, como puede, un grano pétreo a la medida, y colocandoselo en la cavidad de regulacion, restablece el equilibrio de su cuerpo y sus podos, volviendo a las andadas, esto es a procurarse distraccion y bucolitis.

Aunque parezca mentira o una humorada, hay quien se dedica a pescar estos anténicos con imán Los pobres se entregan de cabeza, atraidos por lo irresistible

Suelen merodear por la costa unos arácnidos que se tornan invisibles. Vaya usted a saber cómo Pero la prueba ilusionista se da, sin cobrarse entrada de casino.

Otro tenazudo que ya francamente hace vida enjuta, ha conseguido un nombre a la medida el de vigilante Porque es tan avispado y terutero, que cuesta mucho tomarlo desprevenido

Hace poco llegó hasta nuestra noticia la existencia de un artrópodo asiatico que posee una pata enorme, en cuyos garfios lleva, con celoso cuidado, nada menos que el ojo con que ve. ¿Se dan cuenta? ¡Llevar la visión, como una alhaja suelta, en el peligro del pie!

Como para contraponer a la curiosidad superficial y aflorante de las especies litorales, sabemos hoy, mer-

ced a campanas transparentes con sonda, de cangrejos marinos que se hunden en profundidades increíbles, donde deben hacerse la luz y el instrumental de visión que, en muchos casos, toma aspecto caricaturesco de anteojeras fosforicas o de ojos viajeros sobre cordones simbióticos

Pero el tipo que mas nos toca, porque se ha humanizado en demasía, es el famoso eremita del mar Se le suele llamar Bernardo el Ermitaño

Pues este señor, a quien la naturaleza ha dado un traje mórbido sin consistencia, tiene que defender su cuerpo Entonces, se procura un caracol vacío bien torneado y en él aloja su expuesta masa, dejando afuera la cabeza y las pinzas

Encantado de su vivienda, se vuelve poltrón y sibarita, hasta anquilosarse, pues crece dentro de un revestimiento de museo

¡Qué vida se da este señor, sin afanarse! Todo le viene a las uñas los alimentos más frescos y atuzados, las joyas más finas y fosforescentes, los regalos infinitos de la generosidad marina

Verdadero gurmet, refinadísimo esteta, la observación especular lo ha sorprendido empuñando medusas y lucernarias, paladeando algas deliciosas, y clausurando sus feéricas fiestas gástricas con vivos habanos de vegetación flotante

Pero no todos los eremitas se enquistan, se engolosinan y amodorran

Muchos pretenden casa, de acuerdo con su crecimiento y tamaño. Entonces, no se paran en discreciones ni en temores A las buenas, a las malas o a las peores, se consiguen su caracol, aunque tengan que

desalojar inquilinos o maltratar resistentes Esto les ha valido el remoquete de piratas

Y no es que les dé por la violencia, llevados de caprichos o futilidad No Los pobres se hallan en situación de desnudos o descascarados Carecen de caparazón. El terror de que les rasguen la piel, los arrebata y empuja. De ahí, el solicitar, con angustiada premura, la capa cálcica de salvación

En la Isla de Pascua el cangrejo vive completamente de los árboles, como los simios Establece sus cangrejales, y se consagra a la industria cocotera El hombre sale de sus agujeros subterráneos Elige su árbol Y, como chiquitín de circo en los palos, se trepa a las ramas y se apropia de los cocos. Hábil manejador de sus herramientas, abre las frutas se las engulle en un bailoteo aéreo de festejo

Este artejonado se ha conseguido un mote penal que, según nuestra severa intención humana, no le hará mucho favor Pero le suministra categoría hazañera· el cangrejo ladrón

Nosotros, en uno de nuestros departamentos oceánicos, mostramos unos interminables palmares, donde el cangrejerío ha colonizado y se pasa su vidurrion de dátiles silvestres y miel arbórea

Guiraldes, en *Don Segundo Sombra,* nos describe los cangrejales tragicos que perforan porciones vastas de terreno y son un peligro oculto para los animales que pisan descuidados.

Como buen payador argentino, don Ricardo, haciéndole contrapunto a Fabre, se pone a contarnos los hábitos ladinos de los cangrejos terricolas Y los describe en un festin canibal, después de zapatear un malambo ridículo sobre la cascara de las victimas

Concluido el rito, se abalanzan, en un entrevero rígido de chuzas y de uñas, destrozándose sin lástima, quebrándose, y engullendose los trozos ensartados en las armas fratricidas.

No se detiene aquí lo artero y taimado de estas alimañas.

Llega un momento en que, imitando a los mántidas, se fingen poseídos del espíritu religioso, y juntan, como en plegaria, sus antenas principales sobre el pecho, con la rojez delatora de haber faenado alguna res sorbida por los tembladerales

En un librote de vida y costumbres de bichos extraños, acabo de enterarme de un cangrejón japonés Se trata del Moya. Es un cámbaro —¡asómbrense! — más grande que el hombre

Este fierabrás de Oriente usa tanto vigor, que, en lucha por su cáscara y sus aspas, puede quebrarle las piernas y los brazos a un pescador

Y aquí, porque viene a pelo, una constatación impresionante.

Cuando dos cangrejos duelistas de mar se traban en lucha, suelen cercenarse alguna de sus extremidades Esto no es descalabrante o mortal, ni los hace ir al servicio de traumatologia La naturaleza les rehace y devuelve la parte segada, como si se tratara de la reposición anular de las lombrices segmentadas

En fin, señores, el cangrejo es el personaje más completo y avisado de la creación

Tentados nos hallamos de talentear, formulando sobre caliente una filosofia cangrejil

Vamos a ser mas modestos Cerraremos la página con nuestra infancia.

Para ello, tenemos que hacer pasar adelante al can-

grejo criollo de río el cangrejito negro que, en eso de acreditar la picaresca de la especie, no le va en zaga a los demás congéneres del globo

Porque, realmente, en ninguna otra familia de la biología se puede confirmar el genio de la raza como en esta de los crustáceos

Cada estirpe maniobra, según se lo exige el medio, la ocasión, la viaraza o el destino

Pero. en el fondo del drama, se define una nota de identificación, por separados que se hallen los tipos familiares la de la astucia, la de la capacidad ingeniosa, la del humorismo desconcertante, la de la ca chada al mismo hombre, que se cree más vivo

Y ahora, yendo al prometido remache, evoco a nuestro retinto ambulacrero. Y no sin cierta emoción y lástima. Porque la exageramos, amigo

Solíamos preparar los anzuelos, con un rebullido pronóstico de sartenes olorosos y empostados Tarariras, bagres, pintados, pejerreyes, mojarras

Dispuesta la estudiantina nemorosa, alla nos íbamos al Olimar, el río protector del villorrio a quien considerábamos más nuestro hogar que a los desabridos caserones de los abuelos

Instalados en los pesqueros, arrojabamos a la corriente las plomadas, las boyas los anzuelos Y nos imbuíamos de una autoridad chica y silvana, aguardando los avisos de las ensiladas víctimas

—Está picando — Aquí también — ¡Cómo recela el bagre!

Con el hilo cimbrante en los dedos, seguíamos los movimientos sumidos de los peces que andaban tentando de costado los anzuelos

—¡Ya está! —grita un hermano— Y da un tirón extractivo ¡Ah!, pero ha de ser muy chica

¡Si será chica! No hay tal tararira, señores. ¡Es un endrino y coruscante manojo de cuernos móviles que viene adherido a la carnada! El hombre se ha descuidado o engolosinado Porque esa es otra. No se deja sacar así nomás

. La escenita del picoteo engañoso solía repetirse en cuanto aparejo y "mojarrero" mandábamos al agua.

El muy bromista estaba especializado en imitar la manera de "picar" de todos los peces

Traído al aire el desengaño y puesto al alcance el simulador, con ira punitiva y un tantico risueña, lo tirábamos al fuego

¡Era de ver, entonces, cómo se aplacaba al tostadero nuestra infantil venganza inquisitorial, siguiendo aquella carbonización que transformaba en un rojor de lo mas hiriente el húmedo betun quitinoso del ástaco condenado!

¡Quién iba a pensar en aquellos momentos y con nuestros escasos años, que, gracias al riesgo y la temeridad de sus antepasados antiquísimos, existíamos nosotros, los verdugos desagradecidos!

LA SONRISA

No existe manifestación más segura para medir al ser humano por adentro, que la SONRISA

La mirada no proporciona un síntoma de percepción tan eficaz

Envasada en un instrumento como el ojo, sutilmente tejido en los meandros somáticos y psicológicos, su difusión o fijeza depende de múltiples vibraciones o estados que suelen subir hasta ella

A veces, la mirada está vacía.

La sonrisa gasta otro estilo

La mirada tiene mucho que ver con la luz La sonrisa es tema del alma

Se puede mirar desde afuera Imposible sonreír sin permiso o alusión "endógenos"

La mirada es inevitable La sonrisa se puede dar, detener o. . esconder.

Hay quien sonríe por partes o puntos de la cara con los ojos, con la boca, con la frente, con los dientes, con la nariz.

Suele presentarse el fenómeno que sonríe hasta con la cabeza

Se da el caso de tipos hábiles — estrategas de su intimidad y el momento — que colocan la sonrisa oportunamente

¡Las veces que seguimos los procesos faciales y sorprendemos personas que sonríen en frío, a desgano, por concesión, obligadamente, y paran en seco la ca-

reta móvil, quedándose con un apagamiento fúnebre o acedo en las comisuras!

Pero con el alma no se puede jugar

La sonrisa triunfal, LA VERDADERA, es onda de fusión sublimada de los humores que, según la escuela del ilustre Juan de Huarte, establece la vigencia de la COMPLEXIÓN, y nada tiene que ver con la economía de la prosopopeya

Entonces el ser humano se alumbra desde los ojos de una manera marina, celestial y completa Riega de jovialidad el aire y la visión de los circunstantes

La sonrisa difluye así el contagio estético de la felicidad Porque quien sonríe derecho y en plenitud, aclara la vida y adorna la tierra

¡Si valdrá la sonrisa!

Lo van a justipreciar con un ejemplo ático

Praxíteles soñó regalar a los ojos mortales una Anadiomena perfecta

Para conseguirlo, se valió de lo más apropiado que tenía a mano

Utilizó el cuerpo de Friné, reina de las cortesanas atenienses por aquellos días

La célebre tespiana estaba considerada el acorde más ajustado de la euritmia plástica El dechado de la forma

Bien que se lo sabía el escultor, no solamente porque era su amante, sino porque dominaba el secreto de las proporciones corporales más que nadie

Ya está la Anadiomena a un paso de ser

El modelo ha permitido la presencia física de la diosa en su más acabada armonía óptica

Pero, falta un golpe de cincel para abrir los la-

bios de la dea. Hay un trozo informe, aguardando . nada menos que la boca de Anadiomena

Un día, bruscamente, entra Praxíteles en su taller, gritando el *eureka* decisivo y girante de su trabajo.

—¡La encontré! ¡La encontré! ¡La encontré!

Y, aplicando —convulso y certero— un cincelazo, hiende el resalte intrigante, desatando la sonrisa de la diosa, y estremeciendo al mármol escultórico desde adentro.

Lo sorprende Friné Con celosa sospecha, lo interroga

Entonces, suelta Praxíteles el motivo de aquella detención responsable y clásica

—He andado hasta hoy buscando una sonrisa

Tú tienes todo lo de la Anadiomena, menos eso La sonrisa.

Esta mañana fui al puerto

Estaban desembarcando unas esclavas jóvenes que venían con destino al mercado

Cuando menos podía esperarlo, una de aquellas desventuradas bellezas, sonrió —pasando— al verme Y me dejó iluminado ¡Tenía la sonrisa que me faltaba!

Lo que acabo de hacer es, sencillamente, dar el toque de milagro que une lo uránico a lo pandemio en la Anadiomena

Praxíteles consiguió la sonrisa de la dea Pero. . perdió a Friné.

No importa

Lo admirable del ejemplo ha rebasado con categoría la pérdida de una belleza efímera, y ha trasmitido esta afirmación perdurable de lealtad estética — Nadie ha dado a la sonrisa la importancia que se merece, como Praxíteles.

EL SABIA

No hay pájaro que mire con más respeto al cielo, que el sabiá Ni que lo conozca mejor Y exprese con mas segura melodía

Usando mística propiedad, se puede aventurar que el sabiá no mira al cielo Lo contempla

La calandria suele remontarse en girándolas y cruzarse por las nubes con osadía Pero esta "pájara" es tan traviesa, que uno no sabe si el cielo la atrae o ella se lanza a refitolear y conseguir tema para esponjarse de regocijo

El chajá se eleva y alcanza a perderse de vista Pero eso entra en su táctica de capataz y vigía de los bañados

El águila recorre las sedas eléctricas de la cúpula fluida Pero sigue el destino de su deporte olímpico

El sabia, mis amigos, gasta otro estilo de amistad celeste.

Cuanto más lejos se ponga del cielo, más cerca lo sentirá

Por eso, solemos sorprenderlo en las selvas, al caer la tarde, con la cabezuela vuelta hacia la altura

El pico apunta como flecha magnetica Los ojos son espejos armados de silencio

Se produce el contacto de fusión

Entonces, los ojos beben el cielo Y el pico desata los círculos melodiosos del éxtasis hilozoísta.

EL ARTIGAS DEL PARAGUAY

—Mirá, yo te voy a robar y te voy a llevar conmigo a Montevideo
Y el anciano agrega —¡Y ni el PUDO IR, el pobre!
(Palabras recogidas a Juan León Benítez por Elisa A Menendez, RESPETANDO SU LITERALIDAD)
Preciosa referencia que, desde nuestro punto de vista, tiene su miga
(Este Juan Leon Benítez fue un chico paraguayo que solia visitar a Artigas en sus ultimos tiempos, y cebarle mate)

—Te traigo a la cueva una noticia que te va a poner como una brasa

—Cuenta, hombre, sopla

—El Parlamento acaba de aprobar un proyecto de ley creando la Casa de los Estudios Artiguistas

—Lindo, muy parlamentario Pero eso no basta

—Es que se trata de la creación de un verdadero Instituto devocional, donde se recibirán, juntarán, clasificarán y ordenaran los papeles que tengan relación con los pasos de Artigas

—Muy interesante. Muy impresionante Pero .

—A todo pones tu pero Pero ¿qué?

—Si ese instituto no consigue aliento de laboratorio y no se ejercita en sondeos, diagnosis y animación, contaremos con otro museo en nuestra vocación faraónica de exhibir momias y pergaminos.

—Hombre, nada te conforma Eres un sistemático.

—A retropelo Por ir contra sistemas

—Cuídate de esa táctica

—Pues tendrás que oírme Ya verás si sé lo que emplazo a prueba.

Artigas no es un héroe que se pueda enderezar del todo con papeles Para plantarlo en forma entera y durable, tenemos que armarlo desde adentro, con atrevimiento psicológico, con simpatía violenta

Podemos conseguir su pisada visible hasta 1820 Al entrar en la Cancha Cerrada de don Gaspar, Artigas se vuelve un tenebroso misterio, una absorción de magia negra

Hasta ahora se ha venido repitiendo — imperdonablemente — el temita del exilio voluntario Pero eso es desconocer la higiene trágica del caudillo oriental, su naturaleza indomeñable

Para mí, Artigas será una presencia incompleta, mutilada en su patética culminación, mientras no se descifren y aclaren esos treinta años de soledad paraguaya que lo emponcharon de silencio y de martirio prometeico.

—Conozco bien tu chifladura Sé que has publicado trabajos de entretenimiento sobre esos treinta años finales de Artigas Pero no te creía tan quijotesco en la ocurrencia tan empecinado

—¿Ocurrencia has dicho? Vamos a ver quien anda mejor en este asunto: si los inertes o el descontento

Empiezo por decirte que quien suscitó la idea del exilio voluntario de Artigas fue el mismísimo dictador del Paraguay, don Gaspar Rodríguez de Francia

Y aquí ya tengo que declararte que la casa de estudios destinada a juntar papeles artiguistas no va a tener baza ni a resolver nada.

La carta en la que Artigas le comunicaba a Francia

que iba a entrar al Paraguay, no aparece por ningún lado Francia la hizo cenizas o la perdió sin darse cuenta ¡tan bien perdida, que nadie logró verla sino él!

Esa carta que habría sido fundamental para unir los dos Artigas, vale decir, el Artigas que llega al Paraguay y el que padeció adentro, ha sido desfigurada, adaptada y hasta CONTRARIADA por el astuto teologo de la Asunción

El lobo don Gaspar, que llevaba su zorro internacional bien escondido, cuenta que el desesperado Artigas, a pique de ser atrapado y descabezado, le pidió humildemente hospitalidad, pues, de lo contrario, se hubiera visto obligado a merodear en las selvas con las alimañas.

Y aquí no para el invento grotesco. Escribe, con soltura impune, que traspuso, SOLO Y ABANDONADO DE TODOS, las fronteras de su Provincia, llevando al hombro una alforja y a la cintura una faja colorada.

Nos parece ver a San Roque haciendo el precursor del nudismo

Vamos, hombre, que esto no pudo ser Ni Francia lo vio

Artigas, correctamente acompañado de la parte de su gente que supo elegir para no alarmar el tembladeral asunceño, llegó a los límites del Paraguay y fue recibido por un destacamento que se adelantó a cumplimentarlo

Al hallarse dentro de los dominios del dictador, se produjo el escándalo.

Le desparramaron sus soldados en cuarteles de seguridad y bonitamente se lo llevaron a un Convento

El edificio de mayor lujo en aquella época, — escribe Cecilio Baez para disimular el secuestro

¡Inocente Artigas! El que creyó pisar tierra de confianza, él que llegó a solicitar, en seguida de ser recibido, una audiencia premiosa con el jefe de una provincia aliada, — sólo alcanzo habiles negativas y un trato severo y desconsiderado de prisionero de la peor especie

—¿De prisionero, dices?

—Sí, señor, de prisionero Terminemos de una vez con esa piadosa conformidad del desengaño, del cansancio y del exilio

Artigas pudo sentirse desengañado de los militares de escuela que lo desobedecieron, de los politicos girasoles que lo abandonaron, de los hombres de ciudad que lo respetaban, temían o desdeñaban, alternadamente, segun el vaiven de la fortuna armada, de los débiles o exitistas que, por razones de volumen, rellenan a menudo los acontecimientos históricos, podia hallarse colerico, maldiciente y hasta cargado de saña vengativa al verse desautorizado, robado y maltrecho por la traición baguala del Renegado entrerriano, a quien dio categoría y prestigio con el escudo bermejo de la Federación

Pero Artigas sabía que sus gauchos le respondían hasta la adoración, hasta la desnudez y el sacrificio, y que aquel brusco derrumbe de sus sueños era un juego diabólico de pasiones, destinado a desaparecer pronto con el propio viento de los hechos

¡Qué iba a llegar al Paraguay a exilarse ni a desvanecerse! Se acercaba al jefe de una provincia aliada a denunciarle la destruccion común que se había maquinado secretamente en el Tratado del Pilar, a soli-

citar el cumplimiento de ayuda mutua para enfrentar la invasión que desde Corrientes se iba a desatar enseguida, a resolver — PERSONALMENTE — la política de autonomía y entendimiento frente a Buenos Aires, a conseguir el ensanche federativo de las Provincias del Sur, — sueño mayor que andaba en el espacio creciente de su apostolado americano

—Hermano, me estás diciendo cosas que me parecen enormidades, no ya ocurrencias

—Enormidades enormidades ¡Ojalá le hubiera negado Francia hospitalidad al zamarreado caudillo y hubiera tenido que ir a merodear por las selvas como una fiera! Con toda seguridad, habría cambiado completamente el movimiento y el destino de nuestras andanzas historicas

—Lo hubiera atrapado Ramirez

—Como lo atrapó Muesas, o como lo agarró Alvear, cuando, desde Montevideo, le hacía la invitación al valse ¿Crees tú cosa facil atrapar a un matrero como Artigas?

Si Francia se hubiera negado a recibir a Artigas, éste tal vez se hubiera refugiado en las selvas Pero ¿como habria salido de entre los arboles?

Con ese rebote anteico que le permitia ceñirse de multitudes arrebatadas a las pocas horas de un desastre Con ese tino mágico de los recursos que siempre lo conservó entero y puro entre los mas crespos y avasallantes azares

Pero . yo creo que habría utilizado un resorte de salvación que le hubiera respondido completamente

—¿Vas a largar otra lindeza?

—¡Y de qué calibre!

Vamos a hilar con tino. Oyeme bien

Hace poco llegó hasta mí el chisme de que existía en Norteamérica un pequeño volumen en el que se publicaba y comentaba la correspondencia cambiada entre Monroe y los libertadores sureños

Traté de asesorarme en forma Y aquí va lo que he conseguido del intento.

Charles Lyon Chandler, retoño apostólico de la sangre de Franklin es autor de un librito sin desperdicio que se titula *Inter - America - Acquaintances* Publica en él las cartas que San Martín, O'Higgins, Bolivar y Artigas enviaron a Monroe, coincidentes todas en la gravitacion de aquella nebulosa espiral que en su momento de destino colocó reciamente en el firmamento histórico la doctrina de la salvacion atlántica

Esos documentos son colocados, glosados y valorizados con amplitud solidaria Pero los que hacen mas impresión al autor son las epístolas y las ordenanzas artiguistas, — piezas que declara las más vivas y estimuladoras.

Considera Chandler que las sugestiones pragmáticas del estadista de Purificación, organizando el corso marítimo y el contenido de ciertas cartas madrugadoras, fueron las que más coincidieron con el pensamiento sustancial de la doctrina Monroe.

Se puede afirmar que en los momentos peores de su vida militar, Artigas se hallaba mas firmemente protegido que en ninguna otra época de su vida

Si Artigas hubiera sido rechazado por Francia y se hubiera visto obligado a merodear por las selvas, de allí habría salido como un contrabandista y en cualquier lancha se hubiera hecho el pirata con el designio de llegar hasta Norte América

Sabía nuestro visionario, porque fue de los que con-

tribuyeron con anticipaciones vehementes a fijar la doctrina Monroe, que ésta por obligación de principios le daba derecho a conseguir armas y elementos para restablecer su Federación y defender su Provincia.

Bien que se lo sabía Artigas. La nueva doctrina de redención continental prohibía a las naciones europeas toda tentativa de invasión, despojo y colonización en las porciones de América.

¡Con qué juego se iba a sostener Portugal en nuestra Provincia! El plan destructor de Pueyrredón habría sido contrastado y la hegemonía artiguista que estaba de acuerdo con la naciente armonía internacional hubiera sido el comienzo de una federación continental que, posiblemente, nos mostrara hoy organizados en la Unión de los Estados del Sur

—Pero, hermano, ¿no estarás magnificando? ¿Sobrevalorando? Mira que me deslumbras y casi me convences

¡Casi me convences! Eso me dicen muchos Pero esto es cosa de convencimiento limpio y pleno

Te voy a pasar un caso corroborante de ese CASI, que en nuestros compatriotas es estado sostenido de duda, de negación y hasta de guiñada compasiva.

Un ministro nuestro dio hace unos diez años una serie de conferencias sobre Artigas Lo hizo con la más inflamada vibración patriótica Pero tan conseguido estaba por la idea dogmática del exilio, que no se dio cuenta de una revelación enorme que le salió, y de la que yo recién me percato, volviendo con interés regresivo a los primeros momentos de la desaparición artiguista

Aporta una documentación estupenda sobre el intercambio político y mercantil entre Norteamérica y las

Provincias del Plata. Y allá por 1822, al ocuparse de Forbes, el agente especial de los Estados Unidos, reproduce unas pocas palabras del *Informe* que este avispado forastero trasmite a Adams, y que son, para mí, la primera declaración clara de la situación de prisionero de Artigas. Esas palabras están escritas en el ambiente de un tiempo conectado inmediatamente al suceso que nos interesa.

Dice Forbes que cuando se retiren las fuerzas extranjeras (las tropas portuguesas de Montevideo) será posible unir los partidos de la Banda Oriental, "especialmente (son sus palabras) si el viejo Artigas PUDIERA SER LIBERTADO DE LAS GARRAS DEL DESPÓTICO FRANCIA Y TRAIDO NUEVAMENTE A SU PUEBLO, donde su influencia fácilmente reviviría".

El hombre que levó esto es un varón eminente de muy alta moral cívica. Admirable en los pasos de su vida y en sus pensamientos. Pero con toda seguridad no se dio cuenta cabal de lo que lleva adentro ese documento.

Es la acusación más telúricamente allegada e irrefragable de que Artigas fue retenido tenebrosamente por Francia como un prisionero. (Categorizando, se puede sostener COMO EL PRISIONERO...)

—Pero camarada, ¿y esas cartas de agradecimiento, cuyos originales acaban de ser exhibidos en un Liceo—, no dicen nada?

—Ya he opinado sobre esos papeles en el Ensayo que publiqué hace poco en *El Yesquero del Fantasma*. Para mí, son documentos sin espontaneidad ni ambiente despejado. No son la expresión auténtica del Artigas que entró al Paraguay. Eso lo pudo es-

cribir un Artigas engañado o desengañado en zona comprometida Pero no el Protector en la plenitud psicológica y espacial de sus actos responsables Dentro de un Paraguay como el de Francia, yo me explico esas cartas de agradecimiento y las de Bonpland, también.

Sin embargo, fíjate en este documento que te voy a contraponer y en el que habla Artigas sin ningun recelo ni obligación

Se trata de las memorias del General Jose María Paz, donde han quedado asentadas las confesiones mas trascendentes de la politica artiguista

Cuando se franquearon estos vocablos grandiosos no quedaban de Francia ni las cenizas

Paz acusa al déspota paraguayo de haber deprimido y quebrantado al ilustre Jefe del Federalismo Rioplatense.

Aclarando con sutileza las letras del manco glorioso, se percibe en la intención que movió la mano a escribirlas, la certidumbre de que Artigas fue la víctima de un cautiverio disimulado, regido con técnica sigilosa

Y aqui, en estas preciosas confidencias, —¡tan breves y tan vastas! — es donde culmina la conciencia continental de que Artigas, cuya boca suelta la palabra que nos alcanza la llave de la correspondencia con Monroe y de su participacion encendida y directa en la manifestación de la doctrina protectora —Yo había soñado, dice, una Federacion de Provincias en el Sur, meditando el ejemplo de organizacion de los estados del Norte.

—Recuerdo haber leído algo sobre eso

—¡Ah, compañero! No basta leer. Hay que sufrir la complicidad íntima de las pasiones geniales

Muchos han leído eso. . Y lo saben Pero no lo iluminan con el entusiasmo y el regocijo del hallazgo Y sin ese eureka de las cosas, jugamos con la cáscara del árbol

Ahora nos explicamos porqué Artigas desde los primeros días de la Revolución hablaba en términos de ancha medida y todo era referido al mismo idilio étnico y geográfico somos hombres nuevos de América, somos hombres libres de America, somos ciudadanos de América, América nos mira, América nos sigue, América nos prepara laureles

Por algo festejaba con felices hogueras de campamento las victorias de San Martín como acontecimientos propios Aquí está el secreto lúcido de su lucha con Buenos Aires —foco de aislamiento y negacion en la armonia continental desde aquellos tiempos—, y de su empeño en entretener, aturdir y trastornar la oligarquía reaccionaria, empujando al capitán cordilleresco hacia el encuentro de Bolívar, con quien se venía carteando de manera estratégica, solidaria y vigilante

Ahora sí toma sentido el insistente afán de los estadistas norteamericanos en enviar delegados y agentes a entrevistarse con el Protector y la impresión creciente de simpatia que producía en los emisarios, — de lo que son testimonio de asombro los informes francos y glorificadores y la repercusión cancilleresca y parlamentaria en la que la figura del Solitario del Hervidero llegó a flotar como una presencia de la más pura confianza democratica

Oyeme bien, hermano, y retén esto hasta que no

nos interesemos en forma resuelta y ahincada por el Artigas del Paraguay, vamos a tener un héroe sin la jerarquía coronante de su vida y sin la desembozada categoría continental del primer soñador militante de la Federación de los Estados del Sur

La bibliografía actual del Paraguay es muy abundante y ha descifrado en algo la esfinge teologal del Supremo Ha humanizado bastante aquella pétrea crueldad, el feroz mutismo con que la tradición lo ha conservado hasta hace poco

Ya Francia habla, fuma, bromea y larga declaraciones comprometedoras Un poquito mas y Artigas, hasta su muerte, va a resultar el surtido receloso de sus ultimos 20 años El continuo tinguiñazo de sus sienes

Basta leer la sentencia de condena al ánima del General Cabañas en 1833 y el decreto de engrillamiento a su Visitante enseguida de fallecido en 1840

—Bueno, hermano, no sigas divagando Concreta y termina de una vez, que me estás ganando

—Eso es lo que deseo

Te digo y aseguro que Artigas fue de veras un prisionero de Francia No vayas a creer que con esto te digo una novedad sin antecedentes

En una de esas incursiones picarescas que suelo hacer a la Biblioteca Nacional, pesqué no hace muchos días este datito, — más claro y derecho que todo lo que el más sabido y osado pudiera afirmar

Arsene Isabelle que anduvo por estos pagos después de 1830 y que conocía y olfateaba nuestras cosas familiarmente, anota con celo cronologico en su obra *Voyage à Buenos Aires et à Porto Alegre par la Banda Oriental, etc* "1820 Artigas, aquel jefe pa-

triota bastante célebre por sus crueldades, es batido por su lugarteniente Ramírez, y obligado a refugiarse en el Paraguay, DONDE ES RETENIDO PRISIONERO POR EL DICTADOR FRANCIA" (Págs 113-114)

Este libro se publicó en 1835 y formó parte de la biblioteca del doctor Luis Melián Lafinur Cuando la aseveración fue hecha, Artigas se hallaba en la mitad de su temporadita paraguaya No fue negada ni discutida por nadie en Montevideo, donde predominaba idéntica convicción

Sobre los primeros momentos de la entrada de Artigas al Paraguay, en Montevideo se pensó tranquilamente en su regreso, pero cuando se fueron enfriando las cosas y por ningún resquicio de la Cancha Cerrada de don Gaspar salía el mas leve rumor de los percances del Visionario la ciudad se fue haciendo a la idea del cautiverio, que ha sido, desde entonces, la creencia oculta y continua de nuestro pueblo

Dentro de la Asunción existía una oposición al déspota que buscaba y esperaba al Protector para estallar Artigas lo sabía Pero su amplia política abarcaba al Paraguay entero y no sus partes

Al caerle Artigas en los limites penales, Francia sintió que su dictadura estaba salvada y los enemigos sofrenados Con retenerlo aseguraba su plan

No le faltaron ganas de descabezarlo La saña de sus decretos es mas que una sospecha Pero lo necesitaba

Con este proceso astuto se formó y se informó el cautiverio del Protector

Y aquel espíritu inmenso y arisco sufrió entonces la violenta y apretada transformación que va de lo anteico a lo prometeico

El Varón Central de la Calera de las Huérfanas fue llevado a Curuguaty como a un lugar esquiliano de encadenamiento

Ahora, tienen la palabra los señores historiadores Yo soy un aficionado [1]

---

1 Desde que empezamos —hará unos diez años— a trabajar sobre la vieja tentativa de "rescatar' al Artigas del Paraguay la figura del organizador de la Federación Platense se ha venido agrandando y consiguiendo afirmación hasta los ultimos momentos de responsabilidad militante

Se sabe hoy, de manera documentaria que el Artigas que entró al Paraguay nunca se halló en una situación internacional más segura, que cuando en procura de repuesto y sostén momentáneos tuvo que trasponer los limites del Feudo Infernal de don Gaspar

En efecto Las naves del Corso artiguista se habían adueñado del Atlántico habían inutilizado el comercio y las comunicaciones del Brasil con Portugal y con Montevideo habían (precisamente en 1820) franqueado el Estrecho de Gibraltar adentrándose en el Mediterráneo y hasta tenían el buen gusto de pavonearse por el Mar del Norte dando un tono de exotismo y ensanche a la Cruzada de aguas que había desatado como genial recurso de hostigación, el formidable estratega oriental

Respetado por Inglaterra alarmando Congresos europeos de comun politica colonial admirado en Norteamérica auxiliado por cuanto marino rebelde y de experiencia andaba en el exilio o se allegaba voluntariamente a conseguir trabajo republicano y emancipador el nombre de Artigas era un imán para la gente romancesca que secundaba sus planes de inutilizar a Portugal como potencia de movimiento ultramarino

En lo que atañe a la JURIDICIDAD de su colocación nadie podía estar más tranquilo que nuestro caudillo a despecho del vendabal luso estimulado por la perversidad atenta y destructora de Buenos Aires

El venía colaborando con su conducta y sus principios en la estructuración de la doctrina Monroe con una mayor coincidencia que la de los demás jefes sureños Y sabía que Portugal, como potencia europea, no conseguiría mantenerse en ninguna porción geográfica de las Américas

Apoyado en esas dos realidades —una presente la otra, muy cercana—, Artigas no podía exilarse voluntariamente Admitir esto, es, no solamente desconocer la realidad de aquellas horas, sino el carácter moral del Protector

Artigas contrastado y empujado desde la frontera norte y el interior de su Banda, fue buscando apoyo en los gobernadores aliados que, diabólicamente trabajados por Buenos Aires y por los socavadores y desleales lo fueron traicio-

nando y persiguiendo con resultado alterno y con feroces intenciones

Artigas pudo escapar Y conseguir elementos de navegación que lo hubieran podido llevar a cualquier astillero clandestino de su empresa corsa

Le pareció más práctico, posible y correcto, llegar hasta Francia, víctima, como él, de las combinaciones porteñas y haciéndole ver el peligro común rehacerse y volver a enderezar las cosas deteniendo a tiempo la invasión al Paraguay que iba a movilizarse según los planes secretos de reivindicación virreinal de la política portuaria

No contó con el secuestro, aunque la verdad sea dicha, no podía olfatear una acogida cordial inmediata

Dos hombres increíbles tuvo que enfrentar Artigas Pueyrredón y Francia

Los dos, poseídos en forma dominante y egocéntrica por la idea de hacer un Buenos Aires y un Paraguay de acuerdo con sus absorbentes intenciones y su dureza centrípeta

Pueyrredón no se detuvo en medios con el designio de sacar a Artigas de escena La Federación Platense iba a dejar sin autoridad primaz a Buenos Aires

Francia con ceremonias taimadas, lo zambulló en un convento en vez de recibirlo, de oírlo Monásticamente, disfrazó el "apresamiento"

Pero estas atrocidades no se hacen en el vacío

El Paraguay está pagando todavía el desaire y la sustracción

Buenos Aires ha quedado como un peligro permanente de reaccion autoritaria y desacuerdo continental sin la simpatía de las provincias que al considerarse sojuzgadas por una Capital siempre rechazada y temida se sienten de continuo humilladas con la presencia de las intervenciones como en las epocas del predominio organizador

América en esta parte de su geografía histórica, ha quedado DESACOMODADA

Triunfante el sueño vinculatriz del solitario del Hervidero, a estas horas podríamos haber tenido la Federación de Provincias del Sur, girando en contrabalanceo continental ¿Quién puede negarlo?

Pero

Es lo cierto que, cerrando esta notita y como cayendo en su intención, acaba de llegar a nuestras manos una revista, donde se puede leer lo siguiente

"Por noticias recibidas de Montevideo, sabemos que José Artigas FUE HECHO PRISIONERO EN CANDELARIA donde se refugió perseguido por el gobernador de Entre Ríos, don Francisco Ramírez '

'Gaceta Real' de Río de Janeiro, fecha 25 de noviembre de 1820 Nº 93

(Aporte de Fernández Saldaña)

¿Se quiere un dato más claro más caliente, más vivo?

¿Es o no es Artigas un PRISIONERO del dictador perpetuo del Paraguay, don Gaspar Rodríguez de Francia?

De

LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS
1954



GOYO MENTIRA

I

Conocí, leñando, a un viejo
Bajo la sombra de un tala,
Donde el ave mueve el ala
Con su familiar despejo
Viejo de cano entrecejo,
De cara poco poblada,
De carretilla pelada,
De ojo parpadeante
Y de palabra abundante,
Pintoresca y sosegada

Desde chico se le llama
El viejo Goyo Mentira,
Y verdad solo respira
Cuanto su boca derrama
Temprano vino la fama
A envejecerlo, señor

Así empezaban y seguían unas décimas que en nuestra primera juventud, teniendo de cuerpo presente al original, armamos con soltura divertida en la estancia de un patriarca animador, llevados del premioso deseo o capricho ligero de ponerlas enseguida en la guitarra

Desde que lo conocí, debajo del tala milongueado, un interés amistoso me obligó a investigar y a saber, por referencias comprobantes, a que se debía el sobrenombre que le habían adjudicado

Parece que ya por los ciclos infrauterinos el hombre anduvo justificando el remoquete de engañador, que, más tarde, desembarcado en la luz terrestre, des-

envolvió con hechos, ocurrencias y cháchara, hasta la clasificación fuerte de mentiroso

La madre quería tener una mujercita La comadre que se dedicó al asunto desde los primeros síntomas y anuncios, interpretaba, en forma especial, los vaivenes acentuados del secreto personaje

Por lo que la embarazada revelaba, lo que había cuajado y se venía, era una niña

—Cuando se mueve y golpea así, es porque es mujer

Pues apareció un varoncito dando al traste con la experiente anticipación de la comadre y con los anhelos continuos de la tesorera biológica

Tuvo que conformarse la mamá confesando que aquello de la niña fue uno de los tantos antojos de su temporada grávida.

Es lo cierto que el párvulo vino creciendo y agrandando sombra, hasta que se puso a robustecer, de manera alarmante, la facultad originaria de salirse graciosamente de la verdad

Con el tiempo, se le manifestó un pestañeo y adquirió el hábito de escupir en seco y sin motivo expansión esta última más que sospechosa de que cuanto refería tenía que ser puesto en cuarentena

Ya mocito, se convirtió en el terror de las niñas, pues llegó hasta dejar plantadas y prontas para la ceremonia de bodas a más de una palomita crédula.

—¡Qué bandido! No se le puede creer ni el bendito

Hasta que un día se enamoró de veras Y fue vencido Goyo Mentira cayó sin armas en los ojos de una criollita que lo llevó triunfante al altar

—También, tiene una boniteza

Cuando estaba comprometido, le pasó algo que debe ser referido.

Goyo era de un apetito voluntario y cavernícola

En unas hierras vio un asado con cuero que se venía tostando a fuego manso. Despedía un tufillo. . ¡Mi Dios! Allá sacó el cuchillo. Y, a la antigua, engarfó con los dedos una de las zonas más apunto. Sajó el trozo perfectamente bien elegido. Y se lo llevó a la portera.

En una de esas, el sabor, la gula o la ansiedad, le manejaron diabólicamente el útil tajador El cuchillo muy afilado y celoso, al segar el pedazo de engullimiento que rezumaba gloria en las encías, se zafó, como una rafaga de aire, al aire, para arriba, rebanándole el pico de la nariz

Un pato avieso pasaba por allí Abarajó el envío con una embocada elástica y voraz

El pánico que le sobrevino, lo empujo a la persecución del palmipedo ¡En vísperas de casarse y con la nariz desmochada!

Se largó detrás del ave foragida y antropófaga

Mucho resople, revuelos y escabullidas gastó el pato para escaparse

Goyo tuvo suerte y maña para atraparlo Y con el mismo cuchillo que le achico la nariz, descabezó al maldito tragon, a quien arrancó del buche el botón de su disminuido naso, procurando colocarlo de nuevo en el altar olfatorio

Fue tema de maravilla

La nariz de Goyo Toledo volvió a su triangulo viviente, —mostrando apenitas— una delgadisima cicatriz que sólo lograban distinguir los enterados del estropicio.

II

Cuando llegó el dia del casamiento, Gregorio Toledo se presento a la ceremonia como era preciso

Despues, en carroza especial, que puso el padrino de bodas, condujo a la desposada a los ranchos, preparados expresamente para la nueva vida

La prenda que más apreciaba Goyo era un poncho que su flamante esposa le habia regalado — cuando novios — para estrenar en una patriada

Lo habia hecho bendecir Y le tenia una fe cerrada Solia sostener — orgullosamente — que, con el poncho de Doralinda sobre los hombros, no le podia hacer daño nadie ni enemigos, ni armas, ni centellas

—Mira si sera cosa santa ese poncho

Fulgencio Tajes, mi compadre, cuando era oficial primero de la Jefatura, me hizo prender cierta mañana en una pulpería

Yo nunca había estado preso

Todos mis amigos de aquellos tiempos se interesaron por mi y fueron a preguntarle que habia hecho yo para tomar una medida de seguridad tan rigurosa, tan humillante

—Cosas de Goyo Una mamua peligrosa

No era cierto Estaba un poquito alegre, nomás Pero a nadie provoqué No arme lío ninguno

Al poco tiempo, hubo revolución Y tuve que servir con él Que acompañarlo en la Division

En una retirada, las balas nos iban mandando al suelo — sin lástima — muchisimos compañeros.

Hieren de gravedad al caballo de Fulgencio Y se derrumba de costado, apretandolo en firme

A todo esto, habian desaparecido o muerto todos los nuestros

Fue un momento increíble.

Se venían los salvajes Fulgencio seguía prensado, con una pierna debajo del caballo

Entonces, me arrojé entre la granizada Le pesqué el brazo de un manotón. Y, arrancandolo de la apre tura, lo puse sobre las ancas de mi caballo, retribuyéndole, con un recuerdo, el mal que me hizo

—Estas son cosas del mamao

Cuando, al otro día, pasamos por su casa y le contamos lo que había ocurrido a mi comadre, la pobre me dice, después de agradecerme la salvacion del marido

—Pero, compadre Usted ha de tener el poncho acribillado

Me lo desvisto bonitamente Y le digo, alcanzándoselo

—Revíselo, comadre

No me lo vas a creer El poncho estaba como recién sacado del telar

Y ya en tren de celebrar las excelencias inmunitorias del flotador, me contó un sucedido que tuve la heroica buena educación de escucharle, sin desarreglar la compostura de mi cara

En la revolución del 70 fue hecho prisionero.

El general en jefe del ejército del gobierno le propuso para salvarse una condición inaceptable

—Gritá ¡Viva el general Gregorio Suárez! y te pongo en libertad

—¡Muera Goyo Jeta! — fue mi contestación altanera, sin respetar tan siquiera que me había hablado como tocayo

Me mandó fusilar

Allá me llevaron y me pusieron sobre un tronco de lapacho.

Amartillaron.

Ellos no sabían la virtud del poncho

Cuando estuvieron prontos para la puntería, les grito Tiren aquí derecho, muchachos — Y les marqué el pecho. El poncho me lo tapaba completamente.

Me asestaron los 4 tiros Me vieron caer. Y me dejaron Nunca he sido más zorro para hacerme el muerto Me creyeron tan bien despachado, que ni siquiera se les ocurrió darme el tiro de gracia

Conforme desaparecieron y los calculé lejos, me fui enderezando con moderación

En cuatro patas, como un gato, me cole monte adentro Y me salvé

Las balas habían pasado sin tocar el poncho

Con la información directa que venía recibiendo, empecé a explicarme lo del sobrenombre

Por algo, la voz certera de la gente campesina le había aplicado un apelativo picaresco

Me le acerqué una mañana al fogoncito que tenía establecido al pie del tala Y no bien le hube dirigido los buenos dias, me salió con una invitacion inesperada.

—En las casas andan diciendo que el galpón demora demasiado Bueno Voy a seguir de lleno con el hombre Acompañame a cargar un sauce que corté las otras tardes Y a traer en el carrito los mazos de paja para la quincha que tengo dispuestos en el bañado

—Con mucho gusto, viejo A sus órdenes

Preparó el vehículo, prendiendo a las varas un burrito canela, panza blanca, llamado Lagarto No he conocido orejudo más mañero y malicioso

El sauce iba a ser transportado en la carreta leñera de la estancia.

Conforme empezó a levantar por la corbata los mazos de paja y a alojarlos en el carromato, mandó una escupida en seco y el infaltable pestañeo, a tiempo que decía

—Siempre que ando con paja me acuerdo de Liborio Mata

Andábamos con él unos cuantos vecinos, preparando mazos para quinchar unos ranchos y cumplir con ciertos encargues

En un redepente, una crucera se le colgó de la mano izquierda, picándolo con furia

Allá fuimos a socorrerlo.

A la víbora, la hicimos una papilla Pero el pobre Liborio quedo, como te podés figurar

Viéndolo asustadazo, le sacamos la mano por los juegos de la muñeca Y sin vacilar lo más mínimo, le dejé mi siniestra, para que siguiera trabajando Sin darle importancia al asunto, me calcé, como pude, la de él, porque yo entiendo bastantecito esos cambios y acomodos de herramientas naturales entre cristianos necesitados Además, yo estoy curado ¿sabés? A mí no me puede entrar el veneno

Esta mano que ves aquí, con las cicatrices chiquitas, redonditas y medio apagadas, no es la mía Es la mano izquierda de Liborio Mata.

—¿Se puede creer?

—Y ¿de nó?

Sujeté la risa Una sonrisa apenas ..

Trepados al carrito, Lagarto arrancó a brincos y bufidos, como picado por tabanos negros

Sofrenado reciamente, tomó un tranco lento y trémulo, de impuesta obediencia

—Vaya despacio, amiguito. Haga el favor

Este burrito quiere propasarse conmigo No sabe que he sido domador de toda laya de bichos.

Y, consiguiendo el paso regular del orejudo, me hace esta conmovedora declaracion

—Tuve que darle un tirón de riendas al pobrecito, porque, sino, en esas barrancas que acabamos de cruzar, nos hubiera puesto el carro de sombrero

Embarcandose en la oportunidad de la reprimenda, siguió, salpicándose la cara con el pestañeo, mientras sesgaba un chijetazo vacio

—Yo aprendí de mi abuelo a tratar con tino estos nenes del campo

La gente piensa que, para domar, hay que emplear espuelas y talero

Yo usaba otra treta que me daba más resultado

Al bagual, hay que saberlo acariciar, para que se entregue

Yo solía acercarme a un potro, correrle la mano por el pescuezo, alisarle el anca, adormecerle el es pinazo, donde tiene la electricida, y, teniéndolo bien endulzado, dirigirle la súplica de entrega

—Hinquese, amigo, que voy a montar

El bagual, obediente, me hacía caso Y me ofrecia el lomo, como si fuera una silla de fiesta

¿Qué me decis?

El cejeo palpebral le chicoteó la cara satisfecha

Enseguida, se le ocurrió aclarar, en forma tropezadora, una peripecia que, facilitando tanta cumplida suavidad, le tocó sufrir y resolver.

—Sin embargo, estos animales suelen dar su sorpresa, como algunos cristianos solapados

Un potro astuto se dejo acariciar

Parecía haberse entregado como un corderito de seda, el muy falluto

Me le enhorqueté

Como rascado por el diablo, se puso a corcovear, a arquearse y a darse de costado contra el suelo

En una de esas, viendo que yo, como un abrojo, no me le desprendia, atropello derecho a unas barrancas, con la bonita intención de tirarme al hoyo

Le malicié la cosa Y le eché el chiripa sobre los ojos, con el fin de desviarlo Tiré de costado el bozal Y no me hizo caso

Entonces, a la carrera, como me llevaba, me armé de un caracu que levanté del suelo Y al borde mismo de los zanjones, le acomode un guesazo entre las orejas

Lo acosté en seco

Tan luego conmigo se iba a rebuscar, desgraciado

Esa noche, en la cocina, se hablaba, con sostenida animacion, de dos cosas

Andaba un tigre, rugiendo en un recodo espeso del bosque

Había asustado a Miguel

Saco peinando a Brígido

Lo sintió Toribio

Un ánima se le había aparecido al viejo Zenón González

—¿Conque animas y tigres? — salto, con retentiva burlona y sobradora, el viejo Goyo

Conozco esos personajes Les puedo asegurar que no son tan fieros como los pintan.

Pusieron todos el oido en la boca del testimoniante que, tras el litúrgico pestañeo, empezo

—Una vez entré en el monte a darme un bañito Pensaba, después, sacar un camoatí y conseguir pitangas bien elegidas para un guindado

Empecé a sentir no sé qué tembleque o en el aire y como un mareo que me envolvía de afuera para adentro

En un redepente, me paré, sin darme cuenta, cerquita de un árbol grandazo

Una especie de imán y un chispeo sin cuerpo, de lo más extraño, me llevaron los ojos a un bulto

¿A qué no saben que era?

Pues un señor tigre dormido

Me reanimé de un sacudón

Pelé el alfajor

Y me le allegué resuelto

El hombre no se dio por aludido

Entonces, me puse a pegar unos planchazos fuertes, con retintín, en el tronco del arbol, para que se despertara.

Engolosinado, bajé el arma Y le asesté un regalo a él tambien Justito, bien en el cogote

—Arriba, amigo Levántese Aqui estoy yo

No me lo van a creer

El tigre abrió los ojos, como dos espejos de muchos colores, entreverados Me miró Nos miramos Se planto sobre las uñas Y Y Y

Ladinamente, me dio el anca Y se fue

Ese es el animal feroz que los anda aterrando

¡No me hagan reír!

La gente campesina es impresionable y supersticiosa Pero no pierde así nomás su buen humor.

—¿No estará despachando alguna guayaba, viejo?

—Ahí le va un mate, para que escupa mojado

El viejo dejó pasar la indirecta Empalmó la calabaza Y, dando un mosqueo facial, haciendo gracia del enjuto escape guanaquero, dijo, al desprender la boca del primer chupetazo en la bombilla

—En eso de las ánimas, oigan lo que me pasó Y aprendan

Yendo a lo de Segundo Miraballes, cierta noche, medio de madrugada, se me apareció el ánima de Leoncio Batista

Venía a vengarse de una diablura que le había hecho de mozo

Se quejaba de que yo le había mandado un orzuelo desde el mortero Y aquello le hizo perder la novia

Yo llevaba mis dos pistolas bien cargadas

Sin ningún miramiento, le mandé fuego

No me lo van a creer Los tiros pegaban en el ánima como tinguiñazos en un cuero seco

Decían los antiguos, que la pólvora ahuyenta las ánimas

Lo cierto es que pude seguir mi camino tranquilamente

Nunca mas he tenido que ver con animas

III

Una de las tantas mañanas (repetidas y, sin embargo, diferentes, merced al encanto renovado de la prosa y al aumento de confiada simpatía) nos hallábamos debajo del tala que sirvió de copete a mis decimas

Don Goyo estaba sentado sobre el trono osamental de una calavera vacuna, revestida con un pellón raleado entre los cuernos

Yo manejaba un peñasco de ceibo que era un juguete de comodidad a medias y de evocacion de mis primeras costumbres rurales de asentaderas

Relampagueando el respingo facial del pestañeo, al alcanzarme el mate, empezó a soltar despacio el rollo de su palabra llena de severa picardia y de un desaforado arrastre episódico

—Anoche, debajo del poncho, me puse a pensar cosas antiguas, antes de dormirme

Yo me decía y repetía secreteándome

—Como no voy a estar tordillazo, si este mocito que me hace compañía es nada menos que biznieto de mi finao compadre, don Manuel Mariño

Y me acordaba de un percance que anduvo refiriendo, hasta que se hizo famoso

Tu bisabuelo fue tropero

Cuando tenía que llevar ganado a Río Grande, madrugaba mas que nunca Quería preparar con tiempo de sobra el viaje

Una vuelta, después que hubo hecho su recorrida y tenia los acompañantes en forma enderezó para la cocina a chupar los últimos amargos

Desmonto el hombre Y maneó No dejó de parecerle demasiado lisa y fría la manea

Con unos cuantos verdes adentro, volvio al caballo

Lo desmaneó Y, de golpe, amigo, se le escurre de las manos una culebra machaza con la que había asegurado las manos del animal

Vos a mí no me lo creerás Nosotros se lo creíamos Era un hombre que no sabía mentir como dicen por ahí que estila un servidor

Realmente, comenté yo, formulando el ritornelo en mis adentros malintencionados ¡No sabía mentir!

Abarajó la calabaza que le devolví vacía, y, mientras cebaba, siguió con su inalterable frescura para ensartar rarezas·

—Tu bisabuelo había criado un negrito Lo llamaban Hollín Patayesquero.

Con mucho descaro, solía decir el moreno, que, desde chico, calzaba botas de barro por una promesa que le habían hecho los padres a no sé qué santo del mismo color.

Una vez, enlazó a un ternero grande y no lo podía sujetar

El animal se lo llevó tironeando y a la carrera por entre unos cerros largos y acollarados

Se reían todos desde las casas Los talones del negrito yesquereaban de corrido, haciendo en las piedras un verdadero pororó de chispas

Otra vuelta, entró a un bañado, tratando de agarrar una comadreja que había robado una gallina que venían cebando para una fiesta

Tropezó el negro en unas piedras Saltó un puñado de luces vivas Y agarró fuego el pajonal

¡Lo que costó apagar aquel incendio infernal amigo!

Al fin, tuvieron que agradecérselo al morenito

Como era época de seca, el incendio provocó un pasto nuevo que salvó los campos

No me lo vas a creer En las casas de tu bisabuelo lo tenían para encender la charamusca con las pezuñas, y empezar otro fogón, cuando se consumían los trafogueros

IV

El viejo Gregorio Toledo separaba su existencia en dos porciones principales

La primera, venía desde la concepción equívoca hasta que conoció a su mujer A Doralinda La *mesma bonitezą* en persona

La otra, había comenzado, cuando la viudez lo dejó sin eje, y, para no "irse de pena", tuvo que dedicarse a trabajar en estancias y chacras de gaucha relación sentimental

Arrendó el inmueble, en el que había vivido hasta la desaparición de la compañera Y, retomando hábitos perdidos de su mocedad ingeniosa y dispuesta, volvió al oficio de tuzador y variador de parejeros, de constructor de galpones, de alambrador, de cestero o "mimbrero", como él decía, de perforador de pozos de agua y de habil geómetra de los corrales

De todos sus bienes supo desprenderse sin retaceos ni contemplaciones, menos del poncho que le había regalado Doralinda en la más lozana época de los idilios.

Era (o había sido) un lienzo blanco y celeste segun lo acreditaba con su autoridad regresiva Porque, a decir verdad, ahora, en tiempos de su vejez curtida y zamarreada, no tenia color

Fue llevado a tantas patriadas y tales festejos, durante tan prolongado tiempo, que había perdido la filiación patriótica que le atribuía el dueño

Cuando, en broma, solía ponérselo, afirmaba, con decrépita y lacerada vanidad, que él era el asta de aquella bandera, y su cabeza el sol alzado por el medio

La desventurada prenda, con más de 50 años a los tientos, había espesado una categoría de vestimenta de museo

No se paraba en chicas don Goyo, si había que utilizarlo

Al suelo, para dormir, al aire, para calzárselo, como estandarte cansado, o como tapadera de toda clase de bienes a caballo, así fueran compras de pulpería, igual que aves o pichones de bichos que lograba pescar por el bosque

Más de una vez lo vi pasarse las haldas y el borde lateral por la boca después de trasegar grasas y bocados de las comidas campesinas más sustanciosas y rezumantes

. .Cuando tuve la fortuna de conocerlo, ya hacía unos cuantos meses que se encontraba en la estancia de mi amigo don Félix Olivera

Había sido contratado para hacer un galpón Y la bendita pieza encomendada andaba todavía por la mitad del cuerpo Después, con mi animación, el hombre se consagró a levantarle la estatura, no con vicioso desarrollo, pero sí con lentitud entretenida y segura

En la familia de la casa había una muchacha atravesada que no apreciaba mucho ni poco al viejo

—No hace más que comer y charlar Va a hacer un año que empezó el galpón

Don Goyo se había dado cuenta del mal aprecio, del repetido desdén de aquella niña

Trabajado por el sentimiento de hostilidad, encubierto a veces y en ocasiones bastante perceptible, el viejo arribó a pensar que toda la familia de la estancia no lo quería bien

—No cisme así, viejo. Es esa chiquilina, únicamente.

V

Y no era por inercia ni por descuido que el famoso galponero parecía remiso en el cumplimiento de lo convenido

Es que en el simpático desorden de aquella estancia, cada uno hacia lo que le venía en gana Y el viejo matizaba su actividad, trenzando tientos, sobando guascas, tejiendo mimbres, picando leña, limpiando armas y hasta retobando boleadoras

Un día se estableció con sus bartulos de trabajo cestero en un claro enjuto del bañado oloroso que envolvía por la entrada los corrales y una esquina del rancherío destinado a huéspedes, con la cocina y el galpón, cerrando cuadro

Estabamos alrededor de él don Félix Olivera, un hijo suyo muy apegado a mi hechizo de intelectual, una visita y yo

Don Goyo, sentado en su silla enana de cuero vacuno manejaba unas tijeras de esquila el cuchillo, algunas pinzas aleznas y agujetas Y, con el charuto de chala en la boca y unas antiparras de feria, bien sujetas a las orejas, cubriéndole los ojos, como un par de platillos de fiambrera remendaba un sillón de regalo que apreciaban en forma solemne las hijas mayores de la casa

En una de esas, la muchacha que no quería al viejo se acerca al bañado y grita —¡A la mesa! — al mismo tiempo que envía un terronazo a un camoatí, debajo del cual nos hallábamos despreocupados

—¡Cuidado, Pedro! — fue la voz de alarma del taimado confante que se fingía mi devoto incorporandose, tomándome una mano, y llevandome a la parte más viscosa y suctora del bañado

Las avispas se me vinieron derecho El se escabulló con liviana facilidad.

El viejo Goyo — rápidamente — enderezó a valerme Y, sacándome con premura y delicadeza del peligro aguijoneante que ya — arrebozado — estaba para descargarse sobre mí, me dice

—Si esto hacen con vos estos desalmados, ¡qué no harán conmigo!

Posiblemente, don Goyo no estuviera en los secretos de un contrapunto costumbrista la gente campesina se toma desquite del pueblero que les cae en sus canchas, recordandole, en forma pesada, ácida o jocosa, según venga al caso, lo que los cajetillas, en la ciudad, les hacen pasar a los pajueranos

¡Travesuras compensatorias de ambiente!

Al otro día tuve que bajar al pueblo, donde había dejado mis lujosas ropas montevideanas

Tenía que servir como testigo de honor en el casamiento de un compañero de escuelas que me eligió para la ceremonia tocando mi sensibilidad con recuerdos de niñez

El viejo Félix fue partidario de que cayera en las poblaciones acreditando mi criolledad y el lugar de hospedaje de donde procedía

—Te hice ensillar el rosillo

Y enseguida

—En la pieza tenés las pilchas para el disfraz

Una risa sabrosa salió corriendo detrás de la última sílaba

El rosillo parecía medio adormilado Lo facilité Calcé la punta de la bota en el estribo Y subí

La cabalgadura, espantadiza de naturaleza, arrancó desatentadamente, chapoteó el bañado, cortó unos pa-

ños de maciega, cruzó la portera, y tomó el sendero que, paralelo al alambrado, desembocaba en el camino real.

A los primeros corcovos, sacudones y embestidas, se me voló el sombrero con barbijo y todo. Y quedó atrás sobre las flechillas. De tapa de las flechillas

¡Qué iba a saber yo que el rosillo predilecto del patriarca bromista era un redomón disimulado!

No me sirvieron de nada las riendas, los chistidos, los insultos, las maldiciones, los cachetazos El rosillo, dueño del viaje, cabeceando y a bufidos — autoritariamente — llegó a la vereda pública

Entonces, al verse encajonado en la vía de tránsito de todo el mundo, entre los interminables alambrados de flanqueo, se sosegó algo

Dos paisanos que atinaron a pasar, se acercaron Sonriéndose, con malicia me aconsejó uno de ellos

—Ese caballo es muy mimoso Lleve quietas las riendas Déjelo que haga lo que quiera

Santo remedio El rosillo se puso en trote, al costado izquierdo del par de viajeros Sobre una charla viva y sostenida, llegamos al paso del Yerbal

Nos despedimos

El rosillo rumbeó sin que yo le hiciera mayores indicaciones, para las casas de mi familia

A los dos días, a eso de media tarde, una sorpresa mayúscula Don Félix Olivera se presenta en sulky a buscarme

¿Qué había pasado?

El viejo hospitalario aclaró la intriga

—Anoche, cerca de la madrugada, me despertó una cosa, que enseguida adiviné

Un caballo se acercó a mi ventana Relinchó despa-

cito Como avisando. Y después se empezó a revolcar con gusto, hasta que se quedó con un ceceo y un ronquido de querencia, que me hizo abrir la boca, y maliciar.

—Pedro se ha quedado a pie

Por eso he venido a llevarte.

De regreso, allegandonos al galpón, el viejo Félix, enterándome con listeza

—Mirá quién esta ahí. Un primo tuyo, domador Nicanor Mariño Viene a hamacarse con el moro que sacamos el otro día del monte

Conforme descendi del vehículo, se me aproxima lo más orondo el héroe Y, mostrándome al sentenciado en el palenque, me arroja la dedicatoria.

—Esta doma es a su salú, primo

Se encaramó de un saque sobre las cruces del bagual En pelos, no más Y con el bozal. Se lo soltaron.

Salió roncando con el diablo adentro

Quiso la casualidad, que allí, justo, a la mano, se hallara el rosillo ensillado

El viejo Goyo Mentira montó en él, agitadísimo, sin poderlo evitar, — al mismo tiempo que bramaba con horror.

—¡Qué bárbaro! ¡Sin padrino!

Después del desfogue veloz y acrobatico, apareció de golpe el domador sobre el reservado vencido que chorreaba sangre por la barriga, y babas amargas de la jeta.

Por un costado del bozal, con habilidad, lo conducia la mano santa de don Goyo, quien ya sobre nosotros, palmoteándole la tabla pescuecera de la oreja, se disculpa

—No le pido que se hinque, porque el mocito me lo ha estropiao

Las dos caras se expresaban diferente

El viejo Goyo pestañeaba El primo me dirigía guiños continuos, cazurramente

Pero vengamos a cuentas o al cuento Y procuremos decir con parvedad cómo acabó sus días el bendito poncho de los colores patrios y cómo terminó su temporada de galponero en lo de don Félix Olivera el viejo Goyo Mentira

El primitivo constructor había elegido para el catre de cueros y sus trebejos, un angulo del galpón antiguo y aportillado que había venido precisamente a relevar con su pericia y sus manos

Sobre las cobijas que consiguió en las casas, ponía de cubrecojinillos todos los días, conforme se levantaba, el poncho sagrado

Una mañana, en lo mejor de la quincha, que andaba por los últimos retoques, tuvo que venir a su sórdido dormitorio a buscar el tabaco en rama y las chalas de que se había olvidado cuando se encaminó a la faena

Fue atroz e imperdonable lo que brutalmente vio

La hija predilecta de las casas, considerando que no acababa nunca el emparejamiento y el peinado de la quincha, y que ya iba para un año que el galponero se hallaba pegado a la mesa tendida de la familia, como una ventosa, había resuelto correr al viejo haragan, mentiroso, puerco y antipático, haciéndole una herejía removedora, fenomenal

Aprovechando la ausencia del "tordo", como ella lo llamaba, enderezó para el galpón caduco

Entró con tino y cólera Se acercó al catre cubierto con el poncho nacional Y, a tirones, con dedos recios, lo sacó al aire Salió ligero al patio Y, sin el menor encogimiento, arrojó la reliquia sobre un montón de gorrinos que andaban roncando bajito y hozando a moco vivo por los trechos empastados del suelo

El olor denso y suculento de la manta, atizó el apetito de los cerdudos, de cuyo conjunto se desprendieron los cuatro más oportunos y habiles

Cada uno aplicó rabiosamente el morro a su esquina correspondiente

Al acercarse don Goyo, disparó el cuarteto por su obligada dirección, abriendo el poncho en cuatro partes que fueron publicando a gruñidos el sacrilegio de aquel desgarramiento mal intencionado

El pobre viejo, quebrado, resentido acongojado, se acerco al tronco de ceibo donde me había colocado, debajo del tala de nuestras veladas al aire libre

Con patetica decisión, se "descargó" asi

—Me voy, Pedrito Ahora sí no tengo la mas mínima duda Esta gente no me quiere más

Traía la cara inmoble No pestañeo No escupió en seco

Había desaparecido Goyo Mentira

Desde aquel momento empezaba a ser don Gregorio Toledo

LA OVEJITA MONJA

I

Los poetas vuelven a crear las cosas, imponiéndoles una nueva presencia misteriosa

Recuerdo ahora la esencia temática de un par de versos que cierran una balada

Difícil celebrar acierto más evangélico y extraño.

> El cuerpo sera del cordero,
> Pero los ojos son del cielo

II

En una escuela-granja, colocada en los cabezales del rancherío que daba sobre el pueblo, se iba a festejar la clausura del año

Camino en medio y derramada hasta los árboles del río, se veía la hacienda del párroco, con la huerta y el jardín, rodeando las viviendas

Uno de los vecinos principales, en su carácter de miembro pudiente de la Comisión Fomento del centro de enseñanza, resolvió contribuir con una docena de corderos para la mesa grande del mediodía

Cuando venía pasando por la portera del predio parroquial la majadita infantil, el perrazo del señor cura, con una ira increíble, propia de un ente diabólico, se abalanzó sobre los corderitos y alcanzó a morder en un flanco al mas descuidado y hermoso de la remesa.

La hermana de la directora del establecimiento, compadecida del derrengado y sangriento animalejo, se ofreció a curarlo, separándolo del lote destinado al sacrificio voraz de la concurrencia vecinal.

Fue atendido con estima y asiduidad

Corriendo semanas y meses, vino a ser una ovejita casera.

Le pusieron un nombre que todavía le dura Cota El cuerpo, albura del aire. Sus ojos pertenecían al cielo.

III

La Cota llegó a ser considerada persona de lo más consentida y enterada

Escaso tiempo dedicaba al potrero

Frecuentaba, como visita, los corrales

Se la veía, con seguridad, detras de la maestra o de la hermana de la pedagoga.

Seguía los quehaceres y las ceremonias con intención Con atención

Cuando — al crepúsculo —, se establecía un cerco de oración familiar bajo la imagen bendita de la sala, la Cota se colocaba sobre la directora, en quien adivinaba un centro encendido de piedad Oía los bisbiseos de rigor y el rosario melopeico Y allí se estaba compacta y sentimental, con los ojos claros y fijos, sin dirección, como espejos aéreos en guardia

Solía el señor párroco venir a visitar su hija espiritual, la señorita directora

La Cota, diligente, enderezaba hacia la portera de entrada Y le hacia el primer recibimiento, segundandolo con atraccion dócil y cómica hasta el corredor de las viviendas

No salía desairada de su solicitud

El señor cura le alcanzaba caramelos y primores de repostería, que la golosa sabía recibir y alojar en su boca picuda

La generosa Cota suministraba — a su debido tiempo — lana fina y caudalosa la que era administrada por la hermana de la pedagoga, quien renovaba colchones, armaba almohadas y convertía en dinero escolar el sobrante de la corporal ofrenda

En las casas reían continuamente de una costumbre litúrgica que acreditaba su piedad sonora y militante

Conforme sentía las primeras campanadas del mediodía (que en tiempo de viento favorable llegaban desde el campanario del pueblo hasta la granja), la Cota entraba corriendo al comedor y se colocaba debajo de la mesa tendida del almuerzo

IV

Un día la hermana de la directora que era de genio muy resuelto y lozano buen humor, decidió conseguirle un compañero

La llevaron a tomar estado a cierta estancia vecina, donde abundaban los carneros eufóricos y encelados

Pasó algo que solamente en cuento puede admitirse

Conforme el amartelado de cuernos caracoleros se le acercó con un ceceo idílico y la furia magica de la posesión, la continente Cota hizo frente al arrebato, y defendió a cabezazos, a punta de hocico y pezuña su rebelde castidad

No hubo nada que hacer

El carnero tuvo que darse por vencido Que tragarse sus fuegos Y que regresar a su placido ramoneo entre las chilcas resinosas.

V

Comentaban una tarde lo sucedido

—Pero che, —decía la guardiana de la ovejita a la directora—, ¿no estará contagiada de la familia?

Efectivamente del lado femenino, en cuatro generaciones, no se había realizado un solo casamiento

Las mujeres que fueron apareciendo, desapareciendo o envejeciendo, no habían logrado la doble armonía del himeneo

Se referían los casos, tradicionalmente unas, se mostraron amazonas, otras, no tuvieron suerte perdieron el novio, se metieron monjas o fueron enterradas con el traje de nupcias sin estrenar

En lo mejor de las apreciaciones, anuncian la aproximación de tres hermanas dominicas

Se adelantaron a la portera para recibirlas Regocijo de piedad coincidente Invitaciones a festividades conventuales Consultas sobre enseñanza Programación de una romería del alumnado sacro

VI

Cuando las monjas se acercaban al pueblo, se dieron cuenta de que la Cota venía detrás de ellas

Llegaron al Convento Y la ovejita se colo hábilmente, pegada a los habitos.

Nadie —ni por añagaza, ni con mimos ni a la violencia—, consiguió sacarla

Quien había intentado —primeramente— traerla a la querencia, fue la profesora

La Cota, con suave terquedad, se resistió a seguirla

Después la hermana de la pedagoga, su íntima compañera, se resolvió a conducirla sobre ruedas Prendió

el sulky de la granja Y se lanzó expresamente en viaje de reconquista sentimental.

Inútil fue La Cota persistió en su actitud cerradamente vocacional

La enfermera del desgarramiento cánido que la había curado y criado, apeló a todos los recursos táctiles y verbales, con el designio de recordarle la vinculación granjeril

Perdió el tiempo y el viaje

Cuando intentaron removerla, clavó las pezuñas en el patio sagrado Y se acabó la empresa del rescate

En el Convento anda todavía Vieja, tiesa, hierática

En la Escuela Granja persiste el recelo de que la mordedura del perro del párroco le inoculó la vocación.

El misterio, sin embargo, se aclararía, si pensáramos en los versos que abren este pequeño relato.

El cuerpo será de la oveja,
Pero los ojos son del cielo

LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS

I

Una tardecita bermeja de fines de febrero, salimos del pueblo de Treinta y Tres en un carricoche

El hombre de la iniciativa, que llevaba las riendas, era mi tradicional camarada en peripecias campesinas, don Félix Olivera.

Este claro varón de la Rinconada de Olimar se había propuesto servirme de iniciador en los ignotos escenarios de la campaña treintaitresina Y desde hacía tiempo me venía provocando con un viaje formidable a la Quebrada de los Cuervos

—Si te animas, preparo las cosas para el año que viene

—Trato hecho

—No te vayas a arrepentir, porque aquello es bestial. Muy poca gente se atreve a penetrar allí Vos lo sabés.

—No importa.

Vuelto a Montevideo, la curiosidad por conocer la famosa Quebrada se fue agrandando y estuvo dominandome, al punto de trasmutarse en una plácida ansiedad o sueño repetido que no me dejaron mucho tiempo sin tocarme los entresijos más envolventes de la atención prometedora.

Y aquí nos tienen, pues, sobre las ruedas del pequeño vehículo, saliendo por las chacras al camino abierto de las distancias despejadas.

Al caer la noche, llegamos a nuestro primer nudo de descanso

Nos recibió la dueña de casa, doña Magdalena, una vieja criolla, de quien era apoderado y consejero mi dispuesto yunta

—Pero ¡qué sorpresa, Félix!

—Es que traigo un comprometido

—¡Pobre muchacho! ¡Tan joven!

Pasamos al comedor, donde nos atendió una nieta que —por temporadas— hacía compañía a la dueña de casa

La abuela, compadecida, y alarmada, me echaba unos reojos que me intrigaban

Se armó la mesa En el medio, con tino umbilical de iluminación, la nieta colocó la lámpara sobre un mantel batará

Cenamos con cierto refrenamiento penal, que muy pronto vino a ser resuelto y desvanecido

Un comprometido, para la gente de nuestra campaña, es una persona que suele hacer una muerte y busca la frontera para ponerse a salvo de la policía y la cárcel

—Pues este mozo, vieja, viene comprometido con una moza de Montevideo

—Me lo hubieras dicho antes bandido, — estalló doña Magdalena, aligerándose como si le hubieran sacado un estorbo del corazón

II

Como era época de sequía y la mañana se iba a presentar quemante, resolvimos proseguir nuestro viaje con los primeros asomos del aclarar

Así fue

El bayo voluntario se puso al trote con el carri coche liviano y con los dos ocupantes del pescante

Habríamos hecho un par de leguas, cuando mi compañero detiene las dos ruedas y me dice

—Vamos a darle un resuello al bayito

Descendimos facilmente por el estribo lateral Y empezamos a desenvararnos, tomando, después, en dirección a un alamo carolina

Don Félix Olivera solía tener ocurrencias de lo mas graciosas y explosivas

—¿Querés ver cómo deshago una reunión?

Y, sacando el revólver de la canana, le manda un tiro al caserón aéreo de las cotorras que abarcaba el centro del gigante sureño

Un escándalo verde de pirotecnia y garlatina des parramó el interior del nido, que se deshizo con el tin guiñazo del plomo y el humo

—¿Viste cómo se enojaron las señoritas?

Al intentar acercarme al árbol, tropecé con un sombrero duro de barro, al que nosotros llamamos tacurú y los brasileros del norte fronterizo, cupí

Me dio por levantarle un trozo de la tapa con la punta del cuchillo Y empezaron a efundir hormigas blancas, como granos de arroz de un harnero boca abajo

—Bendito sea Dios viejo En el colegio nos reíamos de unos versos de Iriarte Y aquí la naturaleza le demuestra que existe lo que él negaba y solamente admitía con apretura

> Fuerza del consonante, a lo que obligas
> A decir que son blancas las hormigas

—Pero, che. ¿No serán hormigas molineras?

—¡Usted también!

. Reanudamos el viaje, con la intención de almorzar cerca de la Quebrada, pues debíamos calarnos unas tres leguas por senderos tronzados, recodos, quiebras, montículos, enredijos y tropiezos de toda laya, antes de llegar a lo de Polo Farías, quien se había comprometido a recibirnos, haciendo honor a la gaucha disposición hospitalaria.

Nuestra discreta mira venía más que justificada sino llegábamos con claridad a lo de Farías, — nuestro viaje, dentro de la Quebrada, agarrados por la noche, quedaba a merced de las hoscas sorpresas del lugar

El espesor tenebroso, la dureza nocturna en la Quebrada, eran de tal rigor e inhibición, que nadie se atrevía a arriesgar el bulto, ni por la más recia necesidad, a no ser con luna llena

Llegamos a un paso, peinado por el alambre de las dos manos flanqueras, y convertido en ancho espejo del camino por la abundancia de los albardones y de los pajonales arbolados

Una cantidad tentadora de gallinas gordas andaba "verdeando" en un bajío sobre los bordes del vado.

—Te lo prometo, Pedro Si a la vuelta están estas señoras, vamos a tener una mesa sabrosa con la vieja Magdalena

Desde hacía rato, veníamos buscando un sitio a propósito para detenernos a almorzar

—Mirá qué especialidad

Sobre el caminito que caía a un regato de espadañas, achiras y pajas bravas, una piedra cuadrada, protegida de espinillos y talitas crespos, hacía realmente una invitación

Descendimos Sacamos de la maleta los fiambres y el pan Y nos sentamos en el borde del cubo manso

y servicial, utilizándole el centro afelpado para colocar y manejar el condumio.

Consumado el almuerzo a la intemperie, me descolgué de un salto desde la orilla de la improvisada tabla Y me puse a juntar charamuscas, con el designio rabón de armar un fueguito

Coloqué la pava entre la llama pequeña.

Al poco rato, estábamos mano a mano con don mateo, organizando la digestión por los adentros y combinando los próximos tramos del viaje.

.. De nuevo sobre las ruedas

—Vamos, bayito.

En marcha Adelante Traca troque traca troque . traca troque .

—Y ¿aquello, viejo?

—Y ¿me lo preguntás? Es el portón de la Quebrada

Serían las 3 de la tarde.

La visión del escenario perseguido empezó a tomar consistencia En el sube y baja de los repechos y en los escamoteos del paisaje, la Quebrada fue afirmando sus horizontes y acercando su presencia megalítica

El portalón de entrada, en la dirección que llevábamos, era de una titánica imponencia

Las moles que alzaban el vano de trasponimiento, se recortaban en ángulo mocho espacial desde las bases de los hoyos serranos

En una de esas, se pusieron a voltejear unos pájaros enormes, con balanceo de oscuros y ceremoniosos aviones.

—Y ¿esos señores, viejo?

—Son los guardianes de la entrada.

Y siguió, acompañándose con el vaivén de las riendas

—Hoy me mostrabas las hormigas blancas Ahora vas a ver los cuervos colorados

Traca troque traca troque traca troque

Sin darnos cuenta, nos sorbió la Quebrada

Ya era arduo y penoso andar en coche

Piso de piedra, costados de piedra, sombra de piedra, aire de piedra, olor y color de piedra Sol de piedra Y nosotros, ganados por la piedra

A eso de las cinco, logramos alcanzar un rancho, engarzado en el umbral primitivo de una tranquera Concedía una pausa de ternura entre los ásperos trozos de cuarzo y los huevos de roc desparramados

El viejo Félix se boleó al suelo, palmoteando con rito de anuncio o visita

—Ave María Purísima

—Sin pecado concebida, — contestó una voz, allegándose con el gaucho patrón del nido

—¿No nos podría decir si andamos lejos de lo de Polo Farías?

—Van con guena dirección Tuavía falta un par de leguitas

—Gracias, amigo

—Vayan con Dios

Trotaba el sol colorado, zambulléndose en los martillos acollarados de las trémulas almenas, cuando avistamos, a favor de una tregua, pareja y amplia, el caserío de la estancia de Polo Farías

—Qué suerte, Pedro. Vamos a llegar con luz

Veníamos aproximándonos a la sombra de las poblaciones

El viejo Félix Olivera empezó a franquear, a gotas, con morosidad suspecta, un tremendo recelo

—Pero, che. ¿Qué pasará? Ni un perro . ni un peón ni un bicho viviente .

Con encogida confianza, con osadía refrenada, fuimos dando un rodeo a los corrales y los techos, hasta detenernos en la boca de los galpones

Nos descolgamos del carretel de caminos Y, al entrar al patio principal, una visión inesperada v paralizante, nos hizo comprender el motivo de indiferencia y desinterés que no les había permitido moverse y desplazarse para hacernos el recibimiento

Formando un hemiciclo que se iba sobre el bajío, don Polo Farías, sus hijos, los peones, las mujeres, los huéspedes, los gurises, ¡todo el mundo! miraban fijamente en dirección al barril de rastra

Miraban miraban miraban

De golpe, una vibración magnética les advirtió que lo esperado se venía

Una víbora de cascabel reptaba con atracción, siguiendo un rastro con fluido familiar

Al considerarla al alcance, intentaron los más celosos írsele encima o hacerle fuego

—Déjenme a mí, — ordenó el dueño de casa.

Un escopetazo partió en dos la cascabel

Entonces, pudo realizarse la escena del recibimiento

Abrazos, gritos, vivas Un entrevero de alivio trágico

¿Qué unánime angustia había inmovilizado, con estilo retráctil, los movimientos de la casa?

Al mediodía, junto al barril aguatero de rastra, habían dado muerte a una cascabel

La gente de campo cree cerradamente en la monogamia de las víboras grandes

Pasó la tarde Se estaba acercando la noche. Y un terror creciente había invadido a todos los seres del ambiente comprometido

Ponerse en actividad, distraerse, disimular, dedicarse a la cena, cerrar las puertas, olvidar la compañera de la víbora muerta, no es solución sosegante para nuestra gente serrana

Su atención, su tensión, su intención, se concentran sobre la vigilancia, el reclamo, el aguaite y el destrozo del ofidio sobreviviente

Los mismos perros que, en ceremonias como aquella, no suelen caer en la liga de hechizo y se hacen dueños y centinelas de la situación, estuvieron sujetos a la mirada, al mando y al chistido impositorios del patrón viéndose obligado éste a intervenir con energía, a raíz del estampido certero, a fin de que no se apropiaran a dentelladas de las dos porciones cimbrantes del ofidio

—Voy a retobar las boleadoras con el cuero, — prometió el patriarca ejecutor

—Yo reclamo los cascabeles para mi guitarra, — oportuneó uno de los peones

De esta manera, llegamos y fuimos recibidos en la estancia de Polo Farías

. Terminada la cena, con la oración obligada a las ánimas, salimos afuera, obedeciendo a los filtros reguladores de la destilación orgánica

La densidad nocturna, el ciego carbón de las tinieblas, eran de tal absorción, que no tuve otra ocurrencia para sostenerme personalmente, sino estarme tactando el cuerpo con la mano que me quedó libre,

mientras bartolome . aba . pues sufría la sensación de que la noche me anegaba y disolvía

III

Con las primeras barras del día y el cuchicheo de los pájaros madrugadores, empezaron a caer a los galpones los rondadores de las majadas, a levantarse los hombres del ambiente y los huespedes, a preparar los peones sus quehaceres, y a enderezar para el corral las muchachas a quienes tocaba el turno de ordeñe

Yo me estuve oyendo el trajín y el rebullimiento asordinado Y me propuse seguir con orejas y atención los vaivenes y avisos de la acentuación matinal.

Lo conseguí a medias Porque me entredormí, como embebido en el balido de los terneros, en el mugimiento de las vacas, en los ladridos intermitentes y el pitorreo ornitofónico

Un agradable roce de escoba de chilca fue recorriendo el suelo del patio, hasta estacionarme un bienestar de cosquilla lejana

De golpe, el un-dos del mortero de las mazamorras, me despertó de lleno con su decidido machaque

Ya andaba el sol filtrando sus biseles por las hendijas de los ríspidos paredones

El hacha de la cocina se puso a hacer leña, hincando el filo ensebado en los troncos quejosos del picadero.

¡Arriba, pueblero!

Me enderecé Salté del catre Me pasé el agua por la cara, ligerito, como un gato Y salí en derechura al galpón principal, donde ya mi compañero se ha-

llaba charlando con don Polo y otras personas de importancia

—Guenas tardes, mocito.

Me dio un tantico de resquemor la reconvención aruerica [1] Pero enseguida entré en caja

—Y ¿no hay mas cascabeles?

—Ni en broma lo repita

Entonces, se echó a filosofar con la vida. Como estilan los gauchos

—Esta estancia esta pasando por cada prueba, amigo La seca, la astosa, las enfermedades, los desastres con las lanas, la pobreza medio disfrazada Y hace poco, para remache, la muerte de un nieto

—No hay que entregarse, viejo.

—Eso digo yo Pero ese nietito era una especialida Y se nos murió de un empacho de lo más extraño Todo acalambrado Con las manos como arañas Crispadas y duras Y con unos dolores que lo cimbraban Y, que, al fin, lo torcieron, doblándolo en firme

Mi comadre Rosalia, que sabe mucho y ha curado un sinfín de empachos, no pudo salvarlo. Le tocó y arreglo, uno por uno, los huesitos del espinazo, desde la nuca a la rabadilla Le aplico los masajes santos a los costados Hizo los rezos y ensalmos del caso La vencedura principal Pero, nada, amigo Crispadito y arqueado, se fue. ¡Pobrecito!

—Pero, digame, viejo ¿No habrá sido otra cosa?

—Lo unico que tenía era una hinchazón en un talón. Pero sin importancia Nosotros lo habíamos

1 Es sabido que nuestra gente gaucha, para sacarse el mal de aruera, saluda al árbol al revés si es de mañana, le dice — Buenas tardes, doña aruera, y si es de tarde, le da los buenos días mañaneros

curado lo más bien Había pisado un clavo en el basurero.

—Su nieto no ha muerto de empacho, viejo Su nieto ha muerto del tétanos.

—Y ¿qué es eso, pues?

—Es una infección que puede venir de pisar un clavo con herrumbre Al que le introduce el mal, lo hace sufrir y morir como usted ha descrito.

Entregandose el hombre, asombrado

—Nunca lo hubiera creido ¿Con que hay, también, una enfermedad que le dicen del tuétano?

Enseguida del almuerzo y antes de echar la siesta inevitable, hasta para llenar tiempo en aquellos pedrajes escaldados, resolvimos con mi compañero ir a visitar las cascabeles

Como lo oyen

Es un entretenimiento como cualquier otro

Llevando de director del espectáculo a un gurí avezado, nos encaminamos a un punto de las porciones líticas, desde el cual, sin arriesgar la figura, nos permitieran los parapetos estratégicos mirar para abajo los repliegues, ensenadas y rugas, por donde aparecían y desaparecían las víboras de cascabel

De regreso, y como el chiquitín se adelantara, me animé a hacerle una pregunta aclaratoria al viejo Félix

—Pero, dígame una cosa ¿Qué tendrá la chinita que acarrea mate, que me mira me mira cierra los ojos suspira me mira parece que se ahoga me mira vuelve con el verde se va . y no dice nada? ¿De qué diablos estara enferma?

—Zonzazo Eso es de enamorisqueada.

—¿Y con esa cara de torta gruesa? ¿De sapo con viento?

—No te aflijas. Eso, como viene, se va

.. Cumplido el descanso de la siesta, nos vino a comunicar uno de los hijos de las casas que ya estaban dispuestos los caballos.

Don Polo Farías, considerando imposible visitar los secretos de la Quebrada en carricoche, nos aconsejó lo hiciéramos a caballo, hasta llegar a la estancia del brasilero don Manuel Leiva, quien se hallaba colocado en las cercanías de las bocas reservadas.

Nos dio una carta de presentación No me lo van a creer don Polo Farías usaba la caligrafía más simétrica y elegante que he visto en mi vida

En el documento de marras le solicitaba al compadre nos tratara como a él mismo, haciéndonos conocer los sitios mas recatados y novedosos.

Subimos a nuestras sendas cabalgaduras, después de los abrazos, bromas y buenos augurios que se estilan en la campaña hasta para la más corta separación.

..Con un trote apacible, tomamos el caminito más apropiado

Habríamos comido un par de leguas, cuando don Félix Olivera extendiendo el cabo del rebenque, me indica a lo lejos una escena cruel, de égloga lancinante

—Mirá qué asunto Vos que andás buscando temas.

Un cuervo colorado, mientras paría una oveja, se había abatido de un picacho. Le había sacado los

ojos Y se llevaba al corderito, recién nacido, en las garras, elevandose con su ancho paraguas de ascenso.

Flanqueando al trote los desfiladeros interminables, aborrascados de chilcas negras, empezamos a ver por los aires "ponchadas" de cuervos rojos, — dueños y señores, o, dicho con más vigor, dictadores de aquellas terribles soledades

Un ave, de vez en cuando, templaba la crudeza aérea, balanceando su serenidad macerada y orgullosa

—Esa es el aguila mora, — me adoctrinó don Félix

—¡Qué majestuosa y alta, viejo!

—Y no sin razón, che Pedro.

Ese pajaro nunca baja al suelo Está resentido con la tierra

Dicen que cuando la primera pareja de águilas moras eligio la Quebrada de los Cuervos para vivir, establecio, lo mas confiada, el nido en una cavidad de cuarzo, lisa y brillante, como si la hubieran sacado de algún horno de lujo

Un día, una cascabel mordió al macho Y la compañera, viuda y arrebatada, se remontó a las nubes Y no quiso saber mas nada con las traiciones de abajo.

Desde entonces, resentida y desdeñosa, nunca mira inclinandose ni desciende de cierto nivel del espacio

Dicen que, a veces, en accesos de furia, suele arrojarse sobre la estrella mas alta

Nadie sabe por que

Lo único que se cuenta es que la cigueña tiene el oficio de vengar la muerte del compadre Y llevándose a la víbora por esas alturas, desde cierta distancia, se la muestra a la comadre sobreviviente, como para

consolarla Y la deja caer, después, contra las piedras, donde se hace una reverenda chatasca

En fin, eso se lo oía yo a los antiguos Vos podés creerlo . o no

Perdiendo y retomando pasajes y trochas de avance, subiendo y bajando caparazones pétreas, disfrutando de inesperados valles colgantes y de la captación de súbitas treguas planas, apenas en declive, siempre dominados por las almenas titánicas y flanqueados por la crespa continuidad de las chilcas invasoras, — conseguimos acercarnos a los corrales de la estancia de don Manuel Leiva entrando los espejos vinosos del atardecer.

Un regañado aviso de la perrada, hizo girar la cabeza al bayano que presidía el ordeñe

Cuando nos tuvo sobre la boca de ñandubay del círculo de manipuleo, salió el hombre a recibirnos

¡Inolvidable tipo!

Chapoteando estiercol sobre unos zuecos de suela de palo, con un facón enorme, como asador de hierra cruzándole el ombligo, con una vincha colorada que le ceñia y enarbolaba las motas cenicientas y, para mayor escándalo, con una pechera negra en la camisa que le abarcaba el frente enorme de la estampa, desde la cintura hasta los hombros, — el brasilero, a quien veníamos recomendados, nos produjo un sobresalto que nos constriño a desmontar con muy severa compostura.

Mi compañero, que llevaba la iniciativa del dúo, se le allegó con paso precautorio Le dio la mano Y, sobre el saludo, mientras yo me acercaba, le alcanzo la carta de presentacion

Yo aproveché la coyuntura para aproximarme. Le

dı el apretón, con mecánıca exıgencıa lateral Y me quedé, cerrando el terceto.

—Moıto bóo.

La lectura del documento suavızó algo al bayano

—Veñan comıgo a desensıllar

Allá nos fuımos con los caballos de tıro, detras del macaco faconero que nos condujo a un galpón Después, nos metıó en el patıo prıncıpal Y, hacıendonos sentar en sıllas de quebracho y cuero, se desprendıó con mutısmo, aparecıendo al poco rato con un porongo descomunal

—Agora van a tomar mate casero A erba, eu mesmo me la muelo aquí

No dejó de parecerme sabrosa la bılınguıdad de don Manuel [2] Aunque no pueda hacer ıdéntıco elogıo

---

2 Realmente aquel hombre hablaba hacıendo gala de poseer en forma cabal los dos ıdıomas de su vıda el portugues y el castellano

Pero lo hacía con tal gracıa y con tanta mıstura que uno no sabía en cıertos momentos qué nacıonalıdad adjudıcarle Porque puesto a contar cosas de ınteres personal, manejaba el castellano que daba gusto De golpe mandaba una brasılerada' que remachaba o adobaba lo que decıa con suma efıcacıa pıntoresca

A las veces se venía con el portugués desde el arranque Y era un portugues con toda la salsa

Trataremos de reproducır lo que nos comprende con la memorıa taquıgráfıca de nuestros vıejos oídos hasta donde podamos

Menéndez Pıdal en una págına precıosa (como suya) y muv humana hace referencıa a la lengua que usaba Crıstóbal Colón Se extraña del castellano que manejaba tocado en grafía y fonétıca, por lusısmos ıneludıbles, porque venían con la vıda

Estudıando el caso, llega a la explıcacıón de que Colon adquırıo su ıdıoma en una época en que desde la más encumbrada moda palacıega se había decretado una furıa castellanızante en Portugal

Entonces se produjo un entrevero de los dos ıdıomas que dıo por resultado una sıtuacıón ıdıomátıca sabrosısıma, muy semejante a la de nuestro bayano

¡Quıén sabe cuánto precursor de don Manuel Leıva no se habrá dado el pısto de hablar una lengua doble o sea un portugués castellanızado o un castellano lusıtanızado por aquellas calendas!

de la yerba hechiza, porque declaro que nunca he sorbido brebaje mas agudamente ascético

Yerba, indudablemente, pura, resistente, de espuma apretada Pero de una quinosidad tan agresiva que solamente las tragaderas de un condenado o de un solterón clínico podían aguantar -

Mi compañero, movido por quién sabe qué resorte diabólico, se dio a celebrar las excelencias de la bendita yerba hechiza, poniéndose a tono con la debilidad fabril del bayano, que empezo a entregarse a la diplomacia lisonjera

—Esto es un licor de la salud, don Manuel Un elixir

—Moito bóo pra ter fome [3]

Yo creo que mi yunta tuvo intenciones de purgarse o de abrirse hasta-el fondo la bolsa del apetito

Estaba con el desmesurado cucurbitáceo todavía en el poso de la siniestra, cuando una mujer, que parecia la esposa del dueño de casa nos anuncio desde la puerta del comedor que ya estaba la cena en la mesa

—Bueno Vamos a aproveitar o beneficio do mate

Una cosa es decirlo y otra muy diferente haberlo pasado

La cena consistía en un locro de maiz con sebo de charque y marlos magullados, cuyas lentejuelas afelpadas desafiaban la fortaleza sensible de la garganta más pintada

No pudimos contentarnos ni con el olor porque se había quemado, y mandaba una hedentina de pezuña precita

Cuando estabamos para acostarnos en uno de los

3 Excelente para tener hambre

cuartos de huespedes, nos empezó a gorgoritear desde el registro de la caja toracica el clamor de las tripas vacías

Una carcajada gaucha le encrespó el catarro al viejo Félix

Después, serenándose, y palmoteandose las oquedades del bandullo

—Vamonos conforme aclare, che Pedro

Conforme se anuncio el dia, nos pusimos de pie Y salimos campo afuera a buscar la animación de las primeras claridades Bien que la necesitábamos

Don Manuel, que nos pispó desde el alambrado de las casas, se tiró en nuestra dirección Y nos alcanzó

—Vamos a desayunar tempranitu Temos que visitar o millor da siñora Quebrada

Obedecimos en nuestra condición desventajosa de huéspedes

¡Chica sorpresa nos reservaba el nacimiento de la mañana!

Aquel desayuno debe ser declarado un preludio de los festejos gástricos de las bodas de Camacho

Ollas caudalosas de leche hervida Maquinas coloniales de cafe Galletas batracias, bizcochitos fragantes, pan casero Manteca en palangana y con sal gruesa encima Mermeladas de gusto isleño Queso morbido, miel, rapaduras, tortas fritas con chicharrones Pororo

—Compermiso Y perdone la groseria. Voy a tomar otro canecon de café con leche

—Tome hasta que se canse, camarada

Mi compañero se dedicó a vengarse de la cena malograda Y a tal punto se rehizo con la avalancha torrencial del desayuno, que ya no pensó en otra

cosa, sino en la visita inmedita a los secretos de la Quebrada de los Cuervos

Debíamos abrir el programa, consiguiendo la pericia laberintica de don Goyo Mendez

Este duende de la soledad y de los meollos de la Quebrada, tenia una carboneria por los fondos Y para llegar a ella, era inevitable atravesar las partes mas retraidas y peligrosas del escenario colosal

Para alla enderezamos, acompañados de un compa dre de don Manuel que, según se nos adelantó, se hallaba pasando una temporada de trabajo ambulante, y, mas que nada, de cambio de ambiente, para no aburrirse en sus canchas desabridas

La reverenda verdad de las cosas era que se trataba de un contrabandista redomado, con cara de carancho y ojos de búho

Conforme nos avistó don Goyo Mendez, se desenvaino de su portera y se nos vino al encuentro con un montón de perros al costado

Realizadas las presentaciones de orden, el célebre y locuaz carbonero nos hizo pasar a su galpón

—Vamos a ser siete Buen número Justamente, tengo que ir hoy con dos voluntarios a preparar algunas cargas

Y, mirándonos, a mí y a mi compañero, con sorna punzante de avispa

—Y ¿piensan ustedes entrar con botas en la Quebrada?

Mi compadre don Manuel y el compañero son más prevenidos Se han venido de zapatillas En la Que brada no hay bota. ciones

En fin Yo les puedo agenciar dos pares de alpargatas de las que tengo para el caso

Y dirigiéndose al viejo Felix

—A los gauchos como usted, no les cobro el alquiler.

Mirándome de sesgo, fisgón

—Pero a los puebleros

—Si es así, —salté yo, dandome por aludido—, tengo con qué pagar

—A los puebleros tampoco les suelo cobrar Pero se han de comprometer a ser gauchos

—Trato hecho

Iniciamos la peregrinación probática

Debíamos ganar la empresa en forma pedestre Con alpargatas

La Quebrada de los Cuervos es un revoltijo o rompecabezas de la naturaleza, en drama de organización, donde las piedras, los cordones de agua y la vegetación valiente, han forzado y compuesto los paisajes, remansos, desfiladeros, arquitrabes, veredones y umbríos más empinados, abismales y huraños

Detenta zonas y retazos de envolvimiento, de tránsito rupestre, de acentuación tentadora

Pero lo que en verdad la gente iniciada entiende por Quebrada de los Cuervos, es la ardua y escamoteada unidad de bruscos escondrijos, de inesperados paredones corridos y cimas elasticas, desde donde se descuelgan los árboles habilmente hasta los regatos sumidos, en cuyos bordes las palmeras cartujas toman servicio de conformidad o de curioso castigo

Hasta ahora, hemos andado rodeando la Quebrada Hemos picoteado por de fuera la cáscara derramada del monstruo

El corazón titánico, el cogoyo arisco, se alojan en los circulos concatenados de prodigios que vamos a franquear

. Apenas entramos el pecho de la Quebrada, percibimos la palpitación elemental del genio animador y oculto.

Senderos emperchados o en caída, permiten a gatas orillar las moles que se van anudando y desenvolviendo en un aparente desorden telúrico o capricho plutonico

No fue menester descender mucho, para comenzar a recibir sorpresas

Sapos cascotudos, víboras cascabeleras, cruceras, replegadas en rimero magnetico, acechantes, endrinas arañas-pollos, rastreando esos cucarachones cebrados que solamente en la Quebrada nuestra existen, lagartijas de cairel vertiginoso, lagartos overos, zorros colorados, chivitos de lamina, venaditos salpicados, cuevas de gatos monteses, nidos de cuervos eponimos y aguilas matreras, iguanas acrobaticas, hibridos manopeladas, armadillos alacraneros Los mirlos más finos que he visto en mi vida El hilo de oro aereo de las abejas salvajes La lluvia verde de las larvas forestales

¿Y aquella desmesurada mariposa, celeste y roja, que nos fascino y entretuvo, como un banderin de los ángeles?

—Mire, maistro, —me dice don Manuel Leiva— Usté que anda buscando cosas raras

—¿Qué es esto, don Manuel?

—Una colmena subterranea Una abejera

—Y ¿el redondel?

—Eso es lo mas importante ¿Sabe vosé de quién es?

—Si no me lo dice .

—Pues es la marca del hocico de un aguara Ese señor elige la abejera Y cuando está madura, vuelve justito, a punto, para levantarla

—Qué me dice..

—Lo malo es que no sabe que nosotros somos más zorros que él, y solemos madrugarlo

Se echo a reír el muy bribon

Habiendo escalado el cabezal de uno de los soportales mayores, don Goyo Méndez se pone a señalarnos primores

—¡Que bien se ve toda la Quebrada desde aqui!

Efectivamente un vistazo en redondo, desde aquel faro indio o farallon primitivo nos permite captar la extension hirsuta en todos sus dibujados asientos

De golpe, estalla cerca de mis orejas el puñetazo de un estampido

El contrabandista había desenfundado su pistolón, mandándole un tiro a una aterciopelada pava salvaje, a quien se le ocurrio cruzar desprevenida sobre nosotros

—¡Qué barbaro! — me dije para adentro, con el repentino terror infantil de creerme en manos de un malevo, dispuesto a utilizar alguna bala con mi estampa

Seguimos bajando y cubriendo peñascos, afelpados con herbajos, coronados de arbustos olorosos Aqui conviene que me afirme en la ultima palabra y declare que nunca he disfrutado fragancia tan pura, extraña y sostenida

Allí estaba indudablemente el alma en el almario de la región

Aquellos bultos eran altares vivos colocados por cíclopes invisibles con el designio de salvar la belleza de la naturaleza baguala y conservarla escondida, bien lejos de la pisada humana que gasta y ultraja

El agua del cielo, volcandose sobre las cumbres y descendiendo en filtración tenaz y milenaria, se dedicó, en un tiempo a preparar este escenario de religiosidad climática Y esos agiles torrentes horadando aligerando, moviendo las masas paleolíticas, consiguieron armar la Quebrada de los Cuervos, donde las semillas y los pajaros se consagraron a esmaltar primores y colgar sombras de olor

Y la intención estetica fue tan eficaz, que los laberintos de la Quebrada sellan la sorpresa confirmadora de que los pasos de la naturaleza, aunque parezcan ciegos y avasallantes, son acordes

—Sigan ustedes, que nosotros vamos a cazar algún bichejo por ahí

Don Manuel Leiva estaba acostumbrado a cebar chivitos y a aprovecharles el cuero

Así nos lo confesó para abandonarnos

El contrabandista, con su faz de carancho y su fidelidad de huésped profesional, se quedó con él

Habíamos ascendido al casco de uno de los paredones totémicos

El diablo nos destapó el antojo de enviar una piedra de canto romo hacia el abismo que abria su regato y sus palmeras en el piso fotográfico de la sima

Cierto que don Goyo nos había venido haciendo la recomendación

—Hay que ver lo lindo que es mandar una piedra mocha desde arriba

Va tocando y sacando otras piedras con las ramas salidas y todo lo que encuentra flojo Y sigue, amigo, acaparando un montón grande que va haciendo un barullo, que al final se derrumba y sube con una voz rara y llena del mismo aire de abajo, que se viene apagando para arriba

Levanto un trozo redondo del centro de un peñasco en declive Algo vivo produjo un esmigajo apenas perceptibe

—¡Oy! ¡Un sapo con arenilla!

—¡Cuidado!

Una tarántula gimnastica pego un salto Y casi me alcanza

Sobre el aviso, un varazo certero empapilló la migala terrible

—¡Qué salvada!

—¡Cha! ¡Si me pica!

—No se aflija, maestro Aquí en la maleta, traigo cipomilo con caña y tabaco en rama

Don Felix Olivera, que ya venía bastante prevenido y sobre si, tomo pretexto del revuelo impresionante de la tarantula

—Sigan ustedes Ya basta y sobra

—Pero, aparcero No lo creia tan flojo

—Es que estoy muy viejo para estos ejercicios Sigan nomas Yo, despues que descanse, busco a don Manuel Y regreso con él

Abandonamos a mi yunta, considerando su autorelevo mas que humanamente justificado

Y reanudamos la marcha difícil, llena, para mí, de un interés inédito, que confinaba en la alucinacion colmada del entusiasmo explorador

Cada tramo nuevo de aquellos lugares, donde siempre fue seña insolita la sombra del forastero, repercutia en mi sensibilidad moza con un sutil erizamiento de orgullo

Pensaba en los amigos y en los familiares que nunca habian traspuesto estos umbrales de flamante propiedad

Y me esponjaba, respirando importancia, cuando me consideraba actor de un ambiente legendario, donde lo ignoto enriquece la vision, la palabra, las zonas receptivas del ser y la capacidad reveladora con que los relatos robustecen el encanto lirico del narrador

Tuve la suerte de conocer grutas, donde la oscuridad es permanente Y donde, como en secreteo de duendes abismales, solo se escuchan las pisadas hoscas del agua que va bajando a tanteos y tropezones Noche con llave, — dicen por alla — Torrenteras apacibles que soplan renovados cortinajes de humo y piedra Remansos colgados, con arpas de lianas, enrejando los móviles cristales escurridizos Rocas andariegas que se vienen sosteniendo en las manos acrobaticas del aire Lagos planos, marginados de tejidos vegetales y de palmas chirivaes con verdes ruedas flotantes

Quien, como yo, haya tenido agallas para conocer la Quebrada de los Cuervos, con barba cerrada y piedra virgen, con un clima naciente, atento y como intencionado, con el espejo negro de sus abismos y la hosquedad de sus sigilos, pulsando, a talon y registro, el lujoso rigor de su adustez, asume el derecho magico del expedicionario heroico, a quien la visión de lo exótico unge con prestigio impositorio

Yo admiraba la valentia de los árboles que se habían animado a buscar domicilio en estos escenarios

de naturaleza barbara y taciturna con silencio celoso

Pero el arbol que más me conmovio fue el de la yerba árbol benéfico y confiado que consiguio enraizar parcelas y escuadrones de hojas y simbiotismo Su continua presencia misionera fue de tal poder que los arroyos dinamicos que han ido estructurando y sujetando la Quebrada, llevan su nombre de dominio

¡Cordial colonizador!

Después de un peregrinaje quebrado, entre toboganes y caracoles girantes según el encadenamiento que las moles y la vegetacion iban rezagando, llegamos, tocado apenas el mediodía, a la carbonería de don Goyo Mendez, donde nos sentamos a descansar, y a comer, en forma improvisada y matrera el asado que, a su debido tiempo, nos ofreció el rosal agresivo de las brasas

Mientras me aparejaba a descabezar una leve morronguera de descanso, don Goyo, con los dos peones, se aplico a separar las cargas de carbon que traía encargadas y que a los pocos dias pensaba venir a levantar con elementos especiales de transporte y con hombres avezados a las ásperas faenas de transitar con bultos grandes por estos embrollos y andariveles de la Quebrada

Cumplida la siestita sobre los cojinillos y cancelado el infaltable mate amargo de la digestión campesina, nos pusimos en pie para el regreso

Volvíamos, recogiendo yo con el corazon entre los ojos, los detalles menudos y de entidad del escenario cerril que a paso atento abandonabamos y que, posi-

blemente, nunca más iba a tener la divertida oportunidad de volver a visitar [4]

De pronto, don Goyo Méndez nos detiene sobre el frontis de un desfiladero, y me dice, indicandome un recodo

—Allí, hace años, enlacé por el medio del cuerpo a don Mariano Berro

Cierto El botanico deportista se había enamorado de un ejemplar desconocido de calaguala Y, cuando descendia en procura de la planta como aturdido por un talismán tuvo la desdicha de resbalar y perder pie en las estribaciones Y alla se iba derecho a la muerte mas fea en el vacio, cuando don Gregorio Méndez que venía prevenido a la excursión, tuvo la suerte de amarrarlo en el aire con un virtuoso tiro de lazo

Veniamos orillando la vegetación rastrera y espinosa de un resbaladero que se sume en el trotante cabrilleo del arroyo, cuando nos detuvimos ante los muros contrapuestos

Algunos mandaban la piedra en torrentera detenida Otros, derramaban la crespa generosidad selvatica con gracia flexible y aérea

—Fijese, maestro, —me dice don Goyo— ¡Qué preciosura!

Y se soltó a darme una lección ocular de botánica

—Ahi tiene el laurel negro, el tarumán, la aruera, el canelón, la anacahuita, el blanquillo, el zocará, los

4 Gracias a Dios volví a tenerla El 22 de marzo de 1953 antes de hacer traslado definitivo de los originales estuve otra vez en la Quebrada de los Cuervos
Este romance ha sido realizado con los recuerdos de la excursión que hicimos con don Félix Olivera en febrero de 1915

talas, el arrayán, la embira, el ñapindá, el chalchal, la caroba rastrera, el aguaí, el arbol de la yerba .

Pero, fíjese que entre ellos —como de gusto— siempre se asoma, a cierto trecho, una palmera

En efecto Coronando, en detonacion salpicada, los paredones vegetales, la estrella verde de las palmeras hace girar las pequeñas selvas oblicuas

—Pero ¡mire! ¡Mire allí y vera lo más feroz de la cosa!

Los hombres nos comemos unos a otros, sin darnos cuenta Los animales tienen que vivir tragándose los mas grandes a los más chicos Y aquí, también, aparcero, entre los árboles que usted esta viendo, tan callados y santitos, pasa cabalmente lo mismo

Allí, en aquel revoltijo de ramas, enredaderas y flores, esta la demostración mas triste de lo que le vengo cantando

Acérquese Y siga la dirección de mi brazo

¿No alcanza a ver un árbol que está envolviendo por el talle muy bonitamente a una chiriva?

Pues ese bandido es el higueron, que desde abajo se le pega con todas las ventosas a la palmerita, y vive a sus costillas, chupándole las entrañas con todo disimulo

Sobre el entusiasmo de su filosofía botánica, extrae del bolsillo de la bombacha una limeta, y le aplica un beso —como ventosa también— al pico de la caña brasilera

—¿Ve aquellos venaditos en el corredor que sube allá, entre un cerco de tunas de vela y espinillos?

Esos animalitos son los refugos que nos han quedado de los escuadrones del famoso Guazutú.

—¿Quién es ese personaje, don Goyo?

—El ciervo que cuidaba las puertas del corazón de la Quebrada antigua

Y reanudando el paso, continuó, con el hilo del relato bien agarrado por los cabos

En los primeros tiempos, el centro de esta Quebrada era un soberano paraíso

No había entrado el hombre a hacer daño ni las víboras conseguían colarse

Guazutu era un centinela de mi flor

Un día se presentó una cascabel enorme. El ciervo la detuvo Ella no se conformó Quiso pasar de cualquier manera

Entonces, se armó la gorda

El ciervo intentó rodearla con el arco brujo de la baba Pero la cascabel era viejísima Le decían la abuela de las víboras Arrastraba una sarta como de cien sonajas en la cola Tenía un largor sin fin Asombroso

Cuando el ciervo se dio cuenta de que no podía hechizarla y dejarla varada, le asestó un guampazo que la hizo replegarse con más rabia De un bote, se le enroscó en las patas traseras y le clavó un mordisco

El ciervo sin mas miramientos se entregó a cornearla sin lástima, a levantarla en el aire, y a darla contra las piedras, hasta que la deshizo

Pero no pudo sobrevivir mucho a la mordedura

Se atravesó en la puerta del corazon de la Quebrada, como un tropiezo

Y murio en su ley

A todo esto, la cierva se hallaba en estado interesante Y los vecinos y la gente de importancia del pue

blo se habían enterado del duelo entre la cascabel abuela y Guazutú

Se formó una comisión para hacerle un homenaje a la cierva viuda

Pero no contaron con la idea de estos animales que, en muchas ocasiones piensan mejor que los hombres

La cierva es el bicho más libre, espantadizo y salvaje de la tierra Y cuida, con un celo bravisimo que nadie la pueda encerrar ni hacer sirvientes a sus hijos

Vecinos muy competentes fueron encargados de agarrarla

No lo consiguieron

La cierva, recelando que iba a perder su libertad y a parir un hijo esclavo, mató, primeramente, al crío en el vientre, y después se arrojó desde la cumbre mas alta de estos lugares Desde aquella cresta que se ve limpita y patente desde aquí ¿No la distingue bien?

Desaparecido el ciervo guardián, las víboras cruzaron el corazón de la Quebrada

Los rebaños de venaditos que habían mantenido el respeto de todos los bichos chicos, tuvieron que dedicarse a la caza de las víboras intrusas haciéndoles cercos de encantatorio y permitiendo la ayuda de los vecinos que se comidieron

El bicherio, que había sido hasta entonces un modelo de respeto y orden, se dedico a la desobediencia más descarada

Los lagartos fueron los que empezaron a robar y a usar la cola a diestro y siniestro Las canillas de los pobres cuidadores tenían que aguantar los chicotazos

No paró ahi la desverguenza Un día, estos bandidos,

que se habían hecho los capataces de la situación, se trajeron sobre el lomo a los zorrillos

Conforme los infelices venaditos se paraban y pretendían quejarse, allá les iba un abanicazo de buen olor que los hacía salir más que ligero arrancándose las narices a estornudos y bufidos

Las lagartijas les sacaban la lengua a cada correteo, con toda desverguenza

Los sapos se pusieron a formar orquestas con los grillos y las chicharras, con las tucuras, los mangangases y los guitarreros del aire, y a reírse en la misma cara de los pobrecitos con unos ¡coac! ¡coac! que parecían de personas

¡Había que ver el baile de las arañas y las cascabeles!

Llegó a tanto la cosa, que esta sabandija estuvo a punto de acabar los venaditos cerrandoles las salidas con babas de viento y con el mordisco a traición de los escuerzos, las tarántulas y los alacranes negros

¡Lo que costó sujetar esta Quebrada, amigo, después que murió Guazutú!

Los pobres venaditos, antes de arreglarse las cosas de nuevo, lo pasaron bastante mal

Desde esa época les ha quedado un temblor y una costumbre de disparar y mirar todo de lejos y desde arriba, con un asombro de lo más receloso

Fueron antiguamente muy numerosos los rebaños de Guazutu

Ahora, nos han quedado unos lotes muy raleados, que, mas que de otra cosa, sirven de adorno de las piedras y de pura curiosidad.

¡Son tan bonitos!

Parandose, con emoción visual, y, al dedo

—¿Ve allacito, aquellos tres cerros que se acercan como tres hermanos tamañazos?

Pues ahi estaba la entrada de la Quebrada de los Cuervos, según lo referían los antiguos

En un arco de las bases tenía Guazutú el portón de vigilancia

¡Ay, amigo! Yo no sé si en el mundo habrá un lugar más hermoso que éste.

¡Quisiera verlo!

Indudablemente, fue mucho más rápida y menos accidentada la vuelta

Cuando llegamos a lo de don Manuel Leiva, don Goyo Méndez destapó la indirecta

—¡Qué vecino mas guapo nos ha tocado! ¡Cómo para sacar el lobo del monte!

El bayano, abarajando el chorro y sobre el pucho

—Es que eu nao teño a sorte de ter uma carbonería la, como vosé, don Goyo

Esa noche la mesa de cuartel o de convento del locro de sebo, nos iba a suministrar otra sorpresa.

La cena fue asunto de ordenación reparadora

Se inició con una sopa (oigan los toques) gruesa, tónica, dulce olorosa

Cayó enseguida un puchero, caudalosamente cargado de embutidos, tocino de humo, charque y verduras.

Después, se nos acercó un asado con su baño de salmuera bien tostada y con su gofio, y con una ensalada de colores, que parecía un cuadro al crudo sacrificio hortelano de Anglada Camaraso

Arriba nos descolgaron un guiso de pollos cebados, revestidos de arroz y especias de la frontera

Y para remache, una fechoada de porotos pretos, con la fariña mas lozana

Establecido el charloteo de intervalo, empezaron a desfilar los postres, en una variedad y aspiracion realmente brasileñas

Mi compañero, que era hombre para aguantar travesuras rabelesianas, batía las mandibulas a juego rápido y sostenido

Yo me entregué a las primeras de cambio mordisqueando, por galanteria algunas pequeñas porciones de aquel desparramo abigarrado de manduquiña

Esta vez no fueron las cañerías organicas del viejo Felix quienes se pusieron a acusar la miseria del bayano

Un sueño gordo, de andorga plena le desató un concierto caliginoso de resople y roncadera, que, si bien es cierto, cantaba la bienandanza de la maquina, no me permitió clausurar los parpados para adentro hasta después de la medianoche

Al otro día, antes del almuerzo, nos reunimos en el patio a beber mate amargo con la yerba hechiza tan encarecida por su productor

Mi compañero que, como ya lo hemos declarado, era uno de esos gauchos zumbones de permanente buen humor, se dio a asestarle preguntas ladinas, picarescas, muy bien colocadas

—Digame, amigo, si no es un atrevimiento, ¿por quién lleva esa pechera negra tan a la vista?

—Por la pobriciña de mia siñora

—Pero ¿como? Y esa mujer que entra a su cuarto con las criaturas, ¿no es su esposa?

—No, siñor Mi esposa falleció hace unos meses Pronto va a hacer un año

(Pausa teatral)

Era una santa Nos llevabamos tan bien

(Pausa teatral) No existe no mundo nada más bunito que la armunia, siñor Esto lo digo eu a cada rato

¡Es una cosa tan lindiña la armunía!

Para mí, no hay nada mas repugnante y criminal, que lo que hacía mi vecino y compadre, don Zoilo Techera

—Lo conocí bastante ¿No era hombre de ley?

—¡Que esperanza, meu siñor! Ese bandido vivia con una parda que habia sido primeramente sirvienta en su misma estancia

¿Sabe vocé que le hacia facer a la pobre de sua muller pra humillarla mas?

Pues salia de paseo a caballo con la parda Y al regresar, le hacía tener el estribo, para que la sirvienta desmontara

¡Qué sabandija!

No existe no mundo nada más bunito que la armunía

(Pausa teatral)

Este luto, es por la pobrecita de mia siñora

—Pero

—Ya sé Esa muller entra pra deitar as creanzas Y se queda pra pra cuidarlas

—Pero

—Ya sé, ya sé, siñor ¡Va a ser uma boa siñora!

No es posible concebir una risa más escandalosa

La pechera negra — patente y brutal — tomándole todo el frente del cuerpo Y ¡la boa siñora!

¡Estos bayanos!

La comezón diabólica que no soltaba así nomas a mi yunta, le sugirio comentar el honor y molienda que había gastado su interlocutor en los postres de la ostentosa cena

—Pero, amigo Mire que le gustan los postres

—Es lo que eu más manyo, siñor

La gente dice que los dulces echan a perder os dentes Pavadas, siñor Yo me crié no Brasil mascando rapaduras, ticholos, pe de muleque, goayabadas Y conservo toda mi dentadura Todita

Vocé no me lo va a creer Teño ya mis añitos Neñun guesito de la boca se me ha picado Neñuno Las muelas se me aplanan, como as vacas

(Risas Pausa)

—Pero ¡qué banquetazo nos ofrecio anoche, viejo!

—Ustedes no saben qué verguenza me dio la cena que les presenté a la llegada Es que me agarraron desprevenido Cayeron muy tarde

La comezon diabólica viró hacia otro asunto que, realmente, era de interés aclarar

En el medio de la sala, sobre una robusta mesa ovalada, con tapa de marmol blanco y patas labradas a escoplo clasico, se veia un atril de roble y acero, en cuyo resalte horizontal inferior estaba calzado un libro negro, imponiendo pretensiones de álbum preferido o de misal misionero

—Ese libro que hay en la sala, don Manuel, ¿es alguna reliquia de familia o algún recuerdo de su vida?

—Ese libro es la historia verídica de mi desastre comercial

—¿Usted fue comerciante?

—¡Ojala nunca lo hubiera sido!

—Y ¿para qué quiere el libro, pues?

—¡Ah, meu siñor! Nese libro estan anotadas tudas as cobranzas

—¿Salvó una fortuna, entonces, para recordarlo así?

—Se lo voy a contar, camarada Y verá vocé si vale la pena mostrar ese tesoro vacío

(Pausa espectante)

Hace moitos años, me establecí cuma pulpería nesta Quebrada

El negocio empezó a pintar lo más bien Pero no siguió como prometia

Nos mandaron un comisario que me resultó una verdadera ventosa siñor

¿Ganaba algunos pesos con las carreras? — Pues, al final de la fiesta, se me descolgaba con un soberano pechazo

—Don Manuel ¿no me presta un par de libras?

Como para negarselas La garantía de orden y vidas ¡Nuestra protecçao!

A veces, me pedía mas de lo que ganaba

Los vecinos, con el tiempo, empezaron a mostrar la hilacha

Casi todos habían abierto cuenta Y, si algunos pagaban, los más se hacían los sordos a los pedidos de arreglo

Nadie no mundo ha tido mas paciencia que eu pra cobrar, siñor Nadie, ninguein, ha sido mas desairado ni mas infortunado, ni más sufrido

—Teña paciencia, don Manuel

—Nos ha ido mal, don Manuel

—Perdimos el asunto, don Manuel
—Se nos secó el maizal, don Manuel
—Se nos fue tal sostén, don Manuel
—El mes que viene, don Manuel
—El año que viene, don Manuel
—Un bocadiño mais de paciencia, don Manuel
—¡Dejese de fastidiar!
—¡Vayase al diablo!
—¡Fuera de aquí, bayano!
—¡No vuelva más, cargoso!

El negocio comenzó a tambalear La pulpería se me venia al suelo

Un día cargado de rabia y de malas ideas, me decidi a terminar con aquello

Hice un lio con las cuentas impagas Me prepare un atado de estacas Corté unas cuantas varas gruesas y resistentes y algunos garrotes de tala con cernos y nudos Me llené de balas los bolsillos Y subi en el carrito de reparto a cobrarme en forma las deudas

Llegaba a los ranchos o a las casas de los embrollones Y, segun era el monto de lo que me debían, asi era el pago que me facía

—Veño por a conta
—No puedo pagarle Dispense

Entonces, aplicaba el recibo, como Dios o el diablo mandan

¿Se trataba de cinco pesos? — Pues 20 garrotazos A cuatro golpes sobre el cuero por cada peso

¿Era muy importante la deuda? — Pues entonces, a cobrar con categoría. Un balazo en la canilla La renguera es un pago que no se olvida

Cuando el débito era menor de un peso me bastaba con el arriador Unos cuantos chirlazos Y ¡adios! ¡Se acabó la pena!

Cada vez que regresaba duma cobranza, agarraba el libro y anotaba lo resuelto debajo del deudor correspondiente Con esta feita queda chancelada a conta con este fillo da mae Si la suma era mais importante con este fillo do diabo Y si el clavo era muy grande, un trato mais grande todavía con este fillo da puta 20 estacazos, tantos lazasos, un tiro, 40 golpes de vara, 50 garrotazos, 2 tiros

No me va a desmentir la perra vida, siñor Ahí anda el rengo Doroteo Aldao con un palitroque Si van a Santa Clara, pueden ver a Jacinto Mena con dos muletas

De esta manera, en poco tiempo, a tiros y catanga, me cobre lo que me debian sin miras de pagarme nunca ese monton de tramposos que se habian propuesto embrollarme y —encima— reirse de min

Nese libro, siñor, estan muy bien asentadas las constancias de pago

Nadie me quedó debiendo nada No me puedo quejar De todos supe cobrarme

Pero, camarada todavia estoy sufriendo as consecuencias, las maldiciones y el mal trato de los resentidos

Cuando me estableci nesta Quebrada y me necesitaban, era para los vecinos todo un don Manuel, el siñor don Manuel Uma bendiçao

Agora, soy el mulato, el forajido, el bayano ¡Uma porquiria, siñor!

A media tarde, teníamos los caballos ensillados para retornar a lo de Polo Farias

Don Manuel Leiva y el carancho temporalazo nos iban a acompañar

—Los vamos a dejar en la casona de los cuervos

—Es un honor para nosotros, don Manuel Pero

—No faltaba mas A las visitas agradables, hay que saberlas despedir

El cuarteto ecuestre, andando y desandando piedras, se desvivía por celebrar sitios distancias, y porciones dispersas de belleza y vibración hasta que nos vimos fronteros a las estribaciones de una centración de moles que parecian tener, desde hacía añares, la intención de preparar una vivienda para ciclopes de la soledad

Aquello, al trote de nuestra colocación avante, imponía un fortín primitivo o un castillo desportillado, compuesto por los elementos y desgajandose para arriba

—Ahí tienen a la vista la casa de los señores cuervos colorados

Y alla fue al aire un pistoletazo del contrabandista, que hizo irrumpir desde las bases una cantidad formidable de cuervos, que se alzaron hasta las nubes y se pusieron a oscilar en guardia, como una escuadrilla tenebrosa de aviación silente

Me pesque otro sobresalto, igual al del estampido en la Quebrada, cuando este mismo carancho arrebatado le enfiló aquel subito gatillazo a la pava de monte tornasol

Llegamos al pie de la casona megalítica, don Manuel Leiva sofrena el caballo

—Hasta aquí, camaradas

Nos aprestamos a la despedida

El brasilero desenfundó de abajo del poncho un paquete, primorosamente atado con cintas de juguetería, y, alcanzándomelo, me dice, reconviniéndome

—Se olvidaba, maistro, del regalo pra seu amigo

Se trataba de una caja de yerba hechiza que, en broma, había dicho me hubiera gustado presentar como obsequio raro al bardo patriarcal Zorrilla de San Martín

El bayano se lo había tomado en serio Y trató de que saliera con la mía, de cualquier modo, cumpliendo un antojo de ausencia montevideana.

Cerrados y abiertos los abrazos de despedida, nos separamos las dos yuntas, en dirección opuesta, echando nosotros los caballos a galope, ganados por la idea de llegar con sol a la estancia de Polo Farias

. Con los primeros albores, nos dispusimos a regresar

El patriarca y la gente cordialaza nos despidieron con esa agridulce ceremonia de separacion, que siempre — por breve y leve que sea — produce en las poblaciones campesinas una especie de vacío imprevisto, alarmante, vacilante

Con un ¡hasta otro día! seguido del ¡vayan con Dios! arrancó el bayito, al meneado estimulo de las riendas

. La ideación diabólica que se atrevia de continuo a pellizcar las decisiones de mi yunta, le mal aconsejó la conveniencia de hacer posta de mediodia en el vado de las gallinas emplazadas

Bajamos del carretel. Y nos colocamos, con estrategia atrapadora, en un despeje empastado, circuido de altas pajas bravas y arboles enanos

El viejo Felix se puso en observancia del movimiento de la volateria, que — picotazo aqui correteo allá, cacareo al menor roce, clarinada gallística de vez en

cuando o reclamo donjuanesco al hallazgo de algún grano o insecto —, venía bajando el plan afelpado que se volcaba hacia el regato, esmaltado de camalotes, y linfáceas con sus arracadas de huevitos róseos de caracol

Yo no sé qué influencia o ensalmo de atención usó en esta trapacería

Es lo cierto, que, con chistidos especiales, con un castañeteante mimoseo de dedos y migajas de pan casero, una opulenta gallina overa se nos fue acercando

El taimado cazador se desvistió el poncho con disimulo imperceptible Y se estuvo acechando la coyuntura justa del "tapamiento"

—Ya verás — me decía con risa sorda y acatarrada — Esta no se me escapa

—No lo creía capaz de estas hazañas

—¿No sabés que era mi especialidad de mozo en las noches de serenata, manotear gallinas sin hacer ruido?

La dama overa — ingenuamente — atendía y seguía la añagaza del habil "afanador"

Apresurando sus cocós y seducida por el crotaleo de convite y la lluvia de gruesas migajas, no pudo evitar ponerse al alcance del solapado cazador furtivo

Fue algo perfectamente rapido.

El poncho cubrió la enorme gallina El viejo saltó sobre el bulto Le ató las patas con un tientejo que llevaba en el bolsillo de la bombacha

Abrio uno de los senos de la maleta sobre la que había estado sentado Metió allí la gallina Y en un santiamen, terminó el entremés de la sustraccion culinaria

—¡Qué cena vamos a tener!

Y, resolviéndose con precaución

—Vámonos enseguida Seguimos comiendo por el camino

Así lo hicimos

De noche, con mantel de lujo y vino de obispos, nos hallabamos en la mesa, aguardando el guiso de fiesta de la gallina tan bien habida

De golpe, llega un paisano, a quien los perros, posiblemente por ser visita de confianza, no le hicieron mucho fuego

Por la puerta del patio interior entraba al comedor la fuente humeante y olorosa de la overa que, como inmóvil corona de paladeo o de sacrificio, venia tendida sobre un denso arenal de arroz a punto

Por la puerta de llegada se metia el gaucho con un rauco "compermiso"

—Vengo a comer la parte que me pertenece de la gallina que ese viejo bandido me robo hoy al mediodia

Nunca he oido ni presenciado —así, dicho con fuerza— carcajadas mas anchas, más sabrosas, mas saludables, mas acollaradas, mas largas, mas gauchas

La vieja Magdalena, llorando de risa

—Pero si este cachafaz me dijo que se la había comprado, compadre

—Si así compra todo, tiene que estar millonario.

. Cuando, de regreso, entramos patio adentro en los caserones del pueblo, se nos acerco mi padre

Mirandome con asombro y alivio, me dirigió estas palabras, que no he podido olvidar, y que acreditaban un mérito enorme, pues era hijo de uno de los vecinos fundadores del pueblo de los Treinta y Tres

—Has vuelto de una parte adonde yo nunca fui

Oct 1949

De

CARAS CON ALMA

Cuentos

1957



BRUNA MENDEZ

I

Mi abuela había arrendado su estancia de las sierras del Yerbal, dispuesta a edificar en el pueblo.

Viuda y con las hijas casadas, no la retenía ya con las obligaciones y el agrado de antes, el establecimiento de Los Higuerones, cuyas viviendas, armadas con piedras de los cerros vecinos, había ayudado a poner en pie, siguiendo las sabias manos de su esposo, don Juan Mariño.

Como los caserones de su propiedad en la villa de los Treinta y Tres estuvieran ocupados por mi familia, decidió hacerse una pequeña casa cerca de nosotros, pues andaba bastante en el asunto la atracción sentimental hacia mi madre, su hija preferida.

Fácil era la cosa. Pero lo triste, para nosotros, los muchachos, vino a ser el sacrificio del árbol compañerazo, bajo cuyas hojas y entre cuyas ramas nos criamos, crecimos y teníamos nuestras diversiones.

Aquel aromo, cuya presencia intenté salvar mucho más tarde en una poesía,[1] tuvo que ser derribado, para despejar el espacio exigido por la nueva criatura de albergue.

El hacha hizo su cruel destrozo. Desapareció nuestro hogar botánico. Y un día los trabajadores empezaron a cavar los cimientos, cortando sin lástima las raíces encadenadas del gigante colonizador que solía

---

1 Véase "El Aromo" en *Tierra Honda*.

aflorar, a trechos, los retoños, desde su vibración subterranea

Andaban ya sonriendo los ladrillos a más de un metro de altura de pared, cuando una mañana se presento a tomar el sol una vieja ciega

Se sentó en el umbral del portalon del corral de aves de mi casa que daba sobre la naciente construcción, después de tantear con la contera del cayado la colocación de la abertura amplia y sonora

En una de esas, se oyeron maldiciones y carcajadas

Los albañiles, con zafias intenciones, se habian puesto a sacudir contra el aire las bolsas de cal Y la direccion del viento llevaba el polvo irritante y persistente sobre la cara de la ciega, cuyos parpados heridos la hacian garlar y vociferar maldiciones

Los trabajadores, ensañados, le devolvían la letania furiosa, con las palabras mas cargadas de odio y recordación

—Aguantá, perra bruja, por lo que hiciste

II

¿Quién era la ciega maldiciente y qué había hecho para recibir semejante trato de los albañiles del lugar?

Treinta y Tres era un pueblo joven Y lo que fue después el departamento homonimo, formaba parte del vasto desparramo geografico de Cerro Largo

La gente de nuestra campaña no solamente era candorosa y barbara, sino que, apretada por la necesidad, tenia que recurrir a los medios y seres que anduvieran mas a mano y merecieran confianza

Un tipo que gozaba de mágica autoridad era el curandero

La psicología campesina, despierta y probada por la experiencia y los episodios testimoniales, no podía dar mayor crédito a los médicos Primeramente, por la distancia social del trato En segundo término, por el terror a las drogas y a los instrumentos de uso técnico Y, entre numerosas consideraciones de pánico y rechazo, por el rigor de las recetas, la dureza hermética del lenguaje y los casos de muerte, que cualquier paisano "sabidor" se animaba a evitar con yerbas, ensalmos y venceduras

III

Bruna Méndez tenía fama de ser mujer milagrera

Había realizado curas increíbles

Nuestras familias campesinas la consideraban una encarnación benéfica de la sibila terapeuta

Un día desmontó a la puerta de sus ranchos un gaucho del Rincón de Otazo

—Su comadre Natalia la necesita Está bastante mal

—Pues me voy con usted

Ensillo su caballo de asistencias Preparó su maleta de yerbas, unguentos y jarabes Y, colocándola en el cuerno delantero de la silla de montar, subió a la cabalgadura desde la mano derecha del compadre

IV

El emisario que se había descolgado hasta el pueblo en busca de la curandera, era un hacendado del Parao, compadre de las dos mujeres en danza padrino de un hijo de doña Natalia y padre de una señorita, ahijada de la santona.

Se llamaba Fortunato Rosas Y era gaucho de salir al camino para servir sus amistades

El viaje de la curandera y de don Fortunato se cumplió en dos etapas Vinieron a caballo hasta el Parao Y aquí tomaron la volanta de la estancia de doña Natalia, sobre cuyo pescante llegaron a los galpones del establecimiento

Al otro día se despidió don Fortunato, utilizando un caballo que le facilitaron, el que debía quedar en sus campos, hasta que se le ocurriera reclamarlo a su dueño, — uno de los hijos de la estancia el ahijado.

Doña Natalia era una viuda rica

Sabía Bruna donde guardaba sus buches de ñandu, prietos de libras

Enterada de la dolencia, el genio maléfico que solía manejarla, le sugirió una atrocidad

—Le voy a dar un remedio que la va a curar comadre Pero deben tomarlo todos los que viven aquí, porque están propensos a enfermarse de lo que usted tiene

Aquel familion con unanime asentimiento, sorbio el mismo bebedizo

Era una mistela trastornadora de yerbas malas y polvos violentos

Fueron atacados de idéntica fuerza demoníaca La demencia envolvió y dominó a todos, convulsivamente

Bruna representó con ellos escenas aberrantes

Un vecino que cayó de visita, notando las casas sin gente, se metió por el campo y se acerco a la laguna grande, orientado por los más extraños anuncios

Al presenciar el cuadro, casi se cae del caballo

Allí andaban balando, ladrando, relinchando, gru-

ñendo, en cuatro patas, todos los habitantes de la estancia, observados ferozmente por la curandera

Se alejó del espectáculo Y enderezo a galope hacia la comisaría

V

Una comisión de vecinos embarco en la carreta del establecimiento a los afectados, con el fin de hacerlos examinar por el médico del pueblo de los Treinta y Tres

A la curandera, la encerraron — preventivamente — en la cocina colocándole un vigilante

Sobre la medianoche, Bruna intentó escaparse, aterrando al soldado, a quien aseguró que el diablo se acercaba

Salto con un tizón chisporroteante por encima de las llamas

En eso, se presentó el sargento Claudio Ramírez

—¿Qué has hecho, perra?

Blandiendo cruces con el tizón

—Hacete el gracioso, que vas a bailar en el aire

—La que vas a bailar sos vos, yegua maldita

Desenvaino el sable Rabiosamente le asestó tanto golpe, que creyó dejarla deshecha, al retirarse

VI

Conforme llegó a oídos de la población de Treinta y Tres la atrocidad de la curandera, un sentimiento de solidaridad y una idea de castigo la pusieron en tren de ajuste y desagravio

Muchos de los circunstantes conocían a la viuda y sabían lo digna y hospitalaria que era.

Algunos resultaron parientes de la familia diezmada Mas de uno de los atacados había fallecido

Aquel villorrio que creció como una espiga, que cuando le sustrajeron y alambraron el ejido, atropelló con sus puños a limpiar de trabas el uso libre del espacio común, que en el menor percance o tropiezo de su perimetro, colocaba su asistencia y su esfuerzo bienhechor en forma desenvainada se reunio en la plaza principal y resolvió cumplir una ceremonia de la mas espectacular violencia lugareña

VII

Años atras, en el medio de aquella plaza don Manungo Ibarra habia desmenuzado a cuchillo al ultimo asesino de la pandilla que se ensaño con uno de sus hijos

—Máteme de una vez, don Manungo

—Asi les pedía mi hijo Y ustedes no le hicieron caso

Lugar macabro de reparacion, allí amontonó la gente treintaitresina un altar de leña, con la intención de flagrar la pira, cuya llama habría de incinerar el cuerpo de la curandera precita

VIII

La población — arrebatada — se puso en marcha Y establecio su cuadro de espera en la Cruz Alta

No había alcanzado a llegar al Signo Misionero del villorrio el carro de varas que la cargaba, cuando los manotazos del pueblo sacaron de la caja del vehículo a la curandera

La arrojaron sobre una carretilla de manos Y, con tremenda precipitación, se la llevaron por el ancho callejón de entrada.

Un grito antiguo, de sacrificio alterado, sacudió el aire de pavor

—¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Muera la bruja! ¡Viva la llama!

La bruja, empotrada a un palenque de coronilla, fue puesta de pie sobre la leña.

Ya iban los ejecutores a provocar el contacto de las antorchas con los troncos, cuando se presentó al holocausto una figura de frenante autoridad, a quien seguía una porcion de hombres mayores, de imponente categoría

El joven corifeo que se acercó a los actores de la ejecución era don Eufemio Buenafama

Bien que lo reconocieron

Se detuvo el espectáculo, como tocado por una invisible fuerza interventora

Eufemio Buenafama era el juez de paz del pueblo Hombre de magnifico equilibrio humano y legal

Con el al frente, meses antes habian reconquistado el ejido Y, sobre carretas de fiesta, habian paseado por el pueblo los alambres, piques y horcones de enjaulamiento del aire, las lagunas y los bienes naturales, comunes a la población

El grave y elegante representante de la justicia, tomó la palabra Y, dirigiéndose a los comprometidos en aquel primitivo auto de fe que prometía una milenaria sevicia cavernicola, dijo algo que evitó el azote de la llama, robustecida por la combustión humana

—Amigos

Cuando fueron a reconquistar el ejido, lo hicieron

conmigo Con la ley Ahora van a consumar una ferocidad Ustedes no pueden hacer eso Tenemos jueces Ellos sabrán condenar Aquí esta el señor actuario de Cerro Largo Viene a reclamar la culpable Bruna será juzgada y castigada Pero por los Ministros de la Ley

El pueblo, herido en lo más vivo, desautorizado por su juez, aflojó la tensión accional Apagó las antorchas Entregó a la policia la curandera Y se disolvio

IX

La bruja estuvo encarcelada algunos meses

Ciega, tiesa, salió a la calle

Pero los hombres del pueblo no habían quedado satisfechos, o, dicho con más acierto pasional, conformes

Una noche arrojaron sobre el techo de pajas de la bruja las antorchas que retenían en sus manos desde la frustrada ceremonia

Le incineraron la cueva

Alguien la vio escabullirse por entre las llamas de la cumbrera

Otro día, la atraparon en el ejido La condujeron a la barra del río Y la zambulleron en un remolino de aguas, del que nadie había conseguido asomar de nuevo la cara

La bruja, protegida e inmunizada por quién sabe qué oculto poder, apareció de nuevo en las calles del pueblo, como si nada hubiera sucedido

Desde entonces, abandonada por las maniobras de venganza de la población, se dedico a pedir limosna

La corrían del umbral de las casas Le azuzaban los perros Le deseaban los peores tropezones

Una maldición completa anduvo permanentemente sobre sus pasos

Cuando intentaba descansar, trataban los que la veían, de que no lo consiguiera.

No faltó nunca una bolsa de cal contra el viento que le quemara los párpados sin luz

FERMIN QUINTANA

(Para Antonio Vega)

I

Lo recuerdo con la íntima seguridad de la evocacion más fiel sobre el alto caballo oscuro las cribas de hilo debajo del chiripá, ceñido con el ancho cinto, abrochado de medallas Guedejas fluviales, corridas por los hombros Barbijo a la nariz La bandera espesa de las barbas endrinas La bermeja golilla volátil, coronándole la blusa de tablas y flores tejidas Poncho en su funda por la trasera del basto A los costados del cuerpo, un par de pistolas, a las que apellidaba, poniéndoles la mano encima, con picardía provocante mis cachorras Un facón marca "mulita" cruzándole el ombligo con osadía brasileña Botas de potro, ligeramente estribadas sujetas por correas y nazarenas de lloronas Arriador de argollas de oro y virolas de plata

¡Don Fermín Quintana!

Asi lo ví, de chico, cuando traspuso un día de carreras el portalón de nuestros caserones, y se plantó en el patio, gritando.

¡Silencio, rana!
Que el sapo está en la ventana,
Y aqui esta Fermin Quintana

¿Quien era aquel personaje de atuendo racial y estampa retenedora, que, al que lo veia una sola vez, no se le despintaba más?

II

Vamos a tomar en cuenta la interrogación, para darle —hasta donde nos alcancen el humor y la memoria— digno andamiento

Don Fermín Quintana fue uno de esos gauchos detonantes que solían cruzar con gracia churrigueresca nuestra crónica campesina

Era dipsomano y cleptómano Hay que decirlo con palabras de catedra Porque tenemos que lenificar la clasificación llana y penal de borracho y ladron

No fue un borracho así, con baja inclinación consuetudinaria Ni un ladrón con mano llena de cosquillas, al ofrecersele la oportunidad de agarrar algo

No Bebia para animarse y para tener inspiracion juglaresca

Vale decir que, cuando necesitaba tener valor para afrontar sucesos personales o cuando iba a empuñar la guitarra de los contrapuntos, el hombre debia envasarse algunas gotas galvanizantes de caña contrabandeada

Ahora, en lo que atañe al atrapamiento, no era preciso cargar el vaso Pero sí tenia que sentir adentro la decision cómplice de la bebida —Apenitas como él sentenciaba, dosificando

III

Fermín Quintana cultivaba una devoción cerrada hacia un hombre principal Este personaje era el caudillo colorado de la region, don Basilicio Saravia

Se había criado cerca de su estancia Lo habia seguido en cuanta chirinada o revolucion intervino como

jefe Y en toda reunion, donde se hablara "del general", su boca era la primera en destapar elogios y vocear lealtad y estima desafiante

IV

Sobre el Paso Ancho que coloca su vado de tránsito en el camino real a la Charqueada, se hallaba el puesto de la Estancia del Inglés

Allí estaba una de las tentaciones mayores y de mas categoría de Fermín Quintana las ovejitas caras moras

Hasta las palabras lo llevaban a la hazaña dolosa

Aseguraba que el ovino caramora era el mas delicioso, sabiéndolo tostar a fuego lento, sobre cierta leña, y bañandole los costillares en tiempo bien elegido de destilacion con el hisopo de la salmuera, manejado por una formula de encantorio que el se sabía de coro desde chico

Más de una vez, tomando en cuenta denuncias del capataz, la comisaria lo habia citado Le habian registrado sus ranchos de gaucho solterón y escarbado los lugares de sospecha

Inutil Las ovejitas carasmoras desaparecidas habian sido secuestradas por fantasmas Ni un cuero, ni una gota de sangre, ni el mas insignificante vellon, podian confirmar el recelo continuo de las denuncias

Hasta que una noche, el diablo del lugar permitio que Fermín Quintana fuera sorprendido en lo mas inesperado de sus maniobras

El puestero de la Estancia del Ingles gaucho a la antigua, hecho a las clasicas rondas de majada, se dio cuenta de la sigilosa visita por el aviso de los gansos del bañado

A pie y con pisada muerta, se le allegó, sin olfatearlo en lo más mínimo el ilusionista de las carasmoras

Lo enlazó por los brazos Y se lo llevó al comisario, después de procurarse el caballo y de juntarse con dos paisanos que se habían hospedado en el puesto

V

En la revolucion de 1904 tuvo que acompañar a su jefe

Conforme supo los preparativos selvaticos de concentración, se presento en la isla comprometida del Olimar De allí salió con el escuadrón colorado que respondía tradicionalmente a Basilicio Saravia

Cargaba sus dos cachorras, su facón mulita y la guitarra curada de su predileccion, con el cabezal de las clavijas coronado por una moña roja agresiva

Se halló en los primeros combates

Bien templado por la caña o la ginebra (no era tiempo de predilecciones), el hombre hizo su papel, con mas o menos ansiedad y arte sumo de disimulo

Hasta que se produjo la batalla de Tupambaé Y la cosa se declaro fieraza

Se encontro sin una gota del elixir animador ¡Y la batalla iba a durar tres dias!

Para colmo de pruebas, le había tocado servir en el escuadron del capitan Ramon Moreno Y este caudillo estelar de Basilicio era uno de esos hombrazos que parecen venir destinados a robustecer romances de titanes

De una corpulencia tarzanica y de un coraje increíble, al sentir el olor de la pólvora, nomás, se lar-

gaba contra el enemigo, como una catapulta de Fierabrás.

Al segundo día de pelea, el capitán Moreno recibió una bala en la nalga derecha.

Lo supo Basilicio. Y ordenó que fuera llevado al Parque para la cura.

El fenómeno desacató la orden. Y siguió como si nada, al frente de sus gauchos.

—Pero, comandante, cuídese, —le aconsejaba a cada rato Fermín Quintana. — Si quiere ir a curarse al Parque, yo lo acompaño.

El capitán Moreno se hacía orgullosamente el sordo.

El general en persona vino a retarlo y a exigirle obediencia.

El capitan metía en el boquete de la herida los dos dedos — pinza de su mano diestra, y testimoniaba rabiando.

—La toco. Si yo pudiera agarrarla, me la sacaba.

Fermín Quintana se le acerca a Basilisio y le propone:

—Si hay que llevarlo al Parque, mi general, yo me comprometo a cuidarlo.

Basilicio, sonriendose, miró al repentino enfermero. Y, maliciando por dónde venía la propuesta, le dijo:

—Si es cierto que sabe curar, puede ir para el Parque, nomas. No le va a faltar trabajo.

Fermín Quintana, con su par de cachorras y su asador mulita, se apresuró a ocupar el cargo inmune y humanitario de enfermero de la Division Treinta y Tres en los carretones del Parque.

El capitán Moreno siguió peleando hasta que terminó la batalla, olvidado de la herida.

VI

A escasos días de la descomunal batalla, fue el asistente a cebar el mate sacramental a su jefe

Al procurar la bombilla de plata en uso, notó que había desaparecido

Sobre un pie disparado, se fue con el horror de aquel "descuido".

Horror de veras Porque sustraerle la bombilla al general, era imperdonable.

—A buscarla enseguida, — ordenó Basilicio

Corrió por todo el campamento el aviso del hurto Y la consigna de que había que dar con el ladron, de cualquier manera.

La malicia castrense empezó a soltar su desconfianza Su sospecha

—Si no es Fermín Quintana, será algún lobizón

—Es verdad que ayer fue viernes

En aquel rompecabezas disperso de piedras, donde estaban acampados, — ¡las sierras de Nico Pérez! — no era empresa fácil encontrar una prenda escondida

Revisaron espeluncas, grietas, monticulos, vericuetos, laberintos, oquedades de toda laya y capacidad Y nada

La prenda suctora, preferida del caudillo, no aparecia por ningún lado.

No hubo gato montes ni culebra que no fueran desalojados de sus cuevas, con el fin de rescatar la bendita bombilla de plata

Una acusación unanime, aunque muy difusa y sigilosa, obligo al general a decretar la comparecencia inmediata de Fermin Quintana en su carpa.

Se presentó el requerido

Al quedar solo con su jefe, le alcanzó la hábil palabra congraciante

—A sus órdenes, como siempre, mi querido general.

Basilicio lo miró de arriba abajo Y un chicotazo de cólera y gracia, le destapó la boca

—Y eso ¿qué significa?

Fermín Quintana traía la bombilla buscada, erecta, al costado derecho del sombrero, sujeta por la divisa roja

—Mi general Esto ha sido una bromita Usted sabe que a mi me gusta llevar una pluma de avestruz en el sombrero ¿Qué cosa mejor que traerlo ahora con una pluma de plata?

No ablandó la chuscada al jefe

Llamó al ayudante Y condeno al manos largas a una estaqueadura

—Bien fuerte En la muñeca de la mano del robo

¿Qué había pasado? ¿Cómo fue aquello?

Pues el amigo Fermin Quintana había venido a dar cuenta del estado de los heridos del Parque, como todos los dias Vio la bombilla sobre el banquito-cabecera de la carpa E inspirado como venia por unas aviesas gotas de caña aprovechando la ausencia del general, se fue con alma, ojos y manos sobre la tentadora pieza

El encargado de aplicar el castigo era uno de esos gauchos curuyeros, capaces de manear a Mandinga

Pero resulta que era — para ventura del reo — muy su amigo Un apasionado de su guitarra y de su ingenio improvisador

Así, que conforme se recibio del delincuente, le explicó cómo pensaba tratarlo

—Mira, Fermín. El general me mandó decir que te estaquiara duro, asegurándote un candado en la muñeca derecha.

Yo voy a cumplir lo que me manda Para eso soy el estaquiador

Pero no te voy a estaquiar como si fueras un cuero

Tené paciencia Vos conocés al general A lo mejor, te manda soltar hoy mismo

No fue así Al general le pareció un sacrilegio el repeluz Y no se ablandó en ningun momento de consideracion personal ni de pedido compañeril

Alla, por la medianoche, Fermin empezo a lamentarse y a pedir agua

—Me muero de sed, hermano.

El verdugo aparceril trajo una lata abierta de aceite con el liquido solicitado Empinó una esquina del envase Y le volcó agua hasta hartarlo

Dejo despues el recipiente cerca de una estaca Y se volvió a su fogon de guardia

No se supo nunca cómo fue la escapada

Lo cierto es que, al otro dia, aparecieron las estacas sin mercaderia Las guascas sueltas Y el amigo estaqueador relevado de su vigilancia

No paró ahí la cosa

Como con ayuda y protección de fantasmas, habían desaparecido —también— el caballo las cachorras, el facon mulita y la guitarra de Fermín Quintana

Del uñarte, no quedó ni el más leve aliento de sombra en el campamento.

VII

Y ahora veran ustedes que no mentia Fermín Quintana cuando alegaba al general ser victima de una debilidad de ostentación avicola

Era muy suyo lo de la pluma de ñandú en el capacho

Tiempo después de concluida la guerra, se celebraban unas hierras a la antigua en la estancia de don Telesforo Ibarra

Aquello era una demostración continua de las excelencias acrobáticas, resistentes y mañosas de la raza

Piales de volcao, pechazos de las cabalgaduras contra los vacunos exaltados, carreras a lazo certero, castración rapida, marcadura chirriante, escabullidas de los actores al atropello de las víctimas humeantes, sangradas y sañudas Fogones de fiesta Fuego mayor de marcación El olor vital de los asados, de las densas empanadas, de las albóndigas dulzonas

En el espacio enorme del espectáculo, risas, gritos, rezongos, órdenes del capataz, mugidos, relinchos, alguna guitarra distanciada. Más de un acordeón melopeico y chacarero

En una de esas, cae al holgorio un gaucho estrafalario Armado hasta los dientes, con el poncho sobre la delantera del basto y una pluma de avestruz en el sombrero

Cabalgaba un oscuro ceremonioso y alto, con un lazo primorosamente trenzado que le abarcaba en círculo toda el anca

Conforme se acerco al redondel de mando de las maniobras, se le fue encima el patron de la hierra con su responsabilidad central

Se trataba nada menos que de don Policarpo Ramallo, uno de esos jerarcas cerriles de las ceremonias raciales, a quien hasta el fuego tenia que obedecer.

—Puede irse como vino Aqui no queremos mascaritas

—Pero, señor, vengo a probar mi lazo

—Usted y su lazo se van enseguida de aquí

Fue tal la fuerza del rechazo, que Fermín Quintana tuvo que dar vuelta sobre el oscuro Y retirarse con su pluma de carnaval en la cabeza

Con el par de cachorras a los costados y con el facón mulita sobre el ombligo, se lamentaba no haber ingerido la porción de caña que le hubiera desatado los humores y los brazos para hacerse ver

El lazo, al trote, parecía reirse del percance de don Fermin

VIII

No escarmentaba el hombre

A los quince o veinte dias se anunció en el pueblo un baile histórico de cumpleaños

La viuda doña Polonia cumplia la centena Y los familiares, con lo más añejo del vecindario, iban a presentar los placemes a la novel centenaria

Lo supo Fermin Quintana Y no quiso ser menos Se disfrazo en serio, como de costumbre Y, además de las cachorras y el facón mulita, se propuso llevar la guitarra de las improvisaciones especiales y un lujoso culero de flecos con un sonajero de pitones de venado, repartidos por la ancha lonja de la cintura

No hacia mucho que habia empezado el baile, cuando se vio en el redondel hirviente de una polka con cadenas.

Las mujeres, tocadas por el diablo, lo envolvieron y echaron en el medio del círculo gigante

Todos reían

Fermín Quintana, sorprendido y muy a su gusto, zapateaba con las nazarenas, revoleaba la guitarra sobre la cabeza, zarandeaba el culero de flecos y sonajas, y hasta se atrevió a pegar un ¡alto!

Se detuvieron las guitarras y el acordeón

Quedó un silencio acechante Y el hombre desenfundó una de sus cuartetas picarescas

Cumplir cien años me gusta,
Y con un baile, mejor
Pero, señores, me asusta
Ser viejo con andador

Una carcajada "casi" unánime sancionó aquel golpe oportuno del ingenio

No fue completo el festejo porque un hijo de la viuda Polonia, hombre maduro y muy pacato, desde que había entrado Fermín en la fiesta con el culero de las domas y las zambras, estuvo en una constante desaprobación de todos sus movimientos

Al terminar la cuarteta, cerró contra la rueda, y, como a chicharra por el ala, sacó al juglar criollo del centro del corral Lo llevó para la puerta de entrada Y, soltándolo, con intenciones de empujarlo, le dijo

—Andá a hacer payasadas a otra parte Mi casa no es un circo

—Pero, hermano, si vine a cantarle un compuesto a tu vieja.

—Anda a cantarle a tu abuela, si querés Aquí no

—Pero ¿qué te he hecho?

—¿No te das cuenta que ese culero es una ofensa a mi casa?

—No seas bárbaro, hermano

—Sacate el culero, si querés entrar aquí

—Eso sí que no

—Pues entonces, andate

Viendo la cosa fea, y sin el estímulo espirituoso adentro, el domador de a pie aflojo

Con sus cachorras, su facon mulita, su guitarra y su culero de flecos, tomó rumbo hacia otra diversión, donde se pudiera estar a la llana usanza de la raza, sin provocar el enfado en tipos sin amor a las santas pilchas gauchas.

Lo que más lo apenaba, era no haber participado del chocolate, cuyo tufillo le llegó hasta el interior de la rueda y no haber tenido la suerte de paladear los licores que andaban pasando por ciertas manos afortunadas

¡Quién sabe, entonces, si lo hubieran sacado tan fácilmente de la fiesta! Así, en forma humillante Como con pinza.

IX

Vuelta a las andadas Otra vez las denuncias

Seis ovejas caras moras, perfectamente elegidas, habían ido desapareciendo Seis ovejitas flor

La queja llegó a oidos de Basilicio

Ordenó al comisario de la Sección que, conforme pescaran al fantasma, se lo enviaran a la jefatura

Una sospecha llenaba el aire y andaba en la boca de todos

Tenía que ser Fermín Quintana el único cristiano capaz de colarse de rondon en los potreros del Ingles y consumar la arriesgadísima hazaña Porque hay que decirlo. Aquel puesto estaba siempre sobre aviso. Te-

nía un puestero despabilado Y contaba con una perrada de olfato eléctrico y colmillos a la vista

Naturalmente, Fermín era una sombra del otro mundo Veia entre la noche mas ciega Escamoteaba su olor a los perros más ventores Y sabia elegir a vara digital las piezas, como un mago de las tinieblas

La policía rural se puso en accion Trajeados de particular, los elementos mas duchos entraron una tardecita a los pesqueros que estaban cerca de donde solían alojar las majadas

Se aplicaron a las faenas de los aparejos

Nadie hubiera sospechado que aquellos aparentes sacristanes de los anzuelos, eran los tipos mas ásperos y dispuestos de la comisaria

Una madrugada, merced a balidos embozados, unos acuciados ceceos y a cierto roce apenas perceptible, de agitacion gregaria, los policianos —prevenidos— se dieron cuenta de que el lobizón andaba maniobrando

Lo dejaron hacer

Cuando el manos largas va había asegurado la pieza, la habia cargado y hecho un espacio en retirada, se le fueron encima, adivinando la colocación andante del bulto

Le arrebataron el ovino de las uñas Y después, con la misma guasca rapiñera, le juntaron, brutalmente, las manos por la muñeca

En la comisaría fue bien reconocido Era, realmente, el aficionado a las caras moras del Ingles

Cuando lo entregaron a la jefatura, cumpliendo lo dispuesto por el general, este decreto que fuera encerrado en un calabozo de seguridad que daba a un ángulo del patio, con centinela a la vista.

—Hay que guardarlo muy bien, si no este bandido se escapa

Fermín Quintana, resignado a sufrir la encerrona, pidió "como gracia especial a un compañero de la División Treinta y Tres", que le trajeran la guitarra con el fin de tener alguien que le hiciera compañía Y que le permitieran cantar sin propasarse sin molestar..

Se lo concedieron

Una tardecita, Basilicio tuvo que atravesar el patio para ir a dar un vistazo al salón de la Comisaría, donde habían instalado un juego nuevo de escritorio, y debía dar órdenes reservadas sobre un contrabando al oficial de guardia

Cuando regresaba, sintió, de lejos, el escarceo nostálgico de una milonga

El amigo Fermín Quintana, estratégicamente pensó halagar a su jefe con la mejor ofrenda de su improvisación Y, justo, bien medido el alcance de los oídos, el hombre se soltó a cantar unas décimas de elogio y devoción al general

Basilicio no tuvo más remedio que recibir la secuencia sentimental de aquel cantor maravilloso que sabía entrar en las zonas íntimas predispuestas de los que lo escuchaban.

Al sentarse en su sillón de mando en el Salón Jefatural, noto que una emoción inevitable le había mojado la cara hasta la boca

Llamo al sargento de órdenes Y dispuso, con una voz quebrada y extraña, que Fermín Quintana fuera puesto en libertad Inmediatamente

El sargento de ordenes, conforme llenó los requisitos del procedimiento, sacó de la gayola al reincidente uñarte

—Mirá, hermano, —le dijo — El general mismo ha mandado que te larguen

—¿Cómo fue eso?

—Y ¿qué sé yo? Algo raro le ha sucedido Me dio la orden con mucho misterio

Fermín Quintana abarajó el hilo

—¿Sabes por qué ha sido?

—No lo malicio

—Por los versos que le mandé

Entonces aprovechó el sargento la coyuntura para aconsejarlo

—Bueno Aprende a ser gente de una vez No robés más

—Te juro, hermanito, que desde ahora esta mano se cierra para el robo La voy a abrir —únicamente— para la guitarra y las grandes ocurrencias

—Amalaya

—Ya lo verán

—Estuviste a un paso de ser echado de la División ¡Que verguenza!

Fermín Quintana, despues de abrazar al sargento, salió con su guitarra victoriosa

Tuvo intenciones de ir a darle las gracias al general Pero no se sintio digno de presentarse ante su jefe

X

Un dia se anunciaron unas carreras de categoría en el Paso de la Laguna

Fermín Quintana se decidio a concurrir a ellas con su indumentaria abigarrada y decorativa y su guitarra

Quiso la tragica casualidad que cayera al espec-

táculo don Liborio Urueña, un payador montaraz, de magnéticos ojos felinos

Este gaucho formidable tenía una historia de subido temple heroico

Entre sus barbas, mostraba una nariz desfigurada por un hachazo que se la había abierto por el medio del caballete.

Esa deformación nasal provino de un asalto a su estancia, colocada en un cabezal del Cebollatí

Tuvo que hacer frente a tres matreros, y que pelear desventajosamente con ellos A dos mató El otro consiguió escapar a uña de viento En la refriega de los facones, se "ligó" el relampago que le partió la nariz hasta el piso lateral de la cara

Fermín Quintana se hallaba gloriosamente instalado en una carpa, haciendo primores de dedos y de voz con la sexticorde

Auténtico payador de la raza, de su boca salían los temas épicos y familiares, las sentencias milenarias y los refranes sabrosos, desde las menudencias de la vida campesina hasta la inmensidad de los pasos del mundo y la sabiduría de Dios

Un cerco hechizado lo oía, seguía y aplaudía

Al escuchar el canto, la vihuela y los comentarios, Liborio Urueña no pudo resistir la tentación de allegarse con su instrumento

Entre saludos de bienvenida y alabanzas de todo corte, lo hicieron descender del caballo sus animosos partidarios

Ni que hablar Se produjo el desafío Se estableció el contrapunto

Había ingurjitado bastante fuerza alcohólica nuestro Fermín La copa repetía su oficio diabolico y divino,

hasta encender los mas apartados rincones de la indecisión de su sangre.

Ahora se sentia una llama dura y sostenida del canto y el valor

Empezaron los dos payadores con una invitación cortés a los temas Entraron en ellos Los desmadejaron con encanto verbal y magica entonación

El paisanaje armó una rueda de entusiasmo y preferencia por los geniales intérpretes de la entrañable realidad gaucha

Pronto se vino a insinuar y después a acentuar vigorosamente la superioridad de Fermin Quintana

Entonces el juglar de nariz estropeada enderezó los versos a la pulla a la chirigota, a la provocación

Fermín Quintana se defendia a puro ingenio, a des pejo conceptual y señorio del oficio

Como la sorna mordaz y la agresividad cerril del adversario lo fueran tocando en el centro vivo de su flojez congénita y de su inclinacion rapacera, el hombre, poseido por el espíritu de la payada, se aplicó a devolverle la balística palabrera con certeros toques de acusación a su incapacidad payadoresca

La aprobación numerosa de los oyentes, sacó de quicio al furibundo contrapuntor

Mandó la guitarra al suelo Y puso al aire el facón de sus proezas

Fermín Quintana, dominado por la valentía racial de la improvisación, acostó con delicadeza su vihuela sobre el escaño Y desenfundó del ombligo el facón mulita

Pelearon en estilo gaucho, selvático, a la antigua. Se cosieron a puñaladas

El auditorio, asombrado, nada pudo hacer Eran dos leones quebrando brasas

El primero en caer fue Liborio Urueña.

Fermin Quintana, antes de entregarse a la muerte, saco de los costados del cinto las dos cachorras Y, descargandolas, una detrás de la otra, en las piernas de Liborio Urueña, arrojó esta tremenda sentencia

—Gaucho que no sabe perder un contrapunto, no debe caminar en el otro mundo.

XI

Cuando al dia siguiente, llevaron a enterrar a Fermin Quintana, sus devotos colocaron sobre el feretro el arma que consiguio declarar celebre su última payada

El facón mulita se habia convertido en diente de león



De

HOMBRES Y NOMBRES

Libro cincuentenario

(1909-1959)

(Ensayos y entretenimientos)

1959



JUAN ROSAS ULTIMO SOBREVIVIENTE DE LOS TREINTA Y TRES

I

Un día, mi padre, que profesaba el culto de las obligaciones amistosas, resolvió trasladarse al Paso del Dragón, con el designio expreso de irle a pagar una visita al patriarca fronterizo don Placido Rosas

Preparo el carruaje de caminos Y allá se largó con un par de amigos y familiares elegidos

Yo tuve la suerte de acompañarlo Era un niño. Pero con un prestigio escolar y doméstico que me sirvió de cartel para la elección

A las pocas horas de hallarme en la hospitalaria mansión, vine a conocer un personaje realmente impresionante y retenedor

Era un anciano en extrema edad

Sentado en una silla de quebracho y cuero de ternera, tenía sobre los pies un perro pelado, — negro y grande Y, al lado, bien a la mano el palitroque de sostén

El can, fiel y añoso, estaba destinado a darle calor desde las bases

Mirandolo con asombro infantil, me puse a echar mis suposiciones sobre quien podria ser este sonambulo senil, a que se deberia su autoridad en el ambiente, y que grado de parentesco con el dueño de casa podria detentar, para ser tan considerado, atendido y agasajado por todos los estantes y visitas.

Penosamente, nuestro abuelito se puso en pie, apartando al perro-estufa Se apovó en el sustentáculo Y, encaminándose a un rincón ancho del parral, tomó por el asa un tarro de leche Lo trasvasó en una palangana Se acercó a un corderito que se había puesto a seguirle los pasos y maniobras Y, dandole un toque de estimulo, lo hizo allegarse a la cavidad del líquido tónico — quedándose en un temblequeo intencionado con la visión centenaria sobre el preferido recental

Repentinamente, aparece don Placido Rosas Y, dándole el brazo, lo vuelve a la silla ritual de estacionamiento, colocándole el poncho gaucho de abrigo sobre las rodillas

Una voz quebrada y ausente

—Gracias, hijo

¡Zambomba! ¡El padre del patriarca del Tacuarí!

Habiendose dado cuenta de mi pequeña presencia, se me acerca don Plácido Rosas

—¿Sabes por qué ese viejito ha hecho eso?

—No, señor

—Ese corderito no tiene madre Es GUACHO El viejito dice que siempre ha protegido toda criatura guacha Que el, tambien, fue un GUACHO en la vida

No había tenido tiempo de oir bien y apreciar lo dicho, cuando me manda otra preguntita, con algo mucho mas bravo adentro

—¿Tú vas a la escuela?

—Todos los dias, señor

—Entonces, no eres un rabonero

—Dios me libre, señor.

—¿Has estudiado Historia Nacional?

—Sí, señor.

—¿Has oído hablar de los Treinta y Tres Orientales?

—Pero, señor..

—Pues ese viejito fue uno de ellos

II

RUBIO O NEGRO Vivo o muerto, tengo que agarrarlo.

Estas palabras amenazantes y sentenciadoras, fueron las que le dieron nombre legendario y categoria de ente de romance

Las solto don Frutos, enseguida de una retirada más angustiosa que la del Rabon, sintiendo sobre los talones los gauchos de Dionisio Coronel que comandaba el curtido baquiano de la Cruzada Libertadora, elevado por sus hazañas regionales a Comandante del Este

III

Juan Rosas es un personaje de nuestra Crónica emancipadora y hazañera

No es hombre cabalmente de historia

Se puede clasificar entre los tipos de narracion o compuestos, que, hundiendo la sombra fisica y los talones en los comienzos y peripecias de una epoca, derraman sus proezas y su prestigio por ese espacio entre epico y humano de los sucesos que integran con el tiempo la sustancia y la expresión de los romanceros.

Son muy escasos los datos biograficos concretos y rotundos de sus pasos.

Balanceando resultados de informaciones familiares

y de investigación oficial y erudita, bien poco es lo que se ha logrado acarrear hasta hoy, como para fijar su estampa con el rigor que impone el metodo documentario

Sin embargo, ese apoyo terrestre basta y sobra para armar una presencia de suma riqueza pintoresca, etnica y heroica

IV

La tradición hogareña asegura que fue hijo de don José Pedro Rosas, uno de los baquianos preferidos del Artigas colonial, en sus ultimos tiempos de capitan ayudante de Blandengues.

Don Jose Pedro, a estar a la fuente familiar, habria nacido en el Pantanoso, como Otorgues, y no en Toledo, como se ha venido creyendo

Fijandonos en el antecedente, podemos darnos cuenta de una vocacion patrimonial de servicio en los Rosas la del baquiano, — especimen de muy avisada y sutil necesidad en los percances geograficos y sorpresivos de la época, a quien Sarmiento dio jerarquía estetica en una pagina sabrosa y conocida

Don Juan Rosas, el Rubio Negro o el GUACHO, como tambien se le solia apodar, ha de haber quedado sin padres a muy corta edad

De su madre, doña Paula Onedo, se tienen muy desvanecidas referencias

El Rubio Negro contaba siempre el ultimo recuerdo que retenia del padre se acordaba de una travesía a nado en un rio grandísimo, echado sobre la espalda del progenitor, agarrado a su cuello

En desacuerdo con Isidoro de Maria, don Placido Rosas recordaba que su padre había nacido en Toledo

y no en Entrerríos. Que era oriental puro y derecho De los de la antigua Banda.

De su guachez, le venía ese culto hacia toda criatura huerfana que mantuvo hasta el final de su rebasada ancianidad

Hace poco, conseguimos una hermana del Rubio Negro, merced a una referencia historica de la batalla de San Lorenzo

En ese encuentro tuvo actuacion preponderante el capitan Justo German Bermudez.

Al ver herido de gravedad a su jefe, se convirtio en el conductor responsable del escuadron Y una bala lo alcanzo a él tambien

Fallecio a escasos dias de la temeraria hazaña

San Martin solicito al gobierno de las Provincias Unidas una pension para su viuda que habia quedado con un hijo de pecho

Esta mujer se llamaba Dominga Rosas y era hermana del futuro legionario de la Agraciada

Terminó sus dias en San Jose, donde el capitan oriental Justo German Bermudez tenia su domicilio.

Alli recibio la pension del gobierno rioplatense

V

Juan Rosas aparece ya el 30 de abril de 1825, a los pocos dias del desembarco, en la lista de Legionarios del mayor Pablo Zufriategui, — la que consigna como lugar movil de residencia el Campamento en Marcha.

"Los individuos de que se compone la lista anterior pisaron la margen izquierda del Uruguay el 19 del presente para promover la libertad de la Provincia."

Juan Rosas viene inscrito en la Legion como soldado.

Posteriormente, en documentos de Oribe, refrendados por Lavalleja, anda certificado tambien como uno de los componentes del 19 de Abril

Según datos suministrados por el Estado Mayor, entre los meses de setiembre y noviembre de 1825, se halla destacado en el regimiento de Milicias Activas, encargado de la vigilancia estrecha de los rios Negro y Yí

En marzo de 1826 lo encontramos en Maldonado con el mismo caracter, diligente y celoso

En el periodo que va de enero a mayo de 1827, lo vemos como sargento de Milicias en Canelones

El hombre conoce, por fin, el premio de las jinetas

Pero, como para dar una impresion graciosa de los retrocesos militares de aquella tempora, se nos viene abajo desde el hombro, mostrandosenos como simple soldado del regimiento 9º en el año 1829. (Enero-abril.)

Aquella gente se amolda al rigor de las horas Sabia servir y aguantar.

En el presupuesto para la paga de los señores jefes, oficiales y demas personas a quienes corresponde y alcanza la Ley de Premios del 14 de julio de 1830, nuestro personaje figura entre los citados, habiendose presentado PERSONALMENTE a revistar el 24 de agosto del mismo año

En el informe que produce Oribe el 20 de octubre de 1831 sobre la autenticidad de Tiburcio Gomez, que habia desaparecido, el nombre de Juan Rosas hace numero tambien.

Este documento fue certificado al día siguiente por

uno de los legionarios del episodio, aunque con el apellido acriollado

En efecto la firma dice Juan Piquiman — equivalencia fonética para el paisanaje de aquellos días del apellido inglés Spikerman

Organizado constitucionalmente el país, se nos pierde de vista por dilatado tiempo

Hombre gaucho, en su franca intimidad más capacitado para llevar el poncho que el uniforme, quién sabe por dónde habrá corrido suerte Hasta que, establecido el Sitio Grande, hace una de esas travesuras fundamentales que dan color y conciencia a los hechos

Don Juan Rosas es blanco Y oribista De cepa originaria Se halla dentro de los muros de Montevideo con el grado de sargento del batallón de líneas Nº 5

Pues bien el 30 de noviembre de 1844 se escapa de la plaza sitiada

Como lo denuncia el informe oficial, dando su queja decorativa "se pasó con vericú y sable al ejército del general Oribe". [1]

En la resistencia de Melo del 11 de febrero del 45 el hombre aparece en forma dirigente y grandiosa

Tiene el grado de capitán Y es quien enlaza los movimientos de la defensa

Este asedio fue el tercero y último que debió soportar la ciudad esteña, amenazada por Rivera, con una preferencia de febril intención, poco antes del desastre maléfico de India Muerta.

En los anales familiares ha quedado una referencia de corte esquiliano parece que la esposa del capitán Juan Rosas, patéticamente impresionada por las lla-

1 Dato noblemente cedido por el laborioso investigador don Gilberto García Selgas

mas y los estruendos de la artillería sufrió un aborto como las mujeres griegas del teatro de Dionysos, al entrar en escena las erinias

Desde entonces ya podemos seguirlo hasta la muerte. Porque la historia guerrera del país en su dina mismo rojo-blanco, lo tomó sin darle tregua, hasta que los años largos le manearon la sombra

VI

Consumado el segundo desastre de Rivera en India Muerta nuestro personaje recibe la orden de pasar al Brasil en olfateo explorador cuya misión realiza tan a la medida que sus jefes le confieren el grado de comandante

La distinción militar a pesar de no haber sido re conocida oficialmente le sirvió de grado jerárquico entre la gente correligionaria, durante el prolongado resto de su existencia

En estas penetraciones reservadas posiblemente fue donde tuvo que vérselas con don Frutos, pues ha que dado en la frontera el recuerdo del antagonismo persistente entre los dos guerreros

Solía contarse en las veladas de aquella zona que el Rubio Negro, en más de una ocasión estuvo a punto de agarrar a don Frutos, — ambición de fuste que alcanzó a cobrar mérito en el episodio del arroyo Conventos donde, en una persecución a nado, por poco no le pesca los tobillos al generalísimo de Cagancha

La gente tradicional de Treinta y Tres y Cerro Largo ha de recordar que a don Juan Rosas lo solían llamar "mão pelada", por alusión a la destreza que

tenía para apresar a manotazo seguro prisioneros en el agua [1]

VII

Terminada la Guerra Grande, él Rubio Negro se dedica a faenas de campo, administrando en el departamento de Salto las estancias de su compadre don Tomás Gomensoro

Cuando el patriarca pasó a ocupar la primera magistratura, intentó, cordialmente, llevárselo consigo a la capital de la República Era el hombre de su mayor confianza

Don Juan Rosas, hecho a la ventilación ancha y a la visión estirada de los campos, prefirió quedarse en los establecimientos pastoriles

Don Tomás lo tienta con la efectividad del grado militar Con darle el cargo de jefe de su escolta Con los premios adjudicados a los hombres de la Cruzada Libertadora

El Rubio Negro se hizo el desentendido ante tanta promesa y tanta groriola

En 1878 nuestro hombre se halla en el Paso del Dragon, en el establecimiento de su hijo don Plácido, donde pasó su último cuarto de vida, considerado en todo momento reliquia de las más valiosas de la República.

Precisamente, en ese año de 1878, don Francisco A Berra publica en El Siglo de Montevideo una pagina ceñidamente documentada sobre los personajes del cuadro de Blanes, en cuyo escenario, al fondo, de

1 Dato de don Félix Olivera MANO PELADA, terrible zorro brasilero

acuerdo con el catálogo del pintor indica la presencia de JUAN ROSAS, al lado de su tocayo Acosta, sobre quien hilvana un picante comentario de religiosidad criolla, pues don Juan Manuel lo ha plantado allí con bota de potro cruz bendita y rosario al viento

Hasta aquí la documentación más o menos segura que hemos podido conseguir con devotos familiares y en archivos oficiales y privados

En lo atañedero a la leyenda el Rubio Negro está corporizado con aportes sumamente simpáticos, infantiles, formidables

Yo tuve la suerte de contemplar un cuadro que daba sobre la mesa de huéspedes en el Paso del Dragón donde aparecía don Juan Rosas a caballo, ya con unos setenta años encima

Más de una vez me senté en el escaño debajo de él

Don Plácido aseguraba que todavía por los tiempos del cuadrazo, su padre había sido un titán auténtico

En sus épocas de apogeo hercúleo el Rubio Negro fue gaucho de brazo palenquero

Usaba lazo de quince brazas y seis tientos con cascabeles en la armada para exaltar los toros

Nadie manejó el lazo como él

Clasificado en lances de baquía y prueba como el primer enlazador del país, gastaba ciertos finos primores que parecían habilidades de Mandinga

Inventó un tiro de lazo, realmente exclusivo la cerrada orejera

Mandaba el culebrón de los aires con tal maña y difícil certeza, que la armada iba a tomar, como un anillo vivo, las orejas de la res, sin tocarle los cuernos.

¡Admirable alarde de destreza profesional, el lazo,

arrojado desde una mano sabia, soltaba, uno tras otro, todos los rollos!

Siempre fue muy aficionado al pelo negro en los animales

Solía poseer tropillas de caballos oscuros

El mismo perro que le calentaba los pies, era un animal de duelo

CAMBÁ tenía de nombre

VIII

Nuestro país, en sus etapas primitivas, tuvo dos tipos de gaucho el gaucho feudal áspero y hereje que usaba espuela, rigor y energía para domar hacerse respetar y abrirse cancha Y coetáneo o posiblemente anterior, el gaucho mágico, de procedencia o iniciación misioneras, con íntimo poder impositorio

De esta última estirpe provenía don Juan Rosas

Un detalle diferenciará la técnica del accionar

El gaucho de costumbre bruta enlaza y sujeta al bagual, se le enhorqueta, y con sangre y aguante, le quiebra la fiereza salvaje y entera

El gaucho de ensalmo y aplomo sentimental, ordena

— Quedese quieto Hínquese — Y, a palmoteo de rito, consigue, como Alejandro, que Bucéfalo le ofrezca el lomo inclinado, como una silla de seda en el aire

Recuerdo haber oído en mi naciente juventud mucha ocurrencia, anécdotas de matizado calibre y hasta enseñanzas de naturaleza del renombrado guacho Rubio Negro.

Conocía de vivo aprendizaje la condición, las virtudes de los árboles, de los yuyos, de las aguas Alguien llegó a declararme que su mismo apellido se

lo debía a una rosa de monte que había descubierto y domesticado.

Todavía se conserva dando sombra al predio solariego el higuerón de Rosas que acaba de ser celebrado en la primera exposición forestal de Montevideo como ejemplar admirable pues acusa la rareza contrapuesta de haber sido plantado con las raíces a la intemperie.

Desde el lomo de su caballo, una mañana aseguró a un montón de centauros en un corral de palo a pique que la madera mas resistente no era la del ñandubay, como se creía, sino la del cambara el árbol terápico de su preferencia, en sus distintas formas.

Pero el episodio moral de su vida patriótica más importante, fue el famoso rechazo de una Comisión de Ayuda a los sobrevivientes de la Independencia que se había largado desde Melo a traerle el puñado de monedas que le correspondían en la Colecta Nacional.

—¿Quienes serán aquellos que vienen allá, lejos, levantando polvo?

—¿No lo sabe, don Juan?

—Si no me lo dice.

—Pues son los miembros de la Colecta a los sobrevivientes de la Independencia que le vienen a traer lo que le toca.

¡Mi Dios! Aquello fue como pisarle lo más limpio de la sangre.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Carguen las escopetas! Y ¡háganlos dar vuelta a tiros! ¡Ni que uno hubiera servido por vintenes! ¡Desgraciados!

Era la dignidad patricia y abnegada de Joaquín Suárez, remaneciendo en una conciencia cimarrona

IX

El último caballo que había arrocinado hasta convertirlo en criatura docil y leal, murió pocos días antes de su desaparicion fisica

Una madrugada, sintiendo que la muerte lo iba a tumbar, el tembloroso equino se entró en la pieza donde dormia su dueño Y, suavemente, se dejó caer junto a la cama

La escena nos hace evocar la fidelidad de Babieca en los versos raucos y óxidos del romancero del Cid La muerte se pronuncia en diferentes bultos Es cierto Pero Babieca es quien se acerca a la despedida fúnebre Idéntico sentimiento de compañerismo mueve a los dos caballos

Al despertarse el Rubio Negro y ver a su caballo exanime, dijo unas palabras que han permanecido en el depósito memorioso de la familia

—Me he quedado a pie del todo

La muerte de su caballo no le permitió viajar al otro mundo, como él decía, chanceando, sobre el alma aparcera de su medio cuerpo

Escasos días después

—A ver, Plácido Llévame a dormir

El hijo, anciano también, llevó al padre bíblico a la cama fría

Inmóvil, se fue

¡Vaya usted a saber si no encontró en los aires el ánima simple de su caballo para llegar a Dios!

X

Esta figura es de una estirpe de seres increíbles que parecen no haber existido o haber pasado por la tierra en broma fantasmal

Conocí, de muchacho, escépticos y santotomases que se pusieron a dudar de la autenticidad del Rubio Negro

Lo tenían cerca Le veían la sombra No podían creerlo La vieja socarronería de los nazarenos ¡Qué ha de ser Hijo de Dios el hijo del carpintero!

No he de ser yo de esa clase La palabra de don Plácido Rosas consagra la certidumbre

Habiles cicateros arguían —Y, aunque hava sido, por casualidad, uno de los TREINTA Y TRES, ¿qué otra cosa grande pudo haber hecho como para merecer el reconocimiento público, y, sobre todo, los honores del Panteón Nacional?

A mí me parece que la sola acción de la Agraciada vale todos los homenajes

Pero es que haciendo gracia de antecedentes indecisos o magnificados, ese hombre fue un ejemplo continuo de correría épica, de afirmación oriental, de lealtad militante

Haber sido uno de los 33 haber servido a su Provincia hasta que consiguió fisonomía internacional; haber sido hombre de confianza de Dionisio Coronel, haber sido rival de don Frutos, obstinadamente, hasta endurecer un nombre legendario v, sobre todo, ser padre de un Varón Principal de la Nación como lo fue don Plácido Rosas todo esto ENDEREZA Y RECIMENTA una estampa perdurable, digna del Panteón de la Republica y de servir de tema sustancial a nuestros afanes estéticos

XI

A estar a la fecha suministrada por el vecino consular de Treinta y Tres don Isidoro J Amorín, JUAN

ROSAS habria fallecido en el Paso del Dragon del Tacuarí el 30 de marzo de 1902

Como doña Fernanda Soto, desde su nacimiento hasta su muerte, alcanzó a ver LA CARA DE TRES SIGLOS

JUAN ROSAS, pues, EL ÚLTIMO SOBREVIVIENTE DE LOS TREINTA Y TRES, con mas de CIEN AÑOS a los tientos, murio sobre la orilla arachana del departamento que lleva de nombre la cifra historica del desembarco

Cerró en el borde de su cancha el número glorioso

Oct 1947

RAFAEL BARRETT CRONISTA ESENCIAL

(Conferencia patrocinada por el grupo barrettista de Montevideo.)

I

Una de esas tardes venturosas en que se presienten sorpresas grandes, me encontre con Jose Enrique Rodo frente a la Catedral.

Rodo — aunque parezca mentira — me distinguia bastante. Posiblemente, mas de lo que merecia mi naciente mocedad.

—Mire que regalo, — me dice, mostrandome un recuadro de "La Razon" — No se lo pierda.

Era la primera pagina de Rafael Barrett que, con las iniciales de su nombre, acababa de estrenar el aire sosegado de un Montevideo que solamente los que lo vivimos podemos extrañar.

Yo no se qué encanto habia en aquellos tiempos.

Agapes cordiales, peripatetismo mental de nuevo estilo, amistades autenticas, dignidad simpatica, almas limpias, saliendose...

La ciudad era un bazar de apariciones intelectuales.

Florencio dominaba la escena, poderosamente. Vaz Ferreira nos parecia el sacerdote magnifico de una filosofia con respiración. Delmira suscitaba corifantes, como un avatar de Safo. Julio escandalizaba la aldea con sus versos luciferinos.

Montevideo cantaba, iluminaba. Batlle andaba en el centro. Rodó en la bóveda.

Quiroga había descubierto los arrecifes y una expresión magnética en los manipuleos secretos de su Consistorio del Gay Saber, Vasseur, antes de abandonarnos, había corrido en el aire parejo del ambiente una bandera crespa de amanecer social con su "auguralismo", Roberto de las Carreras horrorizaba la castidad provincial con sus salmos libidinosos, la capa donjuanesca, su junco de espadachín y el efluvio byroniano, Santín Carlos Rossi colocaba en las esquinas centrales el bermejo chaleco de Gautier, abarajando plácemes por su prólogo al Mártir del Gólgota de Rodolfo Scaffarelli, Angel Falco alzaba el pecho, convertido en clavel, el color de la prenda escandalosa del futuro psiquiatra, bajo el chambergo vastísimo y las poderosas melenas carbónicas, Emilio Frugoni revelaba en Montevideo la mística vehemente del amor con la docta estrofa briosa de *El eterno cantar*, Pablo de Grecia, el más joven y agresivo de los iniciados en la Torre de los Panoramas, se presentaba en el redondel con el banderín de las flamantes herejías líricas, Raúl Montero Bustamante abría un aire elegante de agitación con sus correspondencias sobre nuestros autores en "La Prensa" bonaerense, Pérez y Curis desenredaba la frondosidad juvenil de unas barbas capuchinas que se dejó venir quién sabe con qué cultivo de promesas ascéticas, encareciendo, repetidamente, la flamante joya gráfica de su revista "Apolo", y Orsini Bertani, el editor repostero de la época, enjalbegaba las diáfanas vitrinas de su librería, con las más refinadas galas del dibujo y del tipo de sus cajas de imprenta, sin presumir, siquiera, en su fruición generosa, quién habría de solventar los gastos de pu-

blicación, descuido funesto que bien pronto lo condujo a la estruendosa procesion de los remates

Si seria seraficamente estimuladora la vida, que hasta un muchachon de un registro comercial, de apellido Torre, se habia sentido con vocacion de Sócrates mercachifle, y vagaba en pleno mediodía por la Plaza Independencia, enarbolando un paraguas abierto en el que proponia a letras gordas la panacea cientifica del problema universal

Creo, sinceramente, que el hombre era mas bueno

Para mi, la humanidad dejo de ser una comunidad apacible y desprevenida despues de la primera guerra europea

El tipo que devino de aquella catastrofe, ya no fue el amigo, no fue el camarada, no fue el hombre ingenuo y benemerito que conocimos antes de 1914

El hombre que nos dejo la guerra maldita fue un caviloso, un descentrado, un desaprensivo el lobo con el zorro adentro.

—Mire ¡que regalo!

Asi, señor, hablaba Rodo, como un escolar entusiasmado con un hallazgo.

¿Como no se ha vuelto a ver algo que se acerque a aquella estirpe de almas maravillosas, a nuestros animadores de comienzos del siglo?

Leian un verso bien vestido, una prosa bien peinada, una pagina de cualquier giro que los removiera, y ya lo gritaban.

¿Como no se ve más eso?

Maria Eugenia mostrando a Delmira, como si llevara una estrella. Blixen defendiendo a Julio. Zorrilla de San Martin celebrando con una oracion el desembarco del Proteo. Rodó recomendando a Barrett...

II

Bueno Es lo cierto que un día llego a Montevideo un hombre que se parecia a Jesús Al Jesús de las estampas, dice Emilio Frugoni

Este hombre iba a resultar un misionero de la más ardua jerarquia estética.

Algeciro de origen, tuvo sus andanzas dramaticas en su España monárquica, de donde salio asqueado y maldiciente, despues de cruzarles el rostro con un latigo a ciertos niños bien de la calumnia

Conviene aclarar esto.

Barrett entro en Madrid con dinero y una adolescencia tan bella, que lo sacaba de la percepcion varonil directa.

Como efebo imprudente, gastó sus monedas Cayó en pobreza Y entonces los señoritos lo tomaron de victima Pero de la peor especie. Le inventaron un asunto infamante

Documentó rabiosamente su virilidad inviolada Se endurecio, como una brasa vindicativa Y empuñando la fusta, se hizo justicia con sus propias manos.

Después, salió para America

Ya no era el tipo apolineo de la Península

El deportista, el jinete, el esgrimista de su cultura elastica, se le fueron a los adentros Y a los pocos dias de hallarse en Sudamerica —nomas— tuvo ocasión de poner a prueba las armas de sus dotes combativas, transfiguradas.

En la Metropolis porteña, despues de vincularse a elementos avanzados y a los mejores espiritus peninsulares, se le confia la direccion de "El Diario Español"

Barrett se soltó a escribir sobre los temas más fuertes y apasionantes con cristalina libertad de lenguaje

Parece que un editorial ofendió a un solemne primate oficial.

Se lo hicieron saber al señor propietario de la hoja

Este, indignado, enrostró a Barrett su carencia de discrecion, su procacidad comprometedora

Barrett contestó con subita energía, haciendo valer la prerrogativa moral del publicista

Se exalta doblemente el dueño del organo hispano, a quien aterraba de continuo la posibilidad de un tambaleo en el cajon administrativo

El incidente terminó a bofetazos

Tal como se le presentó enseguida el ambiente, tuvo Barrett que enfilar proa y cuerpo hacia Asunción del Paraguay, con el fin de no dejarse morir zonzamente de hambre

Aqui se dedica a la enseñanza Da conferencias sobre los temas mas encontrados

Un dia conoció a la que habia de ser su compañera abnegada, y después de su muerte, la vestal infatigable

Yo tuve la suerte de tratar en Montevideo esta fidelidad militante, hablando en todo momento de su idolo de destino e interrogando a los que conocieron a Barrett sobre los años de su estadia en nuestra ciudad, que fue tan suya

Llevado por su inclinación humana a la participación en los problemas obreros que se consideraban con hosquedad feudal en el ambiente oficial de Asunción, el corazón de Barrett, como un escandalo evangelico, se pronuncio por los menesterosos y los explotados

Asi le fue.

Por aquellos tiempos el poder del Paraguay pasaba por un verdadero asalto de verdugos con espada que utilizaban la desfachatez, la astucia y las armas para afrentar y deshacer al pueblo y martirizar a sus defensores

La figura siniestra de Jara culmina y da categoria feroz a la epoca con el episodio profundamente romántico del fusilamiento de Riquelme y el peregrinaje de la madre y la novia del martir, tratando de dar con los huesos escamoteados

Barrett fue la más preferida de las víctimas En el se ensañaron con sibaritismo patológico aquellas fieras de la selva política del Paraguay

Pero Rafael Barrett no era hombre de entregarse a las primeras de cambio

Conforme se vio en libertad, se dedicó a revelar una de las mayores iniquidades vigentes en el mundo la situación en que se hallaban los trabajadores en las empresas explotadoras del producto tradicionalmente nacional del Paraguay

Todos hemos leido, maravillados y sobrecogidos, las torturas y los vejamenes que denuncia Rafael Barrett en el infierno vegetal de los yerbatales paraguayos

Nunca la pluma acusadora logró juntar tan bien las sañas panfletarias a la vibracion de las clausulas

Poemas de quemante indignación Pero de una indignacion apostolica Con la piedad mas viva, dominando desde el arranque celoso

Por algo se llaman "el dolor paraguayo"

Tenia que pagarlas

Intereses capitalistas, intereses oficiales, intereses sociales...

Barrett, marcado y perseguido por los explotadores, conocio carcel, acusaciones, persecucion y, al final, el destierro

Era demasiado llagante el desfile de las incriminaciones para ser tolerado Para dejarlo seguir, descubriendo horrores

Enfermo y hostigado, conforme se volvió a ver en libertad y antes de llegar el día del extrañamiento, se decidió a salir de aquellos circulos de explotacion y martirio

Besa a la compañera Besa al hijo, ¡su más entrañable adoracion!

Y endereza para Montevideo, meca universal de prófugos ilustres de deportados y rebeldes

III

Frugoni nos ha contado los primeros tiempos de Barrett en Montevideo

Con llaneza cordial, nos dice la impresion que le produjo la visita del sigiloso forastero Como Blixen, con su fineza iluminada, lo "vio" enseguida Y el patetico momento en que el gerente del hotel donde se hospeda, al enterarse de la enfermedad que trae en los pulmones, le pide la pieza teniendo, por fuerza, que ir a trasponer, como un derrotado aparente de la vida, los umbrales amargos de una Casa de Salud

Esa hora crucial de sus pasos, hubiera sido para cualquier alma, menos templada que la suya, la hora del derrumbe, del suicidio, del abandono congojoso o vociferante.

Para Barrett fue la hora de la afirmación.

Se puso a escribir crónicas Y entonces, se mostró

en plenitud interior triunfal, un apostol del optimismo trágico

Por aquellas calendas abundaba en Montevideo el tipo de cronista de fondo Algo que no hemos vuelto a ver

Epoca de vibración social, de expresion propia naciente, de copiosa bibliografia internacional, de visitantes mesianicos, de escape intelectual en las mas vivas direcciones, todos los títulos y problemas surtian la ciudad, avida y hospitalaria, de ocurrencias, revelaciones, polémicas censuras, apoteosis

Monsieur Perrichon "pasaba" su señorío verbal y su seleccion tematica, Sergio Gránico soltaba sus picardias de colegial atravesado, Martín Flores irrumpia con sus "Instantaneas" semanales, Novelus paramentaba el retablo de los peleles del tinglado español, Suplente ponía a diario la sal de su ingenio en el rincón atico de su correspondencia, Osal desataba su bética facundia en prosadas rítmicas, despanzurrando frailes, azorando conventos y regocijando la Peña del Polo Bamba Y hasta el mismo Florencio salia a teorizar en paginas artesanas sobre caudillismo y sociologia étnica, recordando yo ahora, nitidamente, por no hacer mucho que lo he leído, el magistral relato del naufragio del Poitou en las costas atlánticas de Garzon

Todos estos escritores y otros que no me cantan al hilo, vinieron a preparar, en forma sutilizante y gimnastica, un estado de espiritu apto para percibir la cronica con jerarquia trascendente

Rafael Barrett fue la luz mas alta, el reflector de servicio en aquella lozana generación de obreros ingeniosos del diarismo

Cronista esencial, de veras Porque apoyándose en realidades grandes y aconteceres menudos, escribió, día por día, páginas intemporales que, partiendo de un momento herido, llevan un contenido de experiencia, de sabiduría y glosa que las deja como presencias de poemas o de decir con fluencia permanente

Participa esa prosa de la limpieza verbal de Saavedra Fajardo, de la utilización íntima de Montaigne y del humorismo social de Chejov

Pero es algo diferente y mas de acuerdo con nuestro tiempo

Se trata de un cronista apostólico, en estado confesional casi siempre que aprovecha sus transimientos, SUS CONSEGUIMIENTOS, para que los hombres sean una forma o figura mas digna y menos lamentable de la que ven sus ojos, tremendamente sabios

De ahi, hasta ese título de *Mirando vivir* Mirando catando — en la primitiva acepcion castellana — no la vida, sino el hacerse la vida

¡Qué insolito heroismo este de Barrett!

Porque ya la vida no cuenta para él como vertiente eufórica Sabe que está sentenciado a breve plazo Que la muerte camina adentro Y puede pararle el corazon en cualquier descuido

Sin embargo ¡qué olvido ejemplar de sí mismo! ¡Que entraña tenaz con misión de siembra renovadora!

Se entusiasma con las cosas y los motivos mas inesperados y humanos

Cuenta lo que sabe, lo que ha visto "las que ha pasado" lo que le parece un acicate de liberación o mejoramiento para la especie

Recuerdo, a este respecto con qué desconcierto y recriminacion leyó la gente coetánea sus declaraciones sobre anarquismo.

Consideradas hoy sus palabras con la buena fe de la distancia, discernimos que lo que Rafael Barrett entendía y sentía por anarquismo, era una vigencia mesiánica de santidad ecumenica que en estos mismos días preocupa preferentemente a los políticos ingleses, a raíz del Plan Beveridge Pues si Barrett maldecía de la fuerza y la violencia oficial era porque secundaban la separación y la desigualdad de la vida De una vida que el soñaba evangélicamente pareja y perfectible de acuerdo con sus sueños pitagóricos de músico y matemático

Declaro que no soy partidario de confrontaciones ni de cotejos

Pero hay un escritor, un Cronista, tambien, que lleva mucha fama Y fama cimera

Ese hombre de cálamo castizo y amoríos gabachos que pasa por un dechado de maravillas, es Larra

Yo no participo de la admiración que le consagran los que lo citan, frecuentan y explotan en cada instante conveniente

Lo que quiero decir aquí es que Larra, con su renombre, con su estilo, con su obra completa, no solamente no ha dejado una letra de afirmación moral, sino que se quebro la sien de un pistoletazo por uno de esos amores de magia negra que dejan, con el contagio legendario y pasional, una werthereana tradición emuladora

¡Qué diferencia enorme entre este caso de egoísmo zurdo y violento y el sacrificio luminoso de Rafael Barrett!

Formidable hombre interior que siembra sus entrañas hasta el último aliento, con tal temperatura de optimismo trágico, que, en ciertos momentos, cree que

la repentina amistad, la visita de alguna idea, un milagro de cordialidad, podrán salvarlo y prolongarle las horas.

—Ustedes quieren que viva Viviré Yo estaba perdido Para irme Y ya no siento ESO Por ustedes, sigo viviendo ¡Y viviré! ¡Ah Montevideo! Tienes destino animador ¡Qué hombres de taumaturgia sentimental andan en tus aires!

Y es, precisamente, este Montevideo, claro y removedor, quien recibe los dones mayores de su genio y el que le ofrece — en reciprocidad — los meses mas apacibles a su castigada existencia

Aquí, sus amistades voluntarias y firmes aquí, sus admiradores listos y numerosos aquí, el festejo desembozado y callejero de su categoria popular y subida aquí, la primera generación de sus iniciados

Es que Barrett se había connaturalizado con nosotros LEGALIZADO EN ALMA Por algo repetía, lleno de orgullo agradecido, que Montevideo era su patria espiritual

Montevideo lo tocó y tomó en tal manera, que un dia se puso de pie, como un salvado de hagiografia

—Me han dejado las zozobras Me siento casi sano Estoy a punto de curarme Quiero ir a besar los seres míos Me han levantado el destierro en Asuncion Voy y vuelvo Con un viajecito a cierta parte de Francia que me han prometido, me limpio la sangre Y ya no me entrego más Voy a ser mas fuerte que antes ¡Lo van a ver!

¡Pobre Barrett!

Pocos meses antes, Florencio Sánchez se ilusionó asi Se fue a Europa Y no volvio A el, tambien, los galenos de Suiza le aseguraron la reconquista de la

salud en tres meses La salud estaba del otro lado de la vida

Se trajea de fiesta Peina sus barbas delicadas Empuña el baston jovial Y se va por los rios indígenas a ceñir en los brazos la mujercita leal y el hijo maravilloso ("Mi hijo abrió los ojos y creó la luz")

Después, se embarca para Francia

Los amigos que lo despiden, se percatan de que la alegría convulsa de Barrett esconde opacidades fúnebres que se perciben, a pesar del aturdimiento estoico

Sus últimas palabras revelan, con sutileza traicionera, el presentimiento tenebroso Un secreteo sondeante de su pensamiento, oye el juego clepsidrico de su desligamiento astral Ya no pica la heroica avispa feliz de su embalse telúrico Ahora le zumba en la sangre la mosca de los sepulcros

Pronto se sabe lo esperado ¡Rafael Barrett muere en cierta region saludable de Francia!

IV

En ninguna parte fue más sentida su muerte que en Montevideo Era más nuestro que de nadie

Su prodigalidad valorativa no pudo ni podrá olvidarse Nunca

El fue el primer vigia de guardia que celebro nuestros mejores fantasmas

El magnificó a Vaz Ferreira, saboreó con sacro ejercicio la sal celeste del Proteo, danzó de júbilo con el descubrimiento de Delmira, prologo a Herrerita, su picaresco hermano menor, escribio sobre el Falco pintoresco del anarquismo artiguista y sobre el Frugoni del eterno cantar

Formuló anticipaciones glorificadoras sobre nuestro destino clásico Y soltó frases sobre la Argentina re accionaria y sobre ciertos valores imperatorios de la joven Babel de la derecha del Río, que hoy pueden ser confirmadas más que seriamente

Nuestro es Y él lo proclama

Dentro de su concepto inmenso de los sentimientos fundamentales, su patria de verdad es Montevideo

Yo lo percibo en la confluencia de los sucesos que van estructurando y acendrando etapas, como una es tupenda levadura de nuestros sueños y de nuestra sustancia

Y a tal punto podemos pelearlo por nuestro, que la misma secuela del tiempo nos ha ofrecido el milagro de verlo presente hasta hace muy poco en otra cabeza nazarena que recibió la posta de sus manos

Hablo de Horacio Quiroga

Los dos no solamente portaron una estampa melliza sino que tuvieron la misma pasion de la selva y el don duradero de un estilo que lleva las cosas en can tineo intemporal

Los dos fueron misioneros

Uno llego a colonizar y a realizar la selva El otro, fue su martir

V

Pensaba hace pocos dias que España tuvo, por los tiempos del apogeo de Barrett cronistas de alcurnia Cristobal de Castro, Manuel Bueno, Andrenio, Antonio Zozaya

Y aquí, lo de mi titulo

Con ser Cristóbal de Castro un centinela estético de las mas finas captaciones, con ser Manuel Bueno

un lujoso estilista y un apasionado clarín de las minervas, con ser Andrenio un maestro matizado de visión y aciertos, con ser Zozava el apóstol universal y caliente de las más claras ideas ninguno de ellos alcanzó este ápice cierto de la crónica periódica

Es que Barrett atesoraba la virtud de fluir en urna Provenía su operar caleidoscópico de un arranque más que definido magnético el del amartillado relator de la vigencia repentista

De este modo, Barrett identificaba su múltiple despliegue en laboreo único

Cuento episodios, conferencias, pláticas ensayos procedía todo de ese hormigueo vocacional

Los temas son pretextos circulantes o puntos de salto para hablar, combinando en ellos su saber, su adivinación, su vaticinio, su sentenciar humorístico y cerrado que puede hoy armar un breviario de filosofía heroica

Porque Barrett es de los espíritus que hablan en cruz, con experiencia herida y voz de sacrificio

No fue Barrett un cronista al estilo de Heródoto de Joinville, de Merimée o de Garcilaso el Inca

Testigo químico de su época, relator oscilante y parvo hasta deslumbrar y dejar un ansia repetida de seguirlo, era más que eso, o mejor dicho, otra cosa

Vertía un género motilizado de crónica, en arquetipo señero, suministrando diluciones mágicas en nuestra época vertiginosa de homeopatía mental

Ese ojo vivo y rapido que juega con los seres con los hechos, con las ideas con los descubrimientos, con las intuiciones, llevando un ritmo biológico tan fusil, que lo escrito ha quedado y seguido como secuencia recóndita y resistente

Nedelkovitch sentencia de Pascal que, cuando arranca en síntesis, se planta en genio Pero que, conforme analiza y suelta sus teologías, se pierde, se afloja, se va sin fuerza

Barrett, estrictamente, se expresó en brevedad apotegmática

Una ponderacion perfecta, le abre el tema y le corta la glosa, ese rumoreo mental que podria seguir, pero desvaneciendose Que no debe continuar aquello

Asi, cada pagina de Barrett puede desmadejarse en libro de categoria

Aprieta al tiempo, lo sintetiza, lo vuelve esencia

Otros vendrán a despertarla, a servirla, a utilizarla

El la ha fijado de tal modo, que el que la saque del pomo, va a sufrir la limitación del ensanche

Y este es el mayor elogio del cronista esencial Rafael Barrett

Junio de 1943

NB — Como refuerzo biográfico, vamos a ajustar la cronologia que nos sirvio de fuente para el trabajo

Veremos, asi, estructurarse y entrar en orbita la vocación dinamica de este mártir intelectual

Llega a Buenos Aires en 1903

Un articulo titulado "Buenos Aires", es la causa del incidente que provoca su renuncia de "El Diario Español"

En 1904 está en el Paraguay Sano, vibrante

Realiza una excursion a los yerbatales de Tacurupucu, donde, con la vision directa de la explotacion, documenta y acumula las acusaciones panfletarias

En 1905 ejerce el periodismo en Asuncion

Se emplea por esa epoca en el departamento de Ingenieros y dicta conferencias sobre Matematicas Superiores en el Instituto Paraguayo Desoladora constancia, casi nadie va a oirlo

Con la elasticidad jovial de su inalterable hidalguia, hace vida social

En 1906 se casa Tuvo la suerte de conseguir, en ese trance doble de su destino, un empleo de importancia en la Compañia Inglesa de Ferrocarriles

Al poco tiempo, debe renunciarlo Le ha empezado el mal

Se traslada, en busca de aires restablecedores al Aregua, y a San Bernardino Adaptandose a las necesidades de aquellas horas, empuña los instrumentos del Agrimensor

No aguanta Demasiado esfuerzo Intenta consagrarse al periodismo asalariado Quiere vivir de su pluma Sostener el hogar con sus producciones volanderas

En 1908 comienza de firme su apostolado sobre los Yerbales

Anuncia una conferencia, con el fin de hacer conocer el problema de la tragedia selvatica

Le niegan, a ultima hora, el teatro elegido

Se desata una sangria brutal que dura cuatro dias

Barrett, voluntariamente, salva heridos Las balas lo respetan

Funda enseguida "Germinal" con Bertotto, a quien conocio la misma noche del dia que llego a Asuncion en la conferencia que alcanzo a pronunciar sobre las selvas infernales

Impresiono tanto a los presentes la juventud mesiánica de Bertotto, que lo obligaron a hablar

Esa noche se abrio y estrecho entre Barrett y Bertotto una amistad solidaria militante

Cuando se sintió agotado de su actividad intelectual, dejo Barrett en manos de Bertotto el periodico Y volvio al campo en procura de aire para sus pulmones

Aprovechando aviesamente su ausencia, la censura oficial le clausura el periodico

Reapa ece en Asuncion Y proclama en volantes que no tiene temor al terror

Lo prenden

La esposa de Barrett, en una carta que acaba de dirigirle al escritor barrettista Carlos de Luca, narra un episodio que sentimos la imperiosa necesidad de hacer conocer, pues de clara el temple vertido del alma de Barrett en arriesgos de solidaridad

El 1º de mayo de 1908, en una conferencia que se celebra en el Teatro Nacional de Asuncion, como se demandara en la oratoria el camarada Bertotto, los agentes de policia que contralorean el acto, se disponen a sablearlo

Barrett se arroja desde el palco donde se halla el proscenio y con un gesto electrico, ataja la saña cuartelera

Al otro dia, le dice a su esposa

—¿Que te parece, Menuda, (asi la llamaba) si lo traigo a nuestra casa? Esta el pobre sin trabajo

—Traelo, — contesto la santa mujer

"Desde ese dia — termina el documento — Bertotto vivio con nosotros, hasta que en el mes de octubre vino una revo lucion y un lio y lo apresaron"

En un descuido, es llevado Barrett ante un despotilla Saca este el revolver Se lo aplica al pecho Y pretende hacerle comer un diario, lleno de acusaciones valientes al gobierno

Barrett, con increible aplomo, desarma al ogro

—Me equivoque No lo creia a usted cobarde

Ultimamente, han aparecido datos referentes a la vinculacion de Barrett con los hombres espanoles de la generacion del 98

Parece que Barrett era adicto a uno de los dos grupos en que se dividia la gloriosa promocion peninsular de furia renovadora

No se ha confirmado el antecedente Lo que se conoce con certeza es su amistad con Valle Inclan

Barrett, en sus ultimos tiempos, antes de marcharse para Europa, hacia vida de conferencista por las ciudades del litoral argentino, lo que vino a conferir a su vida un tono simpatico de misionero mental de los rios aborigenes, como a Bonpland

La ultima pagina que escribe esta dedicada a la muerte de Tolstoy

FIN